3 1761 07803025 1

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/lastragediasgrot00baro

OBRAS DE PIO BAROJA

Vidas sombrías.
Idilios vascos.
El tablado de Arlequín.
Nuevo tablado de Arlequín.
Juventud, egolatría.
Idilios y fantasías.
Las horas solitarias.
Momentum Catastrophicum.
La Caverna del Humorismo.

LAS TRILOGÍAS

TIERRA VASCA

La casa de Aizgorri.
El Mayorazgo de Labraz.
Zalacaín, el aventurero.

LA VIDA FANTÁSTICA

Camino de perfección.
Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.
Paradox, rey.

LA RAZA

La dama errante.
La ciudad de la niebla.
El árbol de la ciencia.

LA LUCHA POR LA VIDA

La Busca.
Mala hierba.
Aurora roja.

EL PASADO

La feria de los discretos.
Los últimos románticos.
Las tragedias grotescas.

LAS CIUDADES

César o nada.
El mundo es ansí.

EL MAR

Las inquietudes de Shanti Andía.

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

El aprendiz de conspirador.
El escuadrón del Brigante.
Los caminos del mundo.
Con la pluma y con el sable.
Los recursos de la astucia.
La ruta del aventurero.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.

Rafael Caro Raggio: Editor.-Ventura Rodríguez, 18.

OBRAS DE PIO BAROJA

PUBLICADAS POR ESTA CASA

Paradox, Rey.
La feria de los discretos.
Nuevo tablado de Arlequín.
La busca.
Mala hierba.
Aurora roja.
Juventud, egolatría.
Las horas solitarias.
El árbol de la ciencia.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.
Idilios y fantasías.
Momentum catastrophicum.
El cura Santa Cruz (folleto).
Las tragedias grotescas.
Los últimos románticos.
El Mayorazgo de Labraz.
La casa de Aizgorri.
Zalacaín el Aventurero.

BIBLIOTECA «ERASMO»

CUENTOS DE PÍO BAROJA
COLECCIÓN ILUSTRADA

TOMO I.
TOMO II.
TOMO III.
TOMO IV.

EL PASADO

Las Tragedias Grotescas

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT BY
RAFAEL CARO RAGGIO
1920

Establecimiento tipográfico de Rafael Caro Raggio.

S
B264tr

PIO BAROJA

EL PASADO

Las Tragedias Grotescas

NOVELA

171600
20.V.22

RAFAEL CARO RAGGIO: EDITOR
Ventura Rodríguez, 18, y Plaza de Canalejas, 6
MADRID.—1920

I

Paisajes de otoño

El otoño fué dulce, templado, de una temperatura suave. Era una verdadera delicia sentarse en los bancos del Luxemburgo, durante aquellos días tibios. El sol pálido iluminaba los macizos de geranios, dalias, crisantemos y margaritas.

Algunos días, lluvias ligeras refrescaban el follaje y avivaban el color de las flores. Los árboles amarilleaban lentamente; el aire fresco murmuraba entre las ramas y robaba al pasar alguna hoja grande y cobriza, hoja alegre y juguetona al correr por la avenida enarenada; triste y mustia luego, aplastada sobre el tronco de un árbol o caída en el agua inmóvil de un estanque.

Don Fausto Bengoa llevaba en su nueva casa una vida cómoda y tranquila, propia de un filósofo. El paseo, la conversación amena, el recogimiento del hogar. Nada le faltaba.

Había enviado definitivamente a Madrid a Mudarra; sabía que la calle Plumet, tan buscada por él, tan importante en *Los Miserables* y en *Los Mohicanos de París*, era la calle Oudinot, próxima al hospital Laennec. Estaba contento.

Con frecuencia, don Fausto hacía un descubrimiento agradable: ya era el gabinete literario de la calle de Saints-Peres, casi desierto, donde se podían leer los periódicos sin ser molestados por nadie; ya la biblioteca de Santa Genoveva u otro centro apacible por el estilo.

Don Fausto se había acostumbrado a tomar notas, notas que luego entregaba a Yarza para que sobre ellas escribiera sus artículos. Uno de éstos, acerca del trozo de la antigua muralla que quedaba en la calle Clovis, había merecido ser citado con elogio en una revista francesa.

Con tan señalado éxito, don Fausto se sentía satisfecho, grande y feliz. La vida se le presentaba como un camino seguro, en cuyo final resplandecía la fama de su nombre.

El tiempo mismo se mostraba durante aquel otoño amable. Hasta entonces, desde su llegada, don Fausto no había salido de París, pero la dulzura de la estación convidaba a pasear por el campo, y don Fausto, con su hija Asunción y en compañía de Yarza, marchaba muchas veces a los alrededores.

Asunción y Yarza preferían al viaje en tren a Versalles o a otro punto cualquiera, embarcarse en un vaporcillo e ir a Saint-Cloud.

Allí, los tres paseaban por las avenidas del parque charlando alegremente. Desde la gran terraza solían contemplar París, al anochecer, envuelto en la niebla.

Don Fausto, desde su punto de vista de hombre

comprensivo, profería exclamaciones de admiración por todo; Yarza no le oía, mirando a Asunción, hablando con ella por lo bajo. Algunas veces, cuando los enamorados reñían y Yarza estaba de mal humor, manifestaba en sus frases un odio profundo por París.

—Estas grandes ciudades—decía—no enseñan más que una cosa, que hay que tener sobre todo dinero.

—Sí, es verdad—replicaba don Fausto—; pero eso ¡qué importa! Mire usted ahora el fondo de la avenida. ¡Qué hermosura! ¿Eh?

Esta disparidad de criterio se manifestaba con frecuencia en sus conversaciones.

Un día estaban en la terraza del parque de Saint-Cloud apoyados en la balaustrada, mirando París inundado por el sol.

—¡Qué admirable ciudad!—dijo don Fausto convencido.

—Sí. ¡Qué admirable sería saquearla!—repuso Yarza.

Don Fausto se echó a reir, tomándolo a broma, y, sin embargo, comprendía que Yarza hablaba sinceramente.

La vuelta de Saint-Cloud era una de las partes más bonitas de la expedición. Volvían de prisa al muelle a embarcarse. Cuando tomaban de nuevo el vapor, ya al caer de la tarde, el cielo parecía un lago de ópalo, el río se ensanchaba, mostrando su transparencia misteriosa, y surgía del Sena una isla verde, llena de árboles, con todo el encanto de las cosas inciertas vistas en sueños.

Al avanzar la tarde, sobre los tejados azules de Sevres, el cielo tomaba tintes rosados, que palide-

cían y se iban apagando, y en el río palpitaba un tembloroso reflejo sangriento.

El vaporcito iba deteniéndose en los pontones de ambas orillas, pasaba por delante de un grupo de casas, en cuyas vidrieras comenzaban a brillar las luces, y ya próxima la noche entraba en París.

A medida que se avanzaba en el interior de la ciudad, todo iba entenebreciéndose; la niebla gris se tendía sobre el Sena; primero, tenue; luego, más espesa; las orillas se borraban, y el agua se obscurecía hasta ennegrecer por completo.

Las luces brillaban y parpadeaban en las orillas y en los puentes, blancas y rojas, entrecuzándose, confundiéndose, temblando en las olas y remolinos del río.

Llegaba el vaporcito frente a las Tullerías y bajaba aquí todo el mundo. Yarza acompañaba a don Fausto y a Asunción por la calle de Saints-Peres hasta la calle de Grenelle, y allí se despedía.

Clementina y Pilar, poco sensibles a las bellezas campestres, rehusaban, siempre que se les invitaba, el formar parte de estas excursiones, y en ausencia de don Fausto y Asunción, tomaban un coche e iban a la orilla derecha a ver los almacenes y las tiendas de modas.

Clementina y Pilar eran las encargadas de las compras; visitaban las tiendas elegantes y las prenderías miserables; algunas veces iban a las subastas del Hotel de Ventas.

Gracias a sus adquisiciones, la casa se modernizaba y se alhajaba con el gusto de la época.

Clementina intentaba crearse amistades; tenía con todos sus conocidos grandes atenciones, especialmente con Rita Aguado y los americanos.

Don Fausto, al ver que su familia se encontraba bien en París, se sentía contento. Su vida, un tanto monótona para hombre más inquieto y ambicioso, llenaba todos sus deseos.

Vivía tranquila, cómodamente; gozaba de la sugestión de París y se suponía a sí mismo conocido, discutido, casi célebre en Madrid. ¿Para qué quería más?

En la casa ocupaba un cuarto pequeño, con una ventana al patio. Era un cuarto alegre, claro, con un papel antiguo, ilustrado con dibujos de Pablo y Virginia y una chimenea de mármol blanco. Como el piso era alto y las casas vecinas bajas, se divisaba desde allá un panorama magnífico de tejados.

Cuando llovía, le gustaba a don Fausto encender la chimenea, sentarse cerca del cristal y ver llover y ver cómo corría el agua por el cinc de los tejados vecinos.

Estos tejados antiguos de casas vetustas eran empinados, de dos cuerpos y dos canales; en la parte alta estaban cubiertos de pizarras negras, entre las cuales relucían los cristales humedecidos de los tragaluces como esas pupilas grises y brillantes de algunos viejos; en la parte baja se hallaban revestidos de cinc y se abrían en ellos las ventanas de las guardillas.

De noche, don Fausto se encerraba en su gabinete y se dedicaba a su lectura favorita, la del cuaderno de sus artículos, ya muy engrosado.

Pared por medio de su habitación, en otra casa, tocaba alguien el piano, un piano antiguo a juzgar por sus sonidos débiles y amortiguados.

La música favorita del pianista era de óperas antiguas muy conocidas, y a don Fausto le parecía

que el Miserere del *Trovador* o el aria de *Lucía* venían a saludarle a su cuarto con sus notas románticas y tristes.

Siempre que Yarza estaba libre, don Fausto le cogía por su cuenta y le pedía que le acompañase a ver sitios raros y extraviados. Le encantaba a don Fausto perderse en lejanos suburbios, contemplar las casas viejas antes que fuesen derribadas para abrir nuevas calles.

No podía impedir la destrucción de estas casuchas pintorescas, entre las cuales había algunas que manifestaban su vetustez por el alabeo especial de las fachadas, pero quería contemplarlas, conservar de ellas un piadoso recuerdo.

Había entre las miserables casuchas del barrio de Saint-Jacques y de Montrouge, que iban derribando, hoteles antiguos, de aire señorial, con tejados en piñón, balconajes del siglo XVIII y grandes y soberbios jardines llenos de silencio y de reposo.

Al comenzar la demolición de estos viejos hoteles, los jardines quedaban maltratados, profanados. Daba lástima verlos. Los grandes árboles centenarios estaban caídos, un trozo de escalera de hierro o la balaustrada de un balcón desgajaba cruelmente la rama de algún tilo o el tallo de una adelfa. Las estatuas, manchadas de liquen, desaparecían entre las hierbas, y en el antiguo hotel a medio derribar, levantado en el fondo, se veían las guardillas, deshechas, descarnadas, con su esqueleto de madera destacándose en el cielo gris.

Era una pena para don Fausto ver un destripamiento tan cruel de la ciudad.

Comprendía el atractivo de una callejuela estrecha y negra, y hubiera deseado, en su fervor por lo pin-

toresco, que todas las calles de París fuesen igualmente estrechas, negras y románticas.

Hasta entonces no se había fijado en la belleza de los días de niebla. Yarza le dijo un día:

—Mire usted qué bonito hace este rincón entre la niebla.

Y era verdad; los mismos bulevares nuevos, monótonos, rectos, tenían los días brumosos un color gris perla de una suavidad infinita; las personas, los coches, los ómnibus, se esfumaban en el ambiente; todo presentaba el aspecto de esas imágenes apenas coloreadas que se pintan en el cristal deslustrado de una cámara obscura. La niebla afinaba y borraba los contornos de los objetos, las casas lejanas se entreveían vagas, perdidas en la atmósfera opaca.

Don Fausto suponía, al adquirir este concepto de la belleza de la niebla, que tal adquisición constituía una superioridad sobre mucha gente, capaz de suponer de manera prosaica y vulgar que un tiempo húmedo y nublado es sólo bueno para coger catarros.

Un día gris de otoño, Yarza llevó a don Fausto a ver el barrio de Croulebarbe; un barrio de curtidores y de tintoreros, cruzado por el Bievre, arroyuelo afluente del Sena, limpio y cristalino antes de entrar en París, después sucio, infecto y apestoso.

Corría este arroyo canalizado entre dos orillas, de piedra en unas partes, de escorias y de barro en otras; pasaba por en medio de calles formadas por casuchas de curtidores, desde cuyas galerías, al ras del agua, obreros medio desnudos hundían y empapaban pieles en la sucia corriente.

Algunas callejuelas, como las de los Gobelinos, parecían de un rincón de Venecia; las casas estaban edificadas a ambos lados sobre una muralla; tenían

las ventanas tapiadas o medio cerradas, lo que daba a la callejuela un aire de sitio bloqueado. Por en medio pasaba el canal como una acequia de lenta corriente; en su superficie los detritus de las fábricas de curtidos y de las tintorerías flotaban en las aguas, dándoles un aspecto trágico.

No parecía sino que aquel arroyo venía de un campo de batalla en donde la carnicería hubiera sido tal, que la sangre y el pus y las carnes en putrefacción corrieran por su superficie sobrenadando en ella. La pestilencia del aire corroboraba esta impresión penosa.

Don Fausto y Yarza recorrieron el barrio, cruzaron varias veces los puentecillos de madera que pasaban por encima del Bievre, uno de ellos tenía nombre, se llamaba el puente de las Tripas, contemplaron el viejo y leproso hospital de Lourcine, antiguo convento de Cordeleros, y el palacio de la reina Blanca.

—Aquí en este antiguo palacio—dijo Yarza—había en tiempo de la Revolución francesa un cafetín en donde se reunían los hebertistas, la más radical de las fracciones jacobinas.

—¿Aquí?

—Sí; y en esta misma casa que en el siglo XVIII visitaron Hebert y Legendre, hace todavía pocos años, Orsini se citaba con Pieri, Rudio y Gómez y les explicaba científicamente los efectos y la manera de componer las bombas de fulminato de mercurio.

Don Fausto contempló la casa con gran curiosidad.

Pasaron por detrás de la fábrica de los Gobelinos. Estaban entre los dos brazos del Bievre, en lo que se llama la Isla de los Monos. Había por allí un jar-

dín abandonado que a don Fausto le llamó la atención. Era todo un parque atravesado por el Bievre, que pasaba a flor de tierra, medio oculto entre hierbajos, cruzando por entre altos álamos cuyos troncos se hallaban recubiertos por hiedras.

—Este es el jardín del Clos Payen—indicó Yarza—, una de las antiguas *folies* de París.

Y como don Fausto no sabía el sentido que empleada de esta suerte tenía la palabra *folies*, Yarza le dijo que eran lugares de orgía del tiempo de la Regencia y de Luis XIV.

Se alejaron más hacia la Butte-aux-Cailles. Por allí la edificación terminaba. Se veían terrenos baldíos llenos de escorias y de escombros, tapias bajas, dentelladas, largas, por encima de las cuales resplandecía el horizonte gris muy luminoso.

En alguno de estos solares, al lado de una casita blanca con un gran tubo de chimenea humeante, se amontonaban materiales de derribo, persianas verdes desteñidas, jarrones de piedra, barandillas, puertas viejas, regaderas pintadas y pilas de tablas que se iban descomponiendo por la acción de la lluvia.

A un lado, rompiendo la línea gris de las fortificaciones, sobre terraplenes de color violáceo, corría en suave curva la línea de un tren.

Volvieron antes que obscureciera. Al anochecer, en el barrio de Croulebarbe, entre la bruma, algunas fábricas aisladas, cuadradas, se levantaban como inmensos dados negros, agujereados por los rectángulos de las ventanas resplandecientes. Las altas chimeneas espiraban grandes bocanadas de humo blanco; de las rejas se columbraban galerías en donde los obreros curtidores trabajaban en artesas llenas de agua rojiza.

En alguna rinconada, un árbol desnudo y negro se destacaba en el fondo del crepúsculo; tipos de andrajosos pasaban por las calles encogidos, y en el interior de las tabernas hablaban grupos de vagabundos.

Cruzaron un bulevar exterior. Había anochecido, entre los espacios obscuros correspondientes a los sitios sin edificar brillaba de trecho en trecho la luz de los escaparates de las tiendas.

Pasaron el bulevar y se acercaron al centro cruzando ese barrio de colegios y de conventos que se extiende entre el Bievre y el Panteón. En las callejuelas, abandonadas y desiertas, algún farol de petróleo colgado de una cuerda se balanceaba y brillaba a lo lejos. El aire le hacía oscilar violentamente; su claridad danzaba del empedrado a la tapia negra; el viento se derramaba por callejones y encrucijadas y silbaba y gemía con una nota larga y sollozante...

Yarza era el cronista de estos viajes; don Fausto de vez en cuando se permitía una observación respetuosa, pero no insistía.

Algunas veces don Fausto iba a buscar a Pipot; al entrar en la casa de la calle Galande charlaba un rato con la portera y le pedía noticias de sus conocidos. El marqués viejo seguía cada vez peor con una úlcera en un ojo que le había dejado medio ciego; Nanette crecía y se iba haciendo una mujer.

Don Fausto subía a visitar a Pipot y juntos daban un paseo o entraban un momento en la cervecería de la calle Saint-Séverin. Raul Rigault seguía, como siempre, perorando y discutiendo con su petulancia acostumbrada. Le había salido un contradictor elocuente en un periodista del Mediodía llamado Carlos Longuet, que defendía la República federal y la polí-

tica de los girondinos en un periódico titulado *La Orilla Izquierda.*

Rigault, que era jacobino furioso, cuando no tenía argumentos que oponer a su adversario, le decía irónicamente:

—Esto no será obstáculo, mi querido Longuet, para que cuando yo sea procurador de la *Commune* de París te mande fusilar en seguida.

Don Fauesto temblaba al oir tales amenazas y se prometía no volver a pisar estos antros revolucionarios. Prefería sus paseos tranquilos por los barrios lejanos...

En tanto avanzaba el otoño y seguía el buen tiempo; en el jardín del Luxemburgo los árboles, ya sin hojas, mostraban sus ramas desnudas, entrecruzadas en el aire gris; los días eran claros, fríos; las hojas secas crujían bajo el pie en las avenidas, y el aire sutil parecía un aire de montaña.

Al hacerse de noche, el horizonte tomaba colores espléndidos; el ramaje desnudo de los árboles semejaba nieblas pardas; el suelo del jardín, rojo por las hojas muertas, brillaba con un resplandor cobrizo, y se respiraba un ambiente impregnado del olor acre de las flores marchitas.

Se oían las campanas de San Sulpicio en la calma del otoñal crepúsculo; luego cerraban las puertas del Luxemburgo y resonaba dentro un bélico estrépito de tambores.

II

Un baile

La doncella entró despacio, sin hacer ruido, en la alcoba, descorrió las cortinas y la luz del sol iluminó por completo la estancia. Clementina abrió los ojos, y cegada por la luz, poniendo la mano como pantalla, dijo:

—Pero ¿qué hora es, Niní?

—Son cerca de las doce.

—¿Se han levantado las señoritas?

—Sí; la señorita Pilar está leyendo en el gabinete; la señorita Asunción ha salido con el señor.

Clementina sentía la cabeza algo pesada. Se había acostado tarde.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Fuera pereza! Hay que levantarse. Debe hacer mucho frío, ¿verdad?

—No. Está el tiempo muy hermoso.

Clementina saltó de la cama, y ayudada de la doncella, se vistió rápidamente. Luego se lavó y se peinó.

Clementina, a pesar de encontrarse en la proximidad de los cuarenta, estaba esbelta, ágil, joven; tenía el talle de muchacha; sólo algunos mechones de pelo blanco en las sienes, ocultados con arte, podían denunciar su edad.

Después de arreglada, Clementina salió al gabinete, entró despacio, y acercándose a su hija, le puso una mano en el hombro y la besó en el cuello.

—Ya te has levantado—dijo Pilar—. ¡Gracias a Dios! ¡Pues no eres poco dormilona, mamá!

—Es que hoy tenía la cabeza pesada y he tardado mucho en dormirme. Luego he estado toda la noche barajando proyectos.

—¿Proyectos? ¿Y qué proyectos son esos?

—¡Ah! Todavía están en el aire. Ya sabes que cuando a mí se me pone una cosa entre ceja y ceja, la hago.

—Eres muy ambiciosa, mamá.

—¿Y tú no?

—Yo... también.

—Si no no serías hija mía. Todo el mundo quiere prosperar. ¿No es natural?

—¡Claro!

—Si no hubiera ambiciosos, no se haría nada notable en el mundo.

—De eso no me tienes que convencer, porque estoy convencida.

—Muy bien... ¿Y cómo marchas con Aníbal?

—Ya habrás visto.

—Ayer hablasteis mucho en la mesa.

—Sí.

—¿Estuvo amable?

—¡Ya lo creo! ¡No faltaba más!

—Pero todavía no se ha decidido.

—No, pero se decidirá.

—Así me gusta, que seas animosa. Rita Aguado me dijo la otra noche que Aníbal es de muy buena familia; que tiene minas, estancias, ¡qué sé yo!... una gran fortuna... Vas a vivir hecha una reina.

—Pues por mí no quedará.

—Asunción es la que me preocupa. Está enamorada de Carlos Yarza.

—Eso parece.

—Yo no sé qué le encuentra.

—No, no. Carlos es un buen tipo.

—¿Crees tú...?

—Sí; sobre todo los ojos, tiene unos ojos muy expresivos, muy bonitos.

—Será así. A mí me resulta muy antipático. ¿Y tú crees que son novios formales?

—Sí. El otro día estuvo escribiéndole Asunción hasta las dos de la noche. No te digo nada las faltas de ortografía que irían,.. Y la carta se la debió dar a Carlos la criada Niní.

—A mí el que más me indigna de todo esto es tu padre, porque es tan imbécil, que sin darse cuenta favorece esos amores. Todo porque Carlos Yarza le escribe los artículos. Los hombres no comprenden nada. No tienen más que vanidad y amor propio. Yo por encima de mis cosas pongo el que la familia prospere... Y él, ya ves, con sus artículos y sus necedades.

—¿Y qué piensas hacer, mamá?

—¿Qué pienso hacer? Desbaratar ese noviazgo.

—¿Y cómo? Porque Asunción parece una mosquita, pero es terca como una mula.

La frase no demostraba un gran cariño fraternal, y Clementina no quiso darle importancia.

—Ya veré... ya veré lo que se puede hacer indirectamente, claro, porque a las muchachas no conviene llevarles la contraria.

—¿Tienes experiencia, mamá?—preguntó burlonamente Pilar.

—Sí, en mí misma... porque si a mí me hubieran prohibido algo, esto hubiese bastado para que lo hiciera.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo!

—¡Tiene gracia! ¿Y entonces, cómo te las vas a arreglar con Asunción?

—Veremos. Una de las cosas que voy a hacer, en cuanto pueda, es mudarme de casa.

—¿Al otro barrio?

—Sí.

—¿A la orilla derecha?

—Sí.

—Es mucho mejor, más alegre.. Cuando yo me case con Aníbal os mudáis, ¿eh?

—Eso es; cuando tú te cases con Aníbal, y entonces se acabarán paseos y conversaciones y cartitas. Pero dejemos eso. ¿Sabes que el domingo vamos a tener baile?

—¿Aquí? ¿En casa?

—Sí; lo decidimos ayer Rita y yo.

—¿Y habrá sitio?

—Sí, ¡ya lo creo! Entre el salón y el gabinete hay sitio de sobra, porque no pretendemos que sea un gran baile.

—¿Y quiénes vendrán?

—Pues vendrán Aníbal, Gálvez, el secretario de Gálvez, que se llama Mellado, y unos amigos de Aníbal. Invitaremos a madame Savigny.

—¿Vendrá?

—Yo creo que sí; ¡qué simpática es! ¿eh?

—Muy simpática.

Madame Savigny había tenido una casa de comercio en París, que proveía de flores artificiales el taller de sombreros de Clementina. Durante muchos años, las dos mujeres tuvieron correspondencia comercial, y al conocerse habían simpatizado al momento.

Estaban enfrascadas madre e hija charlando de los preparativos del baile, cuando entraron Asuncioncita y don Fausto, que venían de dar su paseo matinal.

Niní anunció poco después que la mesa estaba puesta, y las cinco personas de la familia pasaron al comedor.

—Adviértele a Yarza—dijo Clementina a su marido—que hoy vamos a la calle de la Paix, a casa de la modista. Tiene que probarse el traje Pilar.

Asunción miró a su madre con un intento de interrogación.

—¡Qué lástima!—murmuró don Fausto—. Carlos había dicho que traería hoy un libro muy interesante.

—Pues será otro día.

Asunción intentó decir algo, pero no se decidió, y don Fausto movió la cabeza e hizo un gesto dando a entender que se resignaba aunque no encontrara del todo oportuna la decisión, pues podían ir a casa de la modista a cualquiera otra hora.

Yarza acudía todas las tardes a casa de don Fausto y daba a Asunción y a Pilar una lección de pronunciación francesa; la idea había partido de don Fausto, que asistía con mucho gusto a las lecciones.

Clementina, invitada varias veces a tomar parte en la lección, se negó siempre. Yarza, desde el primer día, le fué muy antipático, aunque no dejaba de reconocerle buenas cualidades. Era una antipatía instintiva, inmotivada, la que experimentaba por él.

Entre Yarza y ella se desarrolló una aversión inmediata, en un momento ambos se sintieron hostiles y comprendieron la divergencia de sus gustos y de sus inclinaciones.

Yarza tampoco puso mayor empeño en hacerse agradable a la madre de Asunción; le contradecía casi siempre clara o encubiertamente; hablaba con desprecio de los advenedizos y manifestaba un desvío desdeñoso por todo lo que fuera aspiraciones de rango y de preeminencia social.

—Ahí está el jesuíta—solía decir Clementina al oirle, y este calificativo le parecía el más exacto para Yarza, a pesar de conocer las ideas antirreligiosas de Carlos.

—¡Qué muchacho más especial!—pensaba don Fausto—. ¡Qué afán de desilusionar! ¡Qué ganas de decir las cosas con acritud y con dureza! Se puede ser un hombre fuerte, un hombre íntegro, de ideas... como yo, por ejemplo, y dejar pasar las cosas.

Por días aumentaba la hostilidad entre Clementina y Yarza. Don Fausto suponía que era una equivocación de su mujer la de mostrarse tan desdeñosa con Yarza, y pensaba que cuando llegara a conocerle sentiría por el joven amistad y cariño. No adivinaba lo inevitable de esta enemistad, que provenía del choque de dos caracteres fuertes, ambos absorbentes, ambos dominadores, que se rechazaban sin darse cuenta, como las electricidades del mismo signo.

Asuncioncita, en medio de aquella hostilidad inmotivada, obscura, tortuosa, sufría y lloraba.

. . . . . .

Esta tarde, después de almorzar, Asunción se metió en su cuarto, escribió algunas líneas a Yarza, y disimuladamente se las dió a Niní.

Luego Clementina y sus dos hijas salieron a la calle y tomaron en la puerta el ómnibus, que las dejó en la calle de Rívoli.

Recorrieron la calle de Castiglione, cruzaron la plaza de Vendome y entraron en la calle de la Paix.

Esta parte de París entusiasmaba a Clementina.

Como antigua modista, entendía de modas y sabía apreciar su mérito y dar a las cosas su verdadero valor. Madre e hijas se paraban en algunos escaparates y quedaban extasiadas, mudas de entusiasmo. Pilar, ansiosa por ver su traje, decía:

—Vamos, vamos; no os quedéis tanto tiempo paradas.

—¡Es que hay cosas tan preciosas!—replicaba Clementina.

Llegaron a casa de la modista. El taller en donde Clementina había encargado el traje de Pilar, no era de ninguno de los grandes modistos de la calle de la Paix, que tienen fama europea, pero era de una oficiala de Worth, establecida en un tercer piso de la misma calle. Madame Savigny había recomendado a Clementina esta casa. Los grandes astros de la moda: los sastres, los modistos, los cocineros, no sólo tienen luz propia, sino que la prestan a los planetas que giran a su alrededor. Esta ex oficiala de Worth iba adquiriendo gran parroquia gracias a su título, gracias a la luz prestada por el genial modisto con quien había compartido sus transcendentales tareas.

Subieron Clementina y sus dos hijas al tercer piso de la casa, y entraron en un gran salón profusamente iluminado, a pesar de ser media tarde, y en el cual hacía una temperatura de horno. Una señorita elegantísima les hizo pasar a una sala pequeña, en donde esperaron un rato.

A poco entró la modista con un joven de melenas, correcto como un figurín. Trajeron el vestido. Pilar y Clementina entraron en un gabinete, salieron después, y Pilar, ataviada con el nuevo traje, quedó de pie delante de un gran foco de luz. El joven de las melenas mandó colocarse a la muchacha de perfil; luego, de frente. Se alejaba para ver el efecto, se acercaba después, e iba indicando a la modista las variaciones indispensables en el vestido.

Terminada la prueba, salieron madre e hijas de casa de la modista. La calle de la Paix estaba en aquel momento repleta de coches; las luces de los escaparates comenzaban a brillar. Como todavía era temprano, volvieron las tres mujeres a casa a pie, gozosas de callejear, de andar entre la multitud.

—El domingo tenemos baile en casa—dijo Clementina a Asunción.

—¡Ah, sí!

—Sí.

—¿Y quiénes van a venir?

—Pues vendrán Rita Aguado y su hija, Juanita Mellado, una señora alemana que hemos conocido en casa de Rita, dos señoritas chilenas y madame Savigny.

—¿Y de hombres?

—Casi todos los de casa de Gálvez y sus amigos.

Asunción se acordó de Carlos, pero no se atrevió a proponer a su madre que le invitara.

Al día siguiente, Clementina, ocupada en los preparativos del baile, pensó que Yarza podía ser útil para algunas cosas, entre ellas para buscar un pianista.

—Preguntad a Yarza si sabe de algún pianista—dijo a sus hijas.

—Si le decimos que va a haber baile, le tendremos que invitar—advirtió Pilar.

—Bueno; invitadle. Le advertís que todos vendrán de frac, y probablemente él no querrá venir.

—Si viene será un bailarín más—dijo Pilar.

—¿Tú crees que ese sabe bailar?—preguntó Clementina burlonamente—. ¡Ca! Eso no se estudia en los libros.

Asunción se hizo la desentendida, aguantando con absoluta impasibilidad los chistes que hacían a costa de su novia.

Pilar y Asunción dieron a Carlos el encargo de su madre, y Yarza dijo que conocía a un pianista que vendría a tocar por la noche. Cuando le invitaron a concurrir al baile dió las gracias y pareció aceptar la invitación.

El domingo señalado para la fiesta hubo grandes trabajos en la casa. Se quitaron algunos muebles del salón para dejar más sitio a los bailarines, y Clementina, ayudada de sus hijas y de Niní, preparó un *buffet* espléndido con flambres, pasteles, emparedados, vinos de Jerez y de Champagne.

Don Fausto advirtió que en el salón y en el gabinete hacía una temperatura muy baja, y se le encargó que cuidara de la chimenea y de la estufa y las tuviese constantemente encendidas.

Al anochecer, Rita envió a un criado de casaca para que hiciera las veces de *maitre d'hotel,* con lo cual la fiesta tomó ya un carácter algo aristocrático.

A primera hora de la tarde llegó Yarza acompañado del pianista; luego fueron viniendo los invitados hasta llenarse el salón y el gabinete. Todos decían al entrar que hacía mucho frío, y venían con la cara roja y frotándose las manos.

—¿Por qué no toca usted algo, Rita?—dijo Clementina a la americana.

—No, no; vamos a bailar primero—contestó Rita.

El pianista preludió el rigodón de *Orfeo en los Infiernos* y se formaron las parejas. Había hasta nueve o diez. Después de acabar el primer rigodón, Clementina, que había bailado con Gálvez, se sentó al lado de madame Savigny, su nueva amiga y antigua corresponsal, que acababa de llegar.

Era madame Savigny una vieja muy arrugada y elegante. Vestía aquella noche un traje de terciopelo azul con bordados blancos y gran cola.

Tenía esta antigua modista una cara extraña, surcada, con los labios pintados, y unos ojos pequeños, azules, hundidos, que brillaban con malicia en su rostro lleno de arrugas.

Hablaba madame Savigny con un acento parisiense cerrado, que le costaba gran trabajo entender a Clementina. Se consideraba esta vieja a sí misma como árbitro de elegancias. Sentía por las mujeres hermosas un entusiasmo parecido al de un solterón rico por las bailarinas, o al de un chalán por los buenos caballos. Hablaba de ellas con ternura y apasionamiento.

Era madame Savigny mujer letrada y culta, de una cultura superficial, pero que deslumbraba en las primeras conversaciones. Le gustaba filosofar, sacar consecuencias paradójicas, mezclar las vulgaridades de Juan Jacobo Rousseau con las sublimes concepciones de la moda.

La filosofía que lució esta noche madame Savigny, al mismo tiempo que su vestido de terciopelo, fué la del buen gusto. Según ella, todo se legitimaba si se hacía con buenas formas y con gracia.

Contó una frase de una amiguita suya, que era una de las más distinguidas *cocodettes* que formaban el cortejo de la emperatriz Eugenia.

—Estaban hablando—dijo madame Savigny—el pasado lunes en las Tullerías de los vicios de una duquesa italiana que ha venido hace poco de Nápoles, y se contaban de ella horrores. Ninguna de nosotras podemos juzgarla—dijo mi amiga a las demás—, porque nosotras no hemos pasado del adulterio.

Gálvez y Aníbal encontraron la frase espiritual, encantadora; Clementina, Rita y la alemana madame Müller sonrieron discretamente.

—Es muy simpática—dijo Clementina de madame Savigny—. Es una gran dama.

Habían comenzado los valses. Yarza, a pesar de su deseo de hablar con Asunción, no se decidió porque de cuando en cuando veía a Clementina que le miraba como intimándole a no acercarse a su hija.

—Siéntese aquí, señor Yarza—le dijo Rita viéndole vagar por el salón, y le ofreció una silla.

Carlos se sentó al lado de la americana, que estaba elegante, hermosísima.

A su lado, haciéndole la corte más asidua, mariposeaba Angel Mellado, el secretario de Gálvez, un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, fuerte, con la nariz corva, los ojos negros, algo tristes, la piel cetrina y el bigote negro y levantado. El señor Mellado tenía las manos llenas de sortijas, y en el ojal del frac una condecoración.

La acogida extremosa que Rita dispensó a Yarza se tradujo en el rostro oliváceo de Mellado en una expresión de hostilidad muy mal disimulada. A pesar de la cariñosa acogida, Yarza no quiso darse por enterado de las coqueterías de la americana. Sin saber por qué le parecieron insultantes, y en vez de contestar con galantería lo hizo con sequedad y sin agrado.

Rita, un poco sorprendida, volvió a dirigirse a Mellado, que sonrió irónicamente. Al lado de Yarza, muy aburrida, estaba la hija de Rita mirando a los bailarines dar vueltas en el salón.

—¿Quiere usted bailar conmigo?—le preguntó Yarza.

—No, no sé. Muchas gracias—y la niña se ruborizó hasta el blanco de los ojos. Luego, adquiriendo confianza con las preguntas de Yarza, comenzó a contar tímidamente su vida, y concluyó hablando por los codos y riéndose. A la chiquilla no le gustaba la vida de París, en donde no tenía amigas, ni sabía qué hacer, y echaba de menos el campo y la vida libre de su tierra.

Rita, viendo a su hija que hablaba y reía, preguntó a Yarza:

—¿Qué le ha dicho usted a mi hija que está tan animada? Estoy viendo que hablan ustedes con mucho entusiasmo. Va a haber que vigilarles.

La niña se ruborizó, y turbada miró a su madre con amargura. Rita se echó a reir irónicamente.

Era una risa extraña, una risa de la mujer que ve en su hija una rival que le roba los adoradores.

Yarza lo notó, y sus labios adquirieron una sonrisa marcada de desprecio.

—¿Qué me mira usted así, Yarza?—le dijo Rita algo confusa.

—¿Yo?

—Sí; me mira usted de una manera rara, como si en mí le chocara algo.

—Es verdad—contestó Yarza palideciendo ligeramente—; me choca que sea usted tan cruel para su hija.

Pasó como una ráfaga de rubor o de cólera por la frente de Rita, y volviéndose de espaldas rápidamente, no quiso contestar.

Llegó un momento de descanso y pasaron todos al comedor; el único que quedó en el salón fué el pianista. Este le llamó a Yarza.

—Oye, que no he cenado—le dijo—; a ver si me dan algo.

—Espera un momento.

Entró Yarza en el comedor y se acercó a Asunción, que estaba un tanto seria con él, por no habérsele acercado en toda la noche. Yarza se disculpó y luego dijo:

—Inviten ustedes al pianista a pasar al comedor, porque el pobre hombre por venir temprano no ha cenado.

Entró Asunción en la sala, llamó al pianista y le entregó a los cuidados casi partenales de don Fausto.

En el comedor, Gálvez tomó dos copas de Champagne de más y comenzó a perorar, primero familiarmente, luego en tonos tribunicios.

Las señoras, por indicación de Rita, que se reía un tanto de la oratoria de su padre, dejaron el comedor para volver a la sala.

Aníbal salió detrás de Asunción, y Mellado siguió a Rita. Gálvez vió su auditorio reducido a Yarza, don Fausto y un joven francés llamado Darcey, amigo de Aníbal, y bajó el tono de su peroración.

Con su cara carnosa, roja, su melena, su bigote y perilla negros, su frac y sus gestos violentos, el americano parecía un vendedor de específicos de plazuela.

El joven francés, a quien sin duda chocaba y divertía la verbosidad de Gálvez, al ver que bajaba el tono de la voz y abandonaba sus ademanes vertiginosos, se escabulló con disimulo, y Gálvez, viéndose sin público, comenzó a hablar familiarmente.

—Nosotros los americanos no comprendemos, ¿sabe?, que se pueda tener un rey—le decía a Yarza—. Para nosotros es una prueba de inferioridad y de atraso.

—Un atraso del que participan los ingleses, los alemanes, los belgas—replicó Yarza con indiferencia, bebiendo una copa de Jerez.

—Es verdad.

—Pues yo no creo que el Paraguay valga más que Inglaterra, ni que los bolivianos sean superiores a los franceses o a los alemanes.

—Pues en ese sentido lo son, sí, señor—contestó Gálvez exaltado.

—Es posible; yo no lo creo.

En la sala había comenzado el pianista el preludio del vals de Strauss *El Hermoso Danubio Azul.* Don Fausto, para terminar la discusión, dijo:

—Bueno, señores, que empieza el baile. Vamos.

Entraron en el salón Gálvez y Yarza.

—¡Qué muchacho más especial?—pensaba don Fausto—. ¡Qué afán de chocar con todo el mundo! Siempre encuentra alguna nota discordante...

El baile siguió animadísimo. Se sucedieron los valses y los rigodones, y ya eran cerca de las tres de la mañana cuando terminó la fiesta y cada cual se fué a su casa.

III

Americanos

Durante el invierno, la vida en casa de don Fausto se deslizó agradablemente entre bailes y fiestas. No tenía tal manera de vivir nada de barato, pero Clementina prefería a una vida modesta el gasto exagerado, con la esperanza de relacionarse bien y de no perder las ocasiones de casar a sus hijas. Deseaba colocar cuanto antes a Pilar.

Clementina, instintivamente hábil, desarrolló una sabia política para cazar a Aníbal; no escatimó ni dinero ni tiempo, y su campaña terminó con tanto éxito, que al comenzar la primavera, Aníbal, viendo en perspectiva las delicias de Capua, pidió la mano de Pilar.

Aníbal Orantes era americano, de una de esas repúblicas de la América del Sur, acerca de las cuales los españoles poseen una idea tan vaga como de los países del interior del Africa. Tenía Aníbal algo de

mulato; su tez era blanca, la nariz aguileña, el pelo rubio, y, sin embargo, lo próximo de los ojos, la configuración de la frente, recordaban al mulato. Parecía como si a través de su cara blanca se transparentase otra obscura y bronceada. Seguramente entre sus ascendientes había mezcla de sangre india o de sangre negra.

Vivía Aníbal en un hotel elegante; tenía, según se decía, un tocador de mujer, y se perfumaba y se acicalaba mucho. Estos cuidados por su persona, unidos a su vehemencia y a su manera de hablar, suave y lánguida, le daban un carácter entre apasionado y fiel, propio de perro de aguas de novela romántica.

Desde que Aníbal se decidió a pedir la mano de Pilar, se dedicaron los dos a suspirar y a leer versos, mientras Clementina disponía los preparativos de la boda.

Con tanta fiesta y reunión se desarrollaron otros amores en casa de don Fausto, y los más comentados fueron los que produjeron la rivalidad entre Mellado y el joven frencés Darcey.

Ambos estaban enamorados de Rita. Mellado, como buen americano, era un tanto petulante, quería deslumbrar a Rita escribiéndole cartas apasionadas, asegurándole que por ella era capaz de todo; Darcey, más tranquilo, más parisiense, hablaba a Rita como a una amiga.

Al principio, Rita coqueteaba con los dos, pero luego fué inclinándose hacia el francés y cayó por este lado.

Rita tenía una naturaleza sensual, perezosa y amiga del placer; creía en una porción de supersticiones y consultaba las cartas para decidirse en sus amo-

res. Muchas veces esta criolla se pasaba cuatro y cinco días seguidos en la cama descansando, descansando de no haber hecho nada.

Los dos pretendientes de Rita intentaban casarse con ella, y a pesar de que las probabilidades del francés eran mayores, Angel Mellado no cejaba.

Este sentía una verdadera pasión. Quizá al principio había pensado más que en otra cosa en las rentas de la viuda, pero luego había olvidado el dinero para pensar ardientemente en el cuerpo blanco de aquella mujer soberbia.

Era Mellado un hombre sin tendencia analítica alguna, vanidoso y sensual. La sangre ardiente hervía en sus venas, su amor propio le hacía suspicaz y envidioso, y el ímpetu de sus deseos tenaz y atrevido. Amaba desesperadamente el éxito, los trajes, los diamantes, las mujeres. Era sencillo como una máquina; una idea constituía en él un deseo, y un deseo una orden. Tenía el alma de un torero que hubiese sido capataz de negros; vivía en un cuarto de un hotel sin *confort*, durmiendo sobre el duro suelo y vistiéndose como un príncipe.

Además de su entusiasmo por Rita como mujer escultural, blanca y rubia, le encantaba en ella su elegancia. Ese era su sueño, una mujer *chic* para lucirla en los bulevares y en los Campos Elíseos como una flor en el ojal.

Darcey, frío, indiferente, siempre amable y correcto, paseaba su mirada de ojos azules por todas partes con cierto asombro, como si las cosas le sorprendiesen y no le interesaran nada. Se decía que Darcey vivía bien, que su familia era de la aristocracia; pero nadie la conocía.

Las repetidas fiestas celebradas por Clementina

le dieron pronto relaciones entre gente de la orilla derecha.

París comenzaba a ser en estos últimos años del segundo Imperio la ciudad cosmopolita por excelencia. Ya no era el París de Luis Felipe, tranquilo y burgués, en el que se conservaba el gran prestigio del faubourg Saint-Germain; ya no era el mismo París de Haussmann, con sus damas con miriñaque, faldas de volantes y sus grandes capotas de *bavolet.*

El París de los primeros años del Imperio, con sus calles estrechas, sus simones, sus ómnibus, sus crónicas de Scholl y sus caricaturas de Cham, comenzaba a ser substituído por el París de las grandes avenidas, el París de los extranjeros y de los millonarios.

Las rápidas fortunas hechas con las demoliciones, la afluencia continua de gente de todos los países, había producido un fermento de cambio en la vida de la capital.

Era el momento feliz para los advenedizos y vividores; no se preguntaba a nadie por su familia ni se averiguaba el origen de las fortunas; bastaba con ser rico y con ser *chic.* El ejemplo venía de lo alto, del trono de Francia, ocupado por Napoleón III y la emperatriz Eugenia, este par de extraños aventureros que habían comprendido admirablemente las necesidades y las ansias de la burguesía francesa.

La sociedad del Imperio había hecho de París el pueblo ideal para todos los ambiciosos; una tierra de promisión para los aventureros de la aristocracia y de la Bolsa, de las artes y del *turf.*

Como en toda sociedad decadente, las mujeres triunfaban: había marquesas periodistas, princesas italianas que cantaban en los escenarios, grandes

damas de todos los países, la mayoría divorciadas, que intrigaban o daban escándalos.

Madame Savigny fué desde el principio la consejera de Clementina, la iniciadora en los secretos de la vida parisiense. La intimidad entre las dos mujeres se estableció al momento. Se entendían a medias palabras.

Madame Savigny llegó a ser la confidente de Clementina y también de Rita: ella les dió consejos para todo, lo mismo para el tocador y la cocina, y con ella quedó acordado que Clementina, después del matrimonio de Pilar, se trasladara a la orilla derecha.

—La calle del Bac ya no es París—decía madame Savigny—. El París de los parisienses de raza es el que se extiende desde la Magdalena al Gimnasio.

Madame Savigny suponía, aunque quizá no se atrevía a asegurar con completa franqueza, que en ese trozo de los grandes bulevares la Humanidad era distinta a la de los demás puntos de la tierra, y que en ese privilegiado espacio de un par de kilómetros de longitud se entendía la vida, la elegancia y hasta la moral de una manera completamente diferente a como se entiende en el resto de este desgraciado planeta.

Madame Savigny se consideraba como una pitonisa de la elegancia de París, como la síntesis, el compendio de todas las gracias y delicadezas parisienses, que son, como es sabido, las más graciosas y más delicadas de Francia, las cuales son, a su vez, las más delicadas y graciosas del mundo.

Sobre todo, lo que caracterizaba a la antigua modista era la exquisitez de sus sentimientos. Esta vieja Petronio contó una vez que había tenido en su

juventud un amigo, un gran músico. A su muerte, el músico la dejó en herencia toda su biblioteca, constituída por sonatas y composiciones de los mejores maestros. Madame Savigny era piadosa, y cuando iba a visitar la tumba de su amigo, en vez de rezar cantaba. Ella comprendía así la delicadeza y la manera de agradar a un difunto.

A Clementina y a sus hijas les pareció la idea preciosa, y cuando relataron este hecho exquisito a don Fausto y a Yarza, el último, con tono indiferente, dijo:

—Pues es una lástima que ese músico no fuera un bailarín.

—¿Por qué?—preguntó severamente Clementina.

—Porque hubiera sido muy gracioso ver a madame Savigny a sus años, en un cementerio, bailando delante de una tumba.

Clementina acusó a Yarza de no tener sensibilidad para comprender la delicadeza, la exquisitez de las acciones, y Yarza contestó que la de algunas comprendía, pero que había otras que eran un poco herméticas para él.

Con tal motivo se cambiaron entre Clementina y Yarza algunas frases agrias, más que por el sentido, por el tono y por la intención.

La verdad era que Yarza no ponía empeño en hacerse simpático a Clementina; al revés, la acosaba como a un enemigo. Idéntica enemistad manifestaba por madame Savigny y por los americanos.

Cuando les oía hablar de teatros, de bailes, de las últimas aventuras de Cora Pearl, de Adela Courtois o de Ana Deslions, no podía disimular un movimiento de desprecio.

La misma sequedad suya le había granjeado la es-

timación de Gálvez y de Rita, quizá por contraste. acostumbrados como éstos se hallaban a que todo el mundo se inclinase ante su influencia y su dinero.

Gálvez casi siempre que veía a Carlos le invitaba a comer a su casa. La contradicción de Yarza excitaba y agradaba al americano.

Gálvez, con sus dos hijos y la nieta, vivía en la calle de Courcelles, cerca del parque Monceau. Tenía un hotel alhajado con un lujo insolente, lleno de espejos y de dorados.

Una noche en que don Fausto con su familia y Yarza comieron en casa de Gálvez, se entabló una discusión acerca de París.

—Yo, que he vivido en los Estados Unidos, encuentro, la verdad, poca civilización en París—dijo Gálvez.

—Para mí hay demasiada—contestó Yarza.

—Pues a mí me parece un pueblo tranquilo e inocente.

—No, no—replicó Yarza—. París es un pueblo podrido, peligroso... París es un pedestal para el francés que vale y un disolvente enorme para los demás países. Aquí se desgasta uno, pierde su carácter... A nosotros mismos nos tragará París.

—¿Cree usted?—preguntó Rita entre burlona y desdeñosa—. ¿Y eso qué importa? La vida no es eterna.

—Yarza preferiría vivir en algún poblachón español y aburrirse allá—repuso Clementina burlonamente.

—Sí, señora, es cierto.

—Y casarse con una mujer de mantón y comer gazpacho y sopa de aceite—añadió Rita.

—También es verdad.

—¿Y por qué eso?—preguntó Gálvez.

—Es que quiere hacer penitencia—dijo Pilar.

—No—replicó Yarza—. Es que hay que vivir apoyado en algo, en verdades o en mentiras, en principios aceptados porque sí, por la fuerza de la raza, o en convicciones, porque si uno se desprende de todas las preocupaciones heredadas, llega un momento en que se queda uno sin amparo, azotado por todos los vientos.

Gálvez no era de la misma opinión; él creía que la democracia y la república eran ideales bastante grandes para llenar la vida de un hombre. Con este tema, el buen señor comenzó a pronunciar un largo discurso que Yarza escuchó entre atento e irónico, y que fué interrumpido por Clementina y Rita, que protestaban de la idea de sacrificarse por la democracia y la república. Las dos mujeres estimaban irritante y bárbaro el deber de sacrificarse por el Estado o la República, y consideraban que cada persona debía buscar su felicidad como pudiese.

Al salir de casa de los americanos, don Fausto y su familia, acompañados de Aníbal y de Yarza, tomaron el ómnibus para el panteón, en la calle de Courcelles.

Glementina, Pilar y Aníbal pasaron al interior, porque había asientos, y Asunción, don Fausto y Yarza quedaron en la plataforma de atrás del coche.

—Usted no tiene simpatía por los americanos, ¿verdad?—dijo Asunción a Yarza.

—Ninguna.

—Ya se le nota.

—Pero, ¿por qué?—preguntó don Fausto.

—Es una gente superficial—siguió diciendo Yarza—, a quienes no se le ve el fondo nunca, quizá

por eso, porque no lo tienen. A mí estos hombres sin casta me repugnan, me dan la impresión de esos animales fríos y viscosos que se deslizan entre las manos. Porque un francés, un inglés, un alemán, son una cosa radicalmente distinta a nosotros; pero éstos ¿qué son?... Un producto híbrido, mezclado... Españoles ¿mejorados? ¿empeorados? Cuando hablo con ellos me hace el efecto de verme en un espejo defectuoso. Me parece que en ellos han adulterado mi raza.

—¡Qué cosas dice!—exclamó Asunción, sonriendo al ver la fogosidad de Yarza.

—Pues ellos no tienen mala intención para usted—dijo don Fausto, que no comprendía el punto de vista de Yarza, su antipatía étnica—. Si Gálvez pudiera hacer algo por usted, lo haría con mucho gusto.

—Es que yo no aceptaría nada de él.

—¿Y por qué?

—Porque no... Este editor francés para quien trabajo tiene interés en explotarme, como todo comerciante, pero no tiene ningún placer en humillarme. En cambio, este señor americano, rico, no me ayudaría para hacerme trabajar y utilizar mis servicios sino por el gusto de humillar en mí al español, a quien instintivamente odia.

—Es usted demasiado orgulloso—dijo Asunción, y don Fausto pensó una vez más que era para él un enigma el carácter de aquel muchacho.

IV

Un hombre fuerte

Carlos Yarza era un muchacho alto, delgado, de cara larga y estrecha, frente espaciosa, nariz recta y labios finos. No llevaba barba ni bigote, estaba siempre pálido, reía poco, casi nunca; tenía una mirada fría y clara, una sonrisa irónica y un gran aplomo.

Era Carlos un tipo de mozo vascongado, huesudo y fuerte, de esos que tienen algo de la esbeltez desgarbada de un caballo de carrera y de la arrogancia en el andar de un gallo.

Su carácter era una mezcla extraña de frialdad y de entusiasmo, de sentimentalismo y de insensibilidad.

Naturalmente, era un muchacho tímido, orgulloso, lleno de amor propio, que por un esfuerzo tenaz de su voluntad había llegado a hacerse impasible.

Después, cultivando su impasibilidad, alcanzó en

sí mismo efectos sorprendentes; sus músculos y sus nervios le obedecían de tal manera, que sus mayores indignaciones, y las sentía grandes, no se manifestaban en su rostro más que por una ligera rubicundez que coloreaba su frente.

Estos esfuerzos por reprimirse le habían hecho íntimamente más violento; sus odios eran feroces y sus decisiones inquebrantables.

La razón o la sinrazón no le preocupaba; odiaba o quería; era consecuente o no; nada le importaba. Tampoco quería discutir; pensaba que sus convicciones eran como la forma de su nariz, cosas que no podían variarse por la persuasión.

Carlos Yarza vivía con su padre en un cuarto piso de la calle de Garanciere.

El padre de Carlos, don Ignacio, era un aldeano de pelo blanco, con la nariz larga y los ojos chiquitos y grises. Le faltaban dos dedos de la mano derecha. Era naturalmente despótico, pero con su hijo no se permitía serlo.

El viejo Yarza había sido hombre de alguna fortuna, arruinado en la guerra carlista. Don Ignacio fué de los primeros partidarios de Carlos V que se echaron al monte. Abandonó su casa, vendió sus tierras y sus heredades, mató a disgustos a su mujer, y a la vejez se encontró en París sin saber hacer nada y sin un cuarto, esperando que el nuevo pretendiente, nieto del anterior, se echara con sus tropas al campo.

Gracias a su hijo pudo vivir.

Carlos Yarza comenzó a ganar para él y para su padre a los diez y seis años. Un emigrado, amigo de Prim, de ideas republicanas, le ayudó al principio y partió con él el trabajo que tenía, que estribaba en

traducir oraciones para una casa de estampas religiosas de la calle de San Sulpicio.

Luego Carlos entró de escribiente con un señor Salcedo, que confeccionaba un diccionario enciclopédico en español.

Este señor le dió cinco francos por trabajar con él durante toda la mañana.

Salcedo era un cura renegado que había venido a Europa desde una ciudad de la América del Sur, con el objeto de relacionarse en Roma con gente influyente de la curia y conseguir una mitra.

En Roma, Salcedo abandonó su plan de ambiciones eclesiásticas y se dedicó con entusiasmo a los estudios de filología y lingüística. La filología le hizo colgar los hábitos, unirse a una mujer, y después de largas aventuras, le llevó a establecerse en París, donde vivía del diccionario y de vender y comprar libros en los muelles.

Yarza estuvo trabajando con el ex clérigo, pero siempre en expectativa de otra cosa. Salcedo le era antipático; primero por americano, luego por cura. Estos curas renegados o sin renegar le repugnaban, le parecían una cosa sucia y abyecta, cuyo contacto mancha a un hombre limpio.

Además, Salcedo era soez; Yarza le soportaba pensando en la alegría que tendría al dejarle de ver.

Cuando encontró otro trabajo, Yarza se despidió de Salcedo, y comenzó a traducir para una librería de la calle de Jacob.

Era ya Carlos hombre de extensa cultura; había llegado a casa del ex clérigo teniendo por todo lastre científico un poco de latín aprendido en Oñate y algunas nociones primeras de matemáticas, y salió hecho casi un sabio. Los tres años que llevó

trabajando con Salcedo para el diccionario enciclopédico le proporcionaron una serie de conocimientos sobre diversas y varias materias.

En la librería de la calle de Jacob, donde entró, se publicaba una biblioteca clásica, y Yarza se encargó de ella. Trabajó el latín sin descanso hasta llegar a traducirlo a la perfección. Con este motivo leyó una gran cantidad de obras de autores latinos y se hizo un entusiasta de ellos.

Como su manera de ser no se avenía bien con las medias tintas, creyó a rajatabla, como una verdad inconcusa, que desde el comienzo del cristianismo la Humanidad no había hecho más que degenerar.

La vida de su época le parecía a Yarza insignificante y despreciable; su tiempo se le figuraba como un alto en medio de la obscuridad, como uno de los últimos túneles de la Edad Media.

Del mismo modo que el río Guadiana desaparece en la tierra para salir luego, así pensaba Carlos que la verdadera vida pagana volvería a brotar clara y luminosa después de siglos de tinieblas.

Todos los ideales, todas las tendencias de su tiempo, los vicios y las virtudes, las utopías y los sueños los encontraba en Roma.

Estas lecturas fuertes de los autores latinos hicieron a Yarza desdeñoso con lo que veía a su alrededor, y le dieron una idea mecánica y poco sentimental de la vida. Para él todos los conflictos espirituales o morales eran problemas dinámicos, choques de fuerzas en los cuales vencían siempre las mayores o las de más intensidad.

Esta concepción quizá hubiera bastado para el entretenimiento y solaz de un estoico que contemplara el mundo como un circo de gimnastas, pero Yarza no

había llegado al estoicismo práctico. Era en el fondo un carácter orgulloso y agriado, en donde convergían una porción de influencias desemejantes: la tendencia autoritaria del padre, el sentimentalismo innato, siempre en guardia de miedo de ser herido, sus lecturas y el ambiente revolucionario del tiempo.

La vida trabajosa de los primeros años había anegado su alma de rabia y de instintos antisociales. En sus conversaciones, Yarza se mostraba negador sistemático de los beneficios de la civilización; según él, no se había adelantado nada en nada.

Afirmaba que todo lo absurdo y antinatural era una consecuencia del progreso y del cristianismo, y defendía sus paradojas con una cólera agresiva y fría.

Latía en él el odio por el burgués tranquilo, egoísta, apacible, que no tiene más que necesidades fisiológicas y una tendencia sentimental baja y vulgar, o un esnobismo de buen tono. Decía que muchas veces en algún café o restaurant tenía que contenerse para no tirar un plato a la cabeza de algún buen señor que le exasperaba por la avidez con que comía o por el aire reposado y satisfecho que tomaba mientras fumaba y se preparaba a hacer la digestión.

Yarza padre e hijo no congeniaban, y tenían violentas disputas, que acababan marchándose Carlos de casa y dejando a su padre vociferando solo. Todas las veces que se discutía el carlismo había escándalo. Para Carlos, el nuevo pretendiente era un imbécil; el llamado Carlos V, un miserable y un canalla, y el partido carlista una manada de idiotas, dirigida por curas asesinos y estúpidos frailes, dignos de ser uncidos a una carreta. El viejo Yarza mezclaba insultos e imprecaciones y amenazaba y prometía fusilar a su hijo si lo cogía por su cuenta.

La simpatía en política de Yarza estaba por esos hombres como Mazzini, Blanqui, Rochefort, que en pequeño le recordaban a Catilina, el tipo admirable pintado por Salustio, en el cual se unían los odios de la plebe con la arrogancia de los nobles.

El tipo del populacho lleno de pasiones violentas, de odios, de rabias, encantaba a Yarza; en cambio, no tenía ninguna simpatía por el hombre del pueblo honrado, trabajador, moral, buen padre, buen ciudadano. Algo de vicio, algo de orgullo, algo de inmoralidad, creía él que servía para realzar la figura humana.

Su tipo era el hombre aislado, el hombre fuerte que entra en la vida como un toro furioso embistiendo contra lo que le estorba y lo que se le pone por delante; pero exigía además de este hombre el gesto bello, el gesto gallardo del gladiador triunfante.

Blanqui, saliendo del presidio destrozado, famélico, pero con guantes en las manos, merecía todas sus simpatías.

A pesar de que Yarza se creía un estoico, despreciador del deleite, acorazado contra las debilidades sentimentales, no sólo era capaz de afecto, sino que su afecto se arraigaba interiormente y echaba raíces hondas y profundas.

Por su amigo y primer protector Acuña tuvo Carlos una amistad estrechísima, y cuando éste murió, Yarza se consideró en la obligación de trabajar por sus hijos hasta encontrarles manera de vivir.

Eran los hijos de Acuña una muchacha llamada Paulina y un jorobadito, de constitución débil, Joaquín de nombre.

Yarza ayudó a los huérfanos cuando se vieron desamparados en medio de París, les animó para lu-

char contra la desgracia y luego pudo hacer que Joaquín entrara de dibujante en una casa de estampas religiosas de la calle Madame y que Paulina encontrara trabajo seguro bordando para una casullería de la calle de San Sulpicio.

Paulina y su hermano tenían un gran entusiasmo por Yarza; él les había salvado de la miseria, les había infundido ánimo en los momentos de más apuro; así que lo consideraban como un héroe.

V

Vida humilde

PAULINA y su hermano vivían en la Cour de Rohan, una plazoleta extraviada en medio de un laberinto de callejuelas estrechas.

Esta Cour de Rohan, desconocida no sólo por los habitantes de otros barrios lejanos de París, sino ignorada hasta por los del mismo barrio, era difícil de encontrar, sobre todo en la época en que no estaba prolongado aún el bulevar Saint-Germain desde la calle Hautefeuille a la calle Taranne.

Estaba constituída la Cour de Rohan por dos patios comunicados entre sí que tenían una salida por un callejón estrecho llamado del Jardincillo, que pasaba entre las tapias de dos jardines y desembocaba en la calle de la Espuela; y la otra salida por el sucio pasaje del Comercio. Paulina y su hermano vivían en el primer patio de la Cour de Rohan. Era éste una plazoletilla con todo el aire de un rincón de al-

dea. Algunos árboles arrimados a las paredes extendían sus ramas por los fachadas de las casas, y como allí no daba mucho el sol, la mayoría del año estaban negras y únicamente durante algún tiempo corto se vestían de hojas verdes que alegraban la vista.

Entrando por la calle del Jardincillo, a la izquierda, había una casita que tenía en el entresuelo una ventana con rejas y a un lado un pozo antiguo con su arco de hierro, su polea y su cubo colgando de una cuerda.

En esta casa, en el último piso, vivían Paulina y su hermano.

La Cour de Rohan tenía sus secretos y sus atractivos: del primer patio se pasaba a otro también plantado con arbolillos raquíticos, pero que no tenía el aire aldeano del anterior. Este segundo patio parecía de algún museo, porque estaba adornado por una serie de bustos, cabezas de Júpiter, Niobes y Venus, colocados en todas las repisas, huecos y ventanucos de las casas por un vaciador en yeso que tenía allí su taller.

Esta plazoleta poblada de estatuas de dioses conducía por un pasadizo abovedado a la calle-pasaje del Comercio, la cual, como indicaba su nombre, era a medias calle y a medias pasaje encristalado y cubierto.

Las casas de los dos patios de la Cour de Rohan eran viejas, pequeñas, unas de color amarillo, otras de color rosado; casi todas con galerías y miradores, con vidrieras pintadas y azoteas llenas de tiestos verdes.

Rara vez pasaba algún transeunte por la Cour de Rohan; de noche se cerraba la puerta que comunica-

ba un patio con otro, y un farol de gas iluminaba cada una de estas plazuelas sombrías.

Las calles próximas a la Cour eran todas estrechas, callejuelas muy animadas, de pequeño comercio, con casuchas bajas en donde abundaban las tabernas y las cervecerías, los rincones obscuros y los pasadizos siniestros.

Don Fausto hubiese encontrado grandes atractivos en este barrio; había por allí cerca, en la calle Hautefeuille, casas del siglo XV, con el tejado a dos aguas, que a pesar de haber sido rejuvenecidas se conocía su vejez por su poca altura y su panza.

Existía también en la vecindad un parador clásico de París, el del Caballo Blanco de la calle Mazet, antiguamente llamado «A las Carrozas de Orleáns».

Durante unos cuantos siglos había servido esta vieja posada de cochera a las diligencias de Orleáns. Su ancho patio, ocupado por carros; sus cuadras, cobertizos y guardillas, le daban un carácter arcaico y pintoresco.

La tradición popular quería que fuese allí donde Manon Lescaut hubiese conocido al caballero de Grieux, tomando como héroes de la realidad los personajes de la novela del abate Prevost.

Había en el barrio cafés tan antiguos como el Café Procopio de la calle la Antigua Comedia, café frecuentado por filósofos y poetas del siglo XVIII, citado por Voltaire, y en donde modernamente había hecho Gambetta sus ensayos oratorios mientras los estudiantes compañeros suyos jugaban al dominó.

También por allí cerca se indicaban algunos cafés inmundos, de mala gente, como el Café Faucon y el Beuglant, que figuraban con frecuencia en procesos de robos y asesinatos.

La Cour de Rohan y el pasaje del Comercio no tenían antros de esta clase; constituían una rinconada tranquila y literaria, con bastantes tiendas de libros viejos, de grabados y de estampas.

Había también en el pasaje del Comercio dos establecimientos que gozaban de alguna fama en el barrio, el gabinete de lectura de Rouillé y la casa de baños del Pavo Real, una de las curiosidades del París antiguo.

El verano, en la Cour de Rohan los plátanos de los dos jardines que daban a la calle del Jardincillo se llenaban de follaje. Durante el otoño, las grandes hojas verdes de los árboles se amontonaban en la estrecha calle e iban pudriéndose con la lluvia.

Solían ir a la Cour de Rohan los días de verano saltimbanquis que convertían en circo la plazoleta, flautistas y violinistas saboyanos, arpistas piamonteses, y no faltaban tampoco esos virtuosos que con un acordeón, platillos, bombo y un sombrero de campanillas se las arreglan para tocar todas estas cosas al mismo tiempo, moviendo las manos, la cabeza y los pies.

Paulina Acuña y su hermano vivían en un cuarto piso que tenía una pequeña terraza encima del tejado. La vida de los dos hermanos era monótona e igual.

Por la mañana, Joaquín marchaba a su taller y Paulina quedaba en casa bordando.

Una mujer iba todas las mañanas un momento a limpiar el cuarto. Paulina, por su oficio, tenía que cuidar sus manos.

Durante el otoño y el invierno la mujer encendía la estufa y Paulina comenzaba a bordar delante del balcón, y así pasaban sus horas y pasaba su vida,

un día y otro día, como las princesas de los cuentos, bordando con hebras de seda y oro.

Un sin fin de chimeneas se divisaba desde la ventana. Paulina las contemplaba distraídamente, y su fantasía encontraba formas extrañas en aquella inmensidad de tubos negros que se destacaban en el horizonte gris.

Había unas con una caperuza como el sombrero cónico de un chino; otras terminaban en forma de casco adornado por una flecha de hierro que fingía una cimera; algunas, torcidas en dos ángulos rectos, parecían jorobadas; otras concluían en una especie de linterna; la mayor parte, embutidas en grandes paredones espesos, en fila, de distinta altura, recordaban los tubos de un órgano.

El confuso amontonamiento de tejados que se divisaba desde allí tomaba el aspecto de una ciudad con sus calles y sus plazas, sus iglesias y sus monumentos.

En las horas de sol se distinguían azoteas llenas de musgo, paredes negras con escalas de hierro, veletas enmohecidas sobre sus vástagos, alambres de los pararrayos que corrían entre aisladores, torrecillas musgosas y flechas indicadoras de una dirección.

Algunas veces, Paulina, en momentos de descanso, cogía unos gemelos de teatro y se entretenía en mirar a lo lejos. Aquí se veía una muchacha con los brazos desnudos y las mangas remangadas que iba tendiendo ropa en una cuerda; allá aparecía en una guardilla un viejo envuelto en un gabán con un gorro en la cabeza. Paulina veía al viejo mirar a la calle y luego con una botella regar una caja de reseda o una mata de pensamientos plantada en un tiesto pintado de verde. Después, un temblor del

brazo hacía que la silueta del viejo desapareciese y se presentara en el campo visual una torrecilla lejana o la figura de un gato escuálido sobre el caballete de una guardilla.

Al anochecer, cuando la obscuridad comenzaba a borrar los contornos de las cosas y el humo blanco de las chimeneas salía lentamente a perderse en el ambiente gris, estos paredones negros, estos tejadillos puntiagudos, estas filas de chimeneas tomaban un aspecto fantástico: eran murallas de un castillo defendidas por caballeros, eran centinelas solitarios que avanzaban valientemente hasta los bordes de un tejado, eran figuras monstruosas y absurdas como las quimeras de una catedral.

De noche, Paulina encendía el quinqué y seguía trabajando. Un gato grande, blanco como la nieve, cuyo nombre, *Monseñor,* lo debía a la fama de monseñor el cardenal Antonelli, era el único amigo de la muchacha. En una silla, o en la falda de la bordadora, el gato blanco se pasaba los días.

En el verano, Paulina salía a trabajar a la azotea.

Esta azotea pequeña, de unos tres metros en cuadro, constituía una de sus grandes distracciones. Era una terraza embaldosada, con un pretil de piedra lleno de líquenes. Desde un extremo se veían las copas de los árboles de un jardín lejano, que daba la impresión de ser grande y frondoso.

Paulina muchas veces gustaba suponer que allí lejos había una arboleda tupida como un bosque, fuentes claras y estanques misteriosos cruzados por cisnes blancos.

Al avanzar la primavera, cuando la azotea se llenaba de flores y en el fondo se veían los árboles cubiertos de hojas del jardín remoto, Paulina creía

encontrarse en medio del campo, y el follaje lejano y la flor próxima y el canto de los pájaros eran para ella como un saludo afectuoso de la Naturaleza, que le hacía olvidar las callejuelas lóbregas entre las cuales vivía.

La parra nacida en el ángulo de la azotea se torcía formando toldo de verdor; dos tórtolas se arrullaban en el palomar de madera de techo de cinc, y sobre el pretil de la terraza, en tiestos pintados de rojo y de verde, nacían geranios y crisantemos de colores espléndidos. Los gallos cacareaban a lo lejos con su canto estridente, y *Monseñor*, blanco y redondo, dormía hecho una bola.

Los domingos por la mañana Paulina iba con su hermano al Mercado de Flores a comprar plantas; las tardes solía pasarlas en casa, leyendo.

Con una vida así tan sedentaria, Paulina estaba siempre pálida, con los labios descoloridos.

Casi todos los domingos por la tarde, Yarza padre e hijo visitaban a los hermanos Acuña. Joaquín y Carlos solían marcharse a jugar al billar al café de la Rotonda de la esquina de la calle Hautefeuille. Había en este café un gran número de periódicos extranjeros. Yarza y Acuña leían las noticias de España, discutían acerca de lo que habían leído y luego echaban una partida de billar.

Mientras tanto, el padre de Yarza charlaba con Paulina o jugaba con ella a las cartas hasta que Joaquín y Carlos volvían del café.

El viejo Yarza había tomado cariño a Paulina y pensaba que su hijo no sería bastante imbécil para desdeñarla; pero no se atrevía a darle consejos ni a decirle nada.

¿Qué pensaba Carlos de Paulina? Al parecer, la

consideraba como una amiga o como una hermana.

Paulina sentía una gran admiración por Carlos. Quizá esperaba que algún día le dijera algo, quizá no quería turbar la quietud de su espíritu. Y pasaba el tiempo y Carlos no decía nada, y Paulina esperaba con una resignación humilde, de mujer cuya alma tiene energías reconcentradas para no desmayar.

VI

Día de nieve

Un domingo de Enero, por la mañana, don Fausto, Asunción y Yarza fueron a visitar el Louvre. Hacía mucho frío. Al llegar al puente del Carrousel, a Asuncioncita se le ocurrió que sería más agradable dar una vuelta por el río hasta Auteuil, y se embarcaron los tres en un vaporcito.

El cielo estaba gris, lechoso, con una tonalidad rosada; las casas obscuras, con los tejados azules, se destacaban en el horizonte plomizo; una ligera niebla flotaba sobre el río.

Asunción y Yarza iban charlando en voz baja; don Fausto contemplaba los edificios de las orillas, que tenían entre la niebla un vago aspecto.

Al llegar al puente de Grenelle dijo don Fausto:

—Me parece que va a llover. Vale más que bajemos.

—Sí, andaremos un poco—repuso Asunción—, porque yo estoy helada.

Bajaron en la orilla izquierda y volvieron hacia su casa por el muelle de Orsay. Se veían en la otra orilla, vagamente, las casas de París por encima de una arboleda desnuda de hojas. Había en todo el pueblo, bajo el cielo triste y plomizo, una gran calma. Algunas gabarras pasaban remolcadas por el río, que tenía un color de azogue.

Don Fausto, Asunción y Yarza marchaban de prisa, taconeando fuerte en el suelo endurecido por la helada.

Cuando llegaron cerca de la Cámara de Diputados comenzó de repente a nevar. Los copos grandes y espesos se entrecruzaban en el aire. Asunción reía con las mejillas rojas y los ojos brillantes. La nieve le daba una gran animación y alegría.

—Vamos, vamos—dijo don Fausto, y andando los tres muy de prisa llegaron a casa.

—Espere usted, le bajaremos un paraguas—dijo don Fausto a Yarza.

—Gracias; no lo necesito. Es un chisme que me fastidia.

—No se olvide usted de que estamos invitados a cenar en casa de Gálvez.

—No, no me olvidaré.

Yarza se fué a casa.

Cayó durante todo el día una gran nevada que dejó un manto blanco y espeso en las calles y en los tejados. Al anochecer, París estaba silencioso como la nave de una catedral, las calles desiertas, las casas tenían pasamanos de nieve en los balcones, todo estaba negro y sin color, y por las calles correteaban algunos perros vagabundos.

Yarza, después de comer, fué a casa de Joaquín Acuña, jugaron al billar la acostumbrada partida en

el café de la Rotonda, y sin subir después a ver a Paulina se fué a su casa, se vistió y tomó el ómnibus del Panteón a Courcelles.

Por la noche cesó la nieve, y el viento sopló con furia por las calles; a través del cristal del ómnibus se veían vagamente pasar los coches, las luces de los faroles oscilaban violentamente a impulsos de las ráfagas de aire.

Gálvez, en su casa, estaba amilanado por el frío, casi metido en la chimenea.

Cuando Yarza entró en casa del americano, creyó que se ahogaba.

—Demonio, ¡qué temperatura!

—¡Pero si no hay más que veinte grados!—le replicó Gálvez, con voz quejumbrosa—. No comprendo cómo hay gente que pueda salir a la calle con un día como el de hoy.

—Si no hace mucho frío.

—¿No siente usted frío?

—No.

—¡Y eso que es usted de país cálido! Porque en España hace calor.

—Sí, en verano—contestó riendo Yarza.

—¿Qué, también hace frío?

—¡Claro que sí!

—¿Tanto como en París?

—En algunos sitios mucho más.

—Entonces, decididamente no voy a España en invierno—dijo Gálvez—. Desde que llegué aquí tengo encendida la chimenea en mi cuarto, porque siento frío en la cama. Y eso que el doctor asegura que los hombres de clima cálido resisten muy bien el frío el primer año. ¿Vamos donde están las señoras?

—Vamos.

Pasaron al salón, en donde Rita hablaba con un señor americano, a quien presentaron a Yarza. Este señor americano, don Perfecto Martínez, había sido presidente de la República de su país y era el jefe del partido de los blancos, hasta que una revolución le había arrojado de su butaca presidencial, llevando al Gobierno el partido de los rojos.

Llegaron los invitados con puntualidad, y al dar las ocho, Gálvez, dirigiéndose a su hija, le preguntó:

—¿Qué, no comemos?

—Es que no ha venido Héctor—contestó Rita, dando muestras de inquietud.

—¡Bah! Ya vendrá—replicó Gálvez.

—Es que somos trece.

—¡Demonio!—exclamó Gálvez—. ¡Ese imbécil de Héctor! ¿Y qué vamos a hacer?

—Esperaremos un momento.

—¿Qué pasa?—dijo Clementina a Rita.

—Que somos trece y a algunos no les gusta...

Madame Savigny aseguró que a ella no le importaba hacer el número trece en la mesa, a pesar de que recordaba una porción de casos en que se había dado la coincidencia de morirse alguno de los que habían comido formando trece.

Pasaba el tiempo y no llegaba Héctor.

—Dígale usted a su hija—advirtió Yarza a Gálvez—que yo me marcharé.

—No, no; de ninguna manera—contestó Gálvez.

—Lo que haremos—dijo al fin Rita—será poner una mesita pequeña al lado, en donde pueden comer Asunción y María Victoria.

Se aceptó la idea, y pasaron todos al comedor, que brillaba de luz. En medio de la mesa, cubierta por un mantel de una blancura de nieve, había un

gran centro de cristal lleno de crisantemos de todos colores. La vajilla de plata centelleaba.

Estaban los criados poniendo una mesa pequeña al lado de la grande cuando se presentó Héctor.

—Vaya, ya no hay nada que arreglar—dijo Gálvez—. A la mesa, señores.

A la derecha de Rita se colocó don Perfecto y a la izquierda don Fausto; enfrente de su hija se sentó Gálvez, en medio de madame Savigny y de Clementina.

La comida al principio fué un poco ceremoniosa; los criados servían sin hacer el menor ruido. Se habló francés, porque madame Savigny no entendía el castellano.

Madame Savigny llevó el peso de la conversación; a ella, como a buena parisiense, le gustaba el tiempo frío y la nieve. Decía que era capaz, a pesar de su edad, de ir a patinar al lago del Bosque de Bolonia.

Cuando ya la comida perdió la solemnidad de los primeros momentos, todo el mundo comenzó a hablar castellano. Don Perfecto tenía para Rita grandes atenciones y le hacía la corte con cierta torpeza; Gálvez, por su parte, se dedicaba a mirar con ojos encandilados a Clementina y hablarle en voz baja.

Asunción estaba incomodada con Yarza porque no se había apresurado a ofrecerle el brazo para pasar al comedor y le había dejado entre Mellado, que no pensaba más que en mirar ardientemente a Rita, y Héctor Gálvez, que era un imbécil enamorado de sí mismo, que no hablaba más que de sus conquistas.

Asunción, por despecho, fingía interesarse en la conversación de Héctor. Este joven era un Narciso que se había lanzado de lleno a la vida vertiginosa de París con la indiferencia de un criollo.

A pesar de su estupidez nativa, y quizá principalmente por ella, Héctor tenía un yo de poeta, un yo absorbente, y todo cuanto se dijera lo refería a su persona. Mientras hablada de sí mismo sonreía con amable complacencia, levantaba la voz, accionaba; luego, cuando se variaba de conversación y se trataba de otro, ponía una cara triste y miraba al techo como diciendo: No sé para qué se ocupan de cosas sin importancia.

Héctor dijo a Asunción en secreto que casi sentía ser rico, porque si no, hubiera llegado a ser un gran artista; también le apesadumbraba el poseer tantos atractivos físicos, porque las mujeres más *chics* de París le asediaban y llegaban a importunarle.

Asuncioncita oía sin prestar atención las necedades de Héctor; al mismo tiempo notaba que Carlos y la hija de Rita, María Victoria, sostenían una larga y al parecer interesante conversación, lo que la tenía volada.

Yarza hablaba a María Victoria de Paulina Acuña y la ponía como un tipo ideal; la pintó trabajando día y noche en sus bordados, buena, cariñosa, amable, como una Cenicienta a quien espera un príncipe enamorado de su belleza y de sus virtudes.

María Victoria manifestó deseos de conocer a Paulina; Rita, que oyó la calurosa descripción de Yarza, le dijo:

—Le encuentro a usted muy entusiasta de la bordadora. Me parece que hay algo entre usted y ella.

—No, no; es sólo una amiga.

—¿Qué edad tiene su amiga?—preguntó Gálvez.

—Diez y ocho.

—¿Y usted?

—Yo, veintitrés.

—Entonces permítame usted, mi querido Yarza, que dude un poco de que no haya más que amistad entre la bella bordadora y usted.

Asunción al oir esto enrojeció y estuvo a punto con un movimiento rápido de tirar la copa.

—Pues no, no hay más que amistad entre nosotros—añadió Yarza.

—No sea que se esté usted engañando—repuso Gálvez.

—O engañándole a ella—replicó Rita.

—¡Ay! ¡Pobre bordadora!—exclamó Clementina.

Yarza miró a Asunción, que desvió la vista, y a Clementina y a Rita, que sonreían irónicamente.

—Déjelos usted—dijo María Victoria—, que crean lo que quieran.

Esta defensa de la niña enterneció un poco a Yarza y siguieron hablando de Paulina.

Quedaron en que un domingo por la tarde, acompañada de su institutriz, iría María Victoria a ver a Paulina, para lo cual tomó sus señas en un papel que guardó en el pecho.

A los postres se habló de política; don Perfecto Martínez comenzaba a decir tonterías en un tono campanudo acerca de los vicios de Francia y del Imperio, cuando Rita le indicó que madame Savigny era francesa y entusiasta, además, del Imperio.

La antigua modista comprendió rápidamente lo dicho por don Perfecto, y repuso con desenvoltura:

—El señor estaba hablando de nuestros vicios, de las inmoralidades del Imperio. Son verdad, nadie los niega. Cuando se tiene la supremacía en las ciencias, en las artes, en la industria, en la moda, se tiene también en los vicios. Además, nosotros los franceses sabemos una cosa, y es que, por muy vi-

ciosos que seamos, el día que tengamos una guerra haremos correr como siempre al enemigo.

—Muy bien, madame Savigny—dijeron Rita y Clementina.

—¡Qué vulgaridades!—murmuró Yarza—. ¡Parece mentira que estos lugares comunes basten para tener satisfecha a una gran parte de un pueblo inteligente!

Don Perfecto no insistió en sus censuras. Se comenzó a hablar de la corte de las Tullerías. Se discutió si la emperatriz Eugenia se conservaba joven; la mayoría de las mujeres decían que sí, pero los hombres aseguraban que se le notaba mucho la edad.

Madame Savigny describió en dinástica entusiasta el gran baile de trajes del invierno anterior, celebrado en la sala de los Mariscales. Clementina, Rita y Pilar le pidieron detalles de los trajes, y madame Savigny los dió completos.

La Emperatriz, del brazo de Canrobert, llevaba su traje favorito a lo María Antonieta, en terciopelo y seda blancos, tal como la mujer de Luis XVI aparece en un retrato de Lebrun; el Emperador, de frac negro y calzón corto, vestía el manto veneciano, y en el cuello el gran cordón de la Legión de Honor.

Después de explicar minuciosamente el traje de los monarcas, madame Savigny describió los de su comitiva y de su corte. La princesa de Metternich, la reina de la moda, con un traje de tafetán amarillo pálido, estilo siglo XVIII; la duquesa Colonna, toda de blanco, con el pelo empolvado; la marquesa de Gallifet, en Angel Exterminador, el casco y la coraza brillantes, la lanza en la mano y los cabellos sueltos; la princesa Troubetzkoi, en diablillo rojo y negro; madame Dourassoff, en Gabriela d'Estrees; la

condesa de Castiglione, que era la mujer más hermosa y más intrigante de la corte, en traje de terciopelo negro, sin flores ni joyas.

Hubiese seguido describiendo trajes si al hablar de la princasa Ratazzi, Héctor no hubiera interrumpido diciendo:

—¡Hombre! ¡La princesa Ratazzi!

—¡Qué! ¿la conoces?—preguntó su padre.

—Sí, he estado en su casa con un español, que se llama Marodes. Por cierto que estando allá me contaron una historia muy chusca ocurrida a la princesa con una señorita amiga suya... El caso es que... no se puede contar; pero es una historia muy divertida.

—Si no se puede contar, no nos hables de ella—dijo Gálvez.

—¿Y de hombres? El baile estaría espléndido—preguntó Clementina a madame Savigny, volviendo a la misma conversación.

—Estaba todo lo mejor de Europa; del cuerpo diplomático, el barón de Budberg, el príncipe de Metternich, el conde de Moltke, el embajador turco, y luego príncipes, duques, escritores, artistas; fué una fiesta única.

—¿Y el Emperador? ¿Qué tipo es? ¿Qué opinión tienen ustedes de él?—preguntó el ex presidente don Perfecto.

—Yo creo que es un gran hombre—dijo madame Savigny.

—Yo, perdone usted que le contradiga, mi querida señora—insinuó Gálvez—, no creo lo mismo que usted. El Emperador es un hombre de talento natural, pero no es un político. Lo de Méjico va a ser un fracaso terrible. Lo verá usted.

—Ya lo veremos.

—Aquí no se sabe lo que es Juárez—repuso Gálvez, dirigiéndose a don Perfecto.

—Lo que sí parece—dijo Rita—es que Napoleón III es un hombre muy galante.

—A mí me han asegurado—replicó Héctor—que tiene un profundo desprecio por la mujer. ¡Es natural!

—¿Natural? ¿Por qué? — preguntaron al mismo tiempo varias voces femeninas.

—Porque sí—contestó Héctor—. El hombre... el hombre es un sér superior.

—Creo que exagera usted un poco su importancia—dijo madame Savigny.

—No, creo que no — contestó tranquilamente Héctor.

Todos se echaron a reir.

—Y usted, Yarza—preguntó Gálvez—, ¿qué opinión tiene del Emperador?

—Yo no tengo datos propios...

—Pero, bueno, la opinión de usted.

—Pues a mí me parece que es un romántico, un soñador que quiere dominar a hombres más fuertes que él, y que acabarán por destrozarle.

—¿Qué hombres son esos?—preguntó madame Savigny algo indignada.

—Son y han sido Bismarck, Cavour, Prim, Juárez...

—¡Bah!

—Sí, en eso tiene razón Yarza—dijo Gálvez—; son mucho más fuertes que él.

—Pero nosotros tenemos también diplomáticos—replicó madame Savigny.

—¿Quiénes?

Madame Savigny buscó un nombre de bastante resonancia para aplastar a su contradictor, pero sin duda no lo encontró, y lo que hizo fué negar condiciones a los personajes citados por Yarza.

Se comenzó con este motivo a discutir acerca de Bismarck, sobre cuya personalidad corrían los más extraños y disparatados rumores. Unos lo pintaban como un salvaje, como un Atila, comedor de carne cruda, otros decían que no era más que un hombre de suerte, y, según madame Savigny, era únicamente un conversador amable y simpático, un hombre de salón.

—Bueno; vamos—dijo de pronto don Fausto—, porque es ya tarde y está muy lejos nuestra casa.

Gálvez ofreció su coche, pero como no podía servir para todos a la vez, se dispuso que fueran en él madame Savigny y don Perfecto.

—Mandaremos a buscar coches—dijo Gálvez.

—No—contestó don Fausto—; aquí cerca encontraremos el ómnibus.

Salieron a la calle; no hacía frío; había cesado el viento; la calle estaba blanca, silenciosa, iluminada por la luna llena.

En el suelo la nieve comenzaba a fundirse y a formar barro.

Fueron todos de dos en dos por la acera con cuidado, por miedo de resbalarse. Yarza iba al lado de Asunción, tendiéndole la mano cuando llegaban a algún sitio de difícil paso. Ella hacía como que no lo notaba.

—Qué niña más insoportable es esa María Victoria, ¿verdad?—dijo de pronto Asunción.

—No.

—¿Le ha entretenido a usted?

—He hablado con ella; como estaba a su lado...

—Es estúpida.

—¿Es más inteligente el joven Héctor, con quien charlaba usted con tanto gusto?

—Sí. ¿O que usted cree que es la única persona de talento del mundo?

—Yo no creo que he dicho eso nunca, ni nada parecido.

—¡Como está usted acostumbrado a que papá le ponga en los cuernos de la luna! ¡Claro, como le escribe usted sus artículos!

—¿Yo? No es cierto.

—¡Bah!

—No, no.

—Si se lo hemos dicho y casi lo ha confesado.

Yarza permaneció un momento silencioso; luego dijo:

—No sé qué interés tiene usted en poner a su padre así en ridículo.

—Yo digo la verdad nada más—contestó Asunción.

—Si a usted o a mí nos dijeran la verdad, probablemente nos molestaría.

—A mí no.

—A usted también. Usted, como todo el mundo, hace una porción de ridiculeces, y le molestaría que se las dijeran.

—¡Yo! ¡Qué gracia me hace usted!—dijo Asunción con voz agria.

—Sí, usted—replicó Yarza excitado—. Días en que va usted mal vestida, preguntas que hace usted impertinentes, frases que usted cree que son ingeniosas y que sólo son tontas.

—¿Y usted no hace frases que cree que son inge-

niosas y que sólo son tontas? Pues ahora mismo las está usted haciendo, y bien impertinentes y bien estúpidas.

—Yo, al menos, pido perdón por las mías a cambio de perdonar las de los demás.

—¡Usted perdonar! Si es usted soberbio, si es usted malo, canalla, ruin...

Yarza, ante estos insultos, se calló, regocijado interiormente; Asuncioncita, de pronto, volviéndose a su madre, la dijo:

—Oye, mamá. ¿Sabes que Yarza se ha incomodado conmigo y me ha dicho que soy tonta y que voy mal vestida?

—¿De veras?—preguntó Clementina gozosa.

—Una parte de la verdad no es toda la verdad—replicó fríamente Yarza.

—Niegue usted ahora que lo ha dicho.

—No, no lo niego.

—¿Qué vas a hacer, hija mía?—repuso Clementina con sorna—. Será verdad cuando lo dice Yarza.

Este se calló. Se detuvieron todos esperando el ómnibus. Se vió entre la bruma aparecer una luz roja y verde, luego se fué aeercando el coche, que, amplificado entre la niebla, parecía una cosa gigantesca.

No había sitio más que para cinco personas, y entraron don Fausto, Clementina y sus dos hijas. Al subir, Asunción se resbaló en la nieve y estuvo a punto de caerse. Yarza le tendió la mano y ella le dijo iracunda:

—Prefiero torcerme un pie a darle a usted la mano.

—¿Y usted no sube, Yarza?—preguntó don Fausto.

—No; voy más a gusto a pie.

El ómnibus siguió su marcha. Aníbal y Yarza se

dirigieron a los grandes bulevares. Al llegar a la calle de Montmartre se despidieron, y Yarza se encaminó hacia la orilla izquierda.

Mientras Carlos marchaba por la calle, blanca de nieve, pensaba en lo ocurrido durante la cena y en el tono agrio de las palabras de Asunción.

Cada día iba notando con más claridad que Asuncioncita no era, por su carácter, ni con mucho, lo que él había creído. Poco a poco iba notando las aristas del carácter, el egoísmo, la vanidad, la coquetería. Ante su imaginación, Yarza tenía dos figuras completamente distintas: la concepción, primera, de una niña angelical sólo bondad y encanto, y la concepción, segunda, de la mujer con todas las desigualdades de carácter propias del sexo, con la antipatía instintiva por las demás mujeres.

Estas dos figuras, la una negra, la otra blanca, le intrigaban, y quizá le producía más sugestión la negra que la blanca. Ese terreno vago y movedizo del alma de una mujer le producía alguna inquietud. Podía hacerle perder su tranquilidad, esa hermosa tranquilidad de ánimo cantada por los estoicos, desde Epicuro hasta Séneca. ¿Iba a entrar en su barca en este lago, a primera vista tranquilo, pero en donde comenzaban a notarse las corrientes subterráneas imposibles de prever, los cambios bruscos de dirección de las olas, las ráfagas inesperadas de viento?

No. Era una locura. El debía exponerse a todas las miserias, a la enfermedad, a la muerte, pero no debía dejarse arrastrar a una vida sin rumbo, en donde podía perder la tranquilidad interior.

—¿Qué plan debo seguir?—se dijo Yarza.

Separarse, no volver más a casa de don Fausto, era duro para él. Además, probablemente cerraba

el paso quizá a la única aventura que tendría en su vida.

—¡Si yo pudiese hacer el experimento con serenidad!—pensó después.

Esto era lo mejor; meterse en medio del torbellino, llegar a soportar los gritos, los lloros, la vida histérica, el furor sexual, y en medio de las mayores tormentas encontrarse siempre a sí mismo, y estar siempre a punto de tomar una determinación enérgica.

Sí, esto era lo mejor; llegar al matrimonio, a la paternidad, a sujetarse con todos los lazos familiares y sociales, y un día, cuando fuese necesario, con íntima alegría, tranquilo, como quien cumple una misión augusta, abandonar el hogar, la mujer, los hijos, y cambiar la vida regalada por un rincón cualquiera en donde se pudiera vivir como un salvaje.

Haría el experimento; en cada minuto; en cada instante iría sondeándose a sí mismo, viendo hasta dónde llegaba su preocupación, y si sentía por un momento que su conciencia se turbaba, sin consideración alguna abandonaría la partida.

Esta idea le hizo reir; se encontró fuerte y seguro, examinó hasta qué punto llegaba su pasión por la hija de don Fausto, y vió que era relativamente superficial. La deseaba porque era bonita, coqueta, quizá porque notaba en ella imperfecciones; pero cariño, afección honda, no los tenía.

Si por alguien sentía un afecto puro y desinteresado, era por Paulina.

Quizá hubiese sido mejor dedicarse a la hermana del jorobado. Sería feliz, pero la felicidad era para Yarza una concepción mezquina y estrecha. Además, él pensaba que no tenía temperamento propio para ser feliz.

Esta idea desvió la corriente de sus pensamientos de Asunción a Paulina.

Sería muy probable que ésta, como Asunción, escondiese algo en el fondo de su alma. ¿No presentaría, como todas las mujeres, su faceta más luminosa y clara, escondiendo lo malo y lo tenebroso de su temperamento? ¿Era realmente tan serena como parecía? ¿Se resignaba con su suerte? ¡Quién podía saberlo!

Se distrajo un momento Yarza presenciando la riña de dos vendedores de periódicos que esperaban la salida de los papeles en la esquina de la calle Croissant, y siguió adelante por la de Montmartre.

Al acercarse a los Mercados se sentía un olor de verdura y de tierra. En la plaza y en las calles próximas, hombres con gorros de lana descargaban los carros y formaban grandes montones simétricos de coles, zanahorias y nabos. Por las callejuelas próximas llegaban andrajosos y bohemios con las manos en los bolsillos del pantalón, y chulos y mujerzuelas salían de las tabernas agarrados del brazo y cantando.

Cruzó Carlos los Mercados y tomó por una callejuela.

Al pasar la calle de Rívoli se veía la fila inacabable de carros de los verduleros que esperaban a descargar.

Por otra callejuela salió Yarza al Puente Nuevo. El cielo se aclaraba; la helada endurecía el piso y conservaba sin fundirse la nieve de los tejados; la luna iba bajando en el horizonte, brillaba en el río y plateaba la niebla.

Desde el otro extremo del Puente Nuevo, la vista parecía una decoración de teatro; las casas del mue-

lle de los Orfebres destacaban sus tejados cubiertos de nieve y sus altas chimeneas en el cielo azul argentado por la luna; a lo lejos se entreveía Nuestra Señora de París.

A Yarza se le ocurrió en aquel momento acercarse a casa de Paulina. Subió hasta la calle de Saint-André-des-Arts, y entró luego en la Cour de Rohan.

La plaza, cubierta de nieve, tenía un aspecto romántico. La luna asomaba su cara blanca por encima de un tejado y brillaba en los adornos bordados por la nieve en las barandillas y chimeneas, en las ventanas y en las ramas desnudas de los árboles.

—Aquí está, seguramente, mi felicidad—se dijo Yarza—; esa felicidad tranquila y burguesa tan apetecida por todos los hombres y mujeres de raza vacuna. Aquí debía vivir yo, siendo un buen empleado, económico, puntual, buen padre de familia..., un buen cordero que diese su lana sin protesta. No—exclamó con decisión—, hay que ser lobo... con los dientes limados, con las uñas cortadas, pero siempre lobo.

Luego Yarza se echó a reir silenciosamente y dijo:

—Voy a dejar de venir para siempre.

Y se dirigió hacia su casa.

VII

Los grabadores

Cuando Paulina vió durante dos domingos seguidos que Yarza no iba a verla, preguntó varias veces a su hermano:

—¿Por qué no viene Carlos?

—No sé. Creo que tiene mucho trabajo.

—¿Le has visto?

—Sí; ha estado un momento en el café.

Paulina no decía nada; pero iba poniéndose triste y ojerosa.

Muchas veces, mientras trabajaba en su cuarto, lloraba su abandono y su juventud perdida. Lloraba dulcemente sin que se agriara su pena. Su dolor no se mezclaba con amarguras ni con rabias; era un dolor sereno como el agua de una fuente clara no enturbiada por los virus venenosos que arrastran la desgracia y la melancolía.

Su naturaleza y el aislamiento habían hecho bue-

na a Paulina; no había sentido las mordeduras del amor propio ni había entrado en su alma esa idea estúpida y malsana de la jerarquía que marcha durante toda la vida al lado de los hombres y les inspira pensamientos que envenenan su existencia. Paulina no tenía idea de las jerarquías sociales, no se había parado nunca a comparar si era más o era menos que su vecina, y hubiera deseado que todo el mundo fuera feliz y ella lo fuera con todo el mundo.

Entre la gente, la bondad de Paulina hubiera tenido que tomar un carácter activo o se hubiera empañado; en la soledad, no; su bondad dormía sin lucha como esas nieblas que reposan al amanecer sobre los ríos...

Un día Paulina vió en la Cour de Rohan, delante de su casa, un carro cargado con objetos de hierro, al parecer de una máquina. Al mismo tiempo traían un pobrísimo ajuar formado por tres o cuatro sillas viejas, una mesa, dos camas de hierro y algunos utensilios de cocina. Un viejo y un joven anduvieron subiendo estos trastos a la guardilla.

Había un cuarto desalquilado próximo al de los hermanos Acuñas, y Paulina supuso que el viejo y el joven debían de ser los nuevos inquilinos. A juzgar por su menaje eran bien pobres; pero para Paulina el ser pobre era una cosa circunstancial, un estado por el cual podía pasar todo el mundo.

La curiosidad natural de la mujer, y el no tener en qué ocupar activamente su imaginación, indujeron a la bordadora a curiosear para enterarse de quiénes eran los nuevos vecinos.

Desde la azotea se veía la ventana del cuarto que ocupaban, y Paulina casi todos los días, con algún

pretexto, salía al terrado y miraba disimuladamente hacia la guardilla.

Solían verse detrás del cristal a los dos hombres, el viejo y el joven, que, a juzgar por su aspecto, debían de ser padre e hijo. El padre tenía todo el tipo de un apóstol; el hijo era un muchacho alto, de barba rubia, que trabajaba encorvado sobre una mesa durante todo el día.

¿Qué hacía? No era fácil distinguirlo. Paulina supuso que debía ser dibujante. Alguna vez la mirada del muchacho y la de Paulina se encontraron, y la bordadora creyó ver en los ojos tranquilos de aquel joven barbudo algo como admiración o asombro.

Un poco halagada de la admiración que producía, Paulina salía con frecuencia a la azotea y tarareaba canciones españolas. El joven barbudo entonces abría la ventana y contemplaba a su sabor a la bordadora.

Una mañana, ya al comienzo de la primavera, el viejo patriarca llamó suavemente en el cuarto de Paulina.

—¡Entrad!—dijo ésta, y al ver al viejo se quedó un poco asombrada.

—Perdone usted, señorita—dijo el viejo—; yo soy el vecino de al lado. Soy grabador. Estamos tirando unas estampas mi hijo y yo, y necesitamos fuego y se nos ha acabado el carbón. ¡Si pudiera usted prestarnos un poco!

—Sí, señor; con mucho gusto. Ahora voy.

—No, no se moleste usted; yo lo cogeré. Se ensuciaría usted las manos. ¿Qué está usted haciendo, bordando?

—Sí, señor.

—¡Muy bonito, muy bonito!—murmuró el viejo

contemplando el bastidor de Paulina; luego llenó un cubo de carbón y dijo:—después le devolveré a usted lo que llevo.

—No hay prisa.

—Y si usted quiere le regalaré una estampa de las que graba mi hijo.

—¡Oh, muchas gracias!

El viejo se marchó y por la tarde acababa de venir Joaquín de su taller cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién será?—preguntó asombrado.

—Será el vecino—dijo Paulina—, que ha estado antes a pedirme carbón.

Efectivamente, era el viejo que venía con el cubo en una mano y un rollo de papel en la otra. Paulina, al recibir el papel, lo desenrolló. Era una hermosa agua fuerte que causó un gran asombro en Joaquín.

—¿Quién ha hecho esto?—dijo.

—Mi hijo. ¿Qué, le gusta a usted?—preguntó el viejo riendo.

—¡Si es soberbio! ¿Y cuándo lo ha hecho?

—Hoy mismo. Ahora estamos tirando las últimas pruebas.

—Hombre, voy a verle y a darle las gracias.

—¿Usted quiere venir, señorita? — preguntó el viejo.

—Vamos.

Entraron en el cuarto de los grabadores, iluminado por un quinqué. Era una habitación aguardillada, que tenía una estufa en el centro. En la mesa, al lado de un bastidor de tela blanca que servía de pantalla, el joven grabador trabajaba con el buril en una plancha de cobre.

Al ver a sus vecinos se levantó, pero Joaquín le dijo:

—No, no; siga usted; venimos a darle las gracias por su estampa y nos vamos en seguida.

—Si quieren ustedes esperar un rato, ahora acabamos.

El viejo les ofreció una silla a los Acuñas.

El grabador se sentó, pasó varias veces un pincel mojado en un ácido sobre la plancha de cobre, lo que producía un hervor de burbujillas verdes, después limpió la plancha con un trapo y se levantó.

Paulina le observaba: tenía el grabador una hermosa frente blanca y prominente, los ojos hundidos en las órbitas, la nariz larga bien hecha, y la parte inferior del rostro oculta por la barba, fuerte y enmarañada. Era alto, cuadrado de hombros y un poco encorvado hacia adelante, sin duda por la costumbre de trabajar inclinado sobre el cobre.

Cuando el grabador acabó su trabajo en la mesa, cogió la plancha entre las manos negras y la calentó en la estufa, luego tomó un poco de tinta espesa con los dedos y embadurnó y frotó la plancha varias veces con la palma de la mano.

—Es un oficio que no es muy bueno para señoritas—dijo el viejo riendo.

Luego que el joven intintó la plancha, cogió el quinqué y lo colgó en la pared encima de una prensa de hierro.

Después dejó la plancha en el tórculo, cogió, ayudándose con dos trozos de cartulina, una hoja de papel blanco, inmaculado, y la colocó sobre la plancha. Tras de esto puso encima del papel varias bayetas.

—Para que no tenga frío—dijo el viejo riendo, y al mismo tiempo comenzó a dar vueltas a las aspas del tórculo.

Pasó la plancha entre los dos cilindros, quitaron las bayetas y salió la prueba. El viejo la tomó con cuidado y la llevó a la luz.

Joaquín y Paulina se acercaron.

—Bueno, ya hemos concluído—dijo el viejo.

Quitó el joven grabador los frascos de barnices y de ácidos de la mesa, y se sentó con aire fatigado.

Mientras tanto, el viejo se disponía a cocinar en la estufa.

Hablaron de arte Joaquín y el joven grabador, y éste dijo que lo suyo no valía nada, y tomando una gran carpeta en sus manos negras, fué mostrando estampas. Enseñó esas tristes y graves composiciones del gran Durero, en donde dominan la Melancolía y la Muerte; explicó la antigua viñeta que representa la misión poética de Hans Sachs, comentada por Goethe, y mostró algunas hojas de los *Simulacros de la Muerte,* de Holbein y del *Hortulus animæ*, de Lucas Cranach.

En otra carpeta, el grabador tenía reproducciones de cuadros de Petrus Cristus, Brueghel y Jerónimo Bosco, estampas del *Matrimonio a la moda*, de Hogarth, escenas fantásticas de Goya y caricaturas de vagabundos, de soldados y de cómicos, ejecutadas por Callot.

En medio de estas láminas, de una fantasía loca y de una intención severa, Paulina advirtió una silueta de mujer hecha al lápiz.

—¿Qué es eso?—preguntó Joaquín.

—Es un apunte que no vale nada—murmuró el grabador confuso.

—Se parece a ti—dijo el jorobado a su hermana.

—Sí, es verdad—repuso el grabador—; tiene algún parecido.

Paulina comprendió que aquel dibujo estaba hecho pensando en ella.

Luego de charlar un momento, Joaquín y Paulina marcharon a su casa.

En los días siguientes, Paulina pensó muchas veces en el grabador. Le parecía un hombre extraño, como un gigante bondadoso dedicado a artes mágicas, con aquellos ojos claros, la barba larga y poblada, las manos negras por la tinta y la mirada tímida y cautelosa...

Comenzaba la primavera, los días buenos Paulina salía a la azotea, y al ver al vecino le saludaba, y él contestaba con cierta solemnidad.

El grabador se llamaba Alberto Stahl; su padre era un alemán del Sur. Alberto había nacido también en Alemania, pero vivía desde la niñez en París.

Había pasado su vida siempre trabajando, metido en rincones obscuros, entre montones de grabados y de litografías; había aprendido a escribir con el buril sobre las planchas de cobre.

Su vida era trabajar constantemente; su padre se entendía con las casas que vendían estampas, y Alberto no hacía más que grabar a todas horas.

Joaquín intimó rápidamente con Alberto y le llevó varias veces a su casa.

Paulina comparó a Alberto con Carlos. Alberto parecía sereno, tranquilo, equilibrado; Carlos era más inquieto y más vivo. Alberto poseía más conocimientos en cuestiones artísticas y manuales; Yarza tenía una cultura literaria y científica mayor. Además, conocía la vida. Los dos hombres eran tipos agradables; pero Paulina, teniendo que elegir entre los dos, hubiera elegido siempre a Carlos, pensando que quizá

con Alberto una mujer podría vivir más tranquila y feliz.

El grabador y Joaquín se hicieron amigos íntimos.

Joaquín le llevó a Alberto un domingo al café donde se reunía con Yarza, y le mostró a éste las obras del grabador.

—Esto le dará a usted mucho—le dijo Yarza.

—No, muy poco—contestó el alemán sonriendo.

—No puede ser.

—Es lo que digo yo, le explotan—repuso Joaquín dirigiéndose a Yarza—. Figúrate que trabajando todos los días y haciendo cosas así, gana tres o cuatro francos.

—Entonces le engañan. ¿Dónde vende usted las aguas fuertes?

—Mi padre es el que se encarga de la venta. Las lleva ahí al muelle Malaquais y a la calle Bonaparte.

—Mande usted alguno que vaya como comprador y pregunte a cuánto las venden.

—Sí, eso vamos a hacer—dijo el jorobado.

Efectivamente; unos días después, Joaquín, por intermedio del amo del taller en donde trabajaba, se enteró de que las aguas fuertes de Stahl se vendían a cuarenta y a cincuenta francos prueba, y se le pagaban a él a veinte y a treinta, lo que representaba para el grabador una ganancia considerable.

Cuando Joaquín contó a su hermana el resultado de sus investigaciones, quedó ésta un poco asombrada.

—¿De manera que gana mucho?

—Figúrate, una barbaridad. ¡Si tiene un gran nombre!

—¿Y cómo pueden vivir así?

—No sé.

—Yo no creo que él mienta—dijo Paulina.

—Yo tampoco. Le voy a decir lo que me han dicho.

—Sí, dile.

Joaquín contó a Alberto el resultado de sus gestiones, y el grabador quedó asombrado.

—¿Pero de veras?

—Sí, sí.

—¿Y cómo no me pagan a mí más?

—Si es que los comerciantes dicen que pagan a veinte y a treinta francos prueba.

Alberto quedó asombrado.

—¿Será mi padre?—dijo—. ¿Será él el que se queda con el dinero para guardarlo?

Alberto preguntó en las tiendas de estampas, y le confirmaron que efectivamente le pagaban al viejo lo que habían dicho.

Una vez que Stahl padre fué a cobrar, Alberto le espió a ver lo que hacía. A media noche el viejo se levantó de la cama, fué a la cocina y anduvo revolviendo cerca del fogón. Allí, en algún escondrijo, debía guardar el dinero.

Unos días después, Alberto se encontró solo en casa; registró los sitios por donde había andado su padre la noche anterior y encontró una olla casi llena de monedas de oro.

Al contar su descubrimiento a Paulina y a su hermano, éstos le dijeron:

—¿Y qué va usted a hacer ahora?

—No sé. Porque si mi padre ve que le he descubierto, se va a avergonzar. Le iré sacando dinero poco a poco.

Alberto se decidió a no decir nada, y para no dejarse explotar más, advirtió a su padre que había

encontrado un cliente que pagaba mucho mejor. El viejo suspiró y no hizo objeción alguna.

Este hallazgo del oro dió a Alberto, a los ojos de Paulina, más aspecto de hombre misterioso...

. . . . . .

Un domingo de primera por la tarde se presentó en casa de Paulina María Victoria, la nieta de Gálvez, acompañada por su institutriz y por Carlos Yarza.

Estaban en casa de la bordadora Alberto y su padre y el viejo Yarza. Paulina, al recibir las visitas, quedó un tanto turbada, y su turbación aumentó cuando Carlos le dijo que habían hablado mucho de ella y que María Victoria tenía un gran deseo de conocerla.

Paulina balbuceó algunas palabras confusas; a María Victoria se le comunicó también la timidez, y, sin decir nada, alargó a la bordadora un ramo de flores que traía en la mano. Paulina lo tomó, y como la niña quería salir a la azotea, Paulina abrió el balcón, y a solas las dos comenzaron a charlar con entera confianza.

Los tiestos, el palomar, el gato blanco, los árboles lejanos, todo era una sorpresa agradable para la niña.

En el interior, Carlos comenzó a hablar con Alberto Stahl y su padre y con la institutriz de María Victoria.

El viejo grabador, de larga barba patriarcal, era un escéptico que se reía de todo. Para él, el error y la mentira dominaban en la existencia de tal manera, que desde el nacimiento hasta la muerte, la vida del hombre no era más que una serie de errores y equivocaciones.

Estos errores y equivocaciones proveían, según el viejo Stahl, de la locura humana. En el acto más sencillo y natural encontraba el viejo un síntoma claro y manifiesto de la locura humana. La locura humana era para él un Proteo que adquiría las más diversas y aun las más razonables formas, y cuando la llegaba a señalar y descubrir, sentía una gran satisfacción en especificarla hasta agotar el tema, descendiendo de la gran locura humana a las pequeñas locuras humanas, y ascendiendo después de las pequeñas locuras humanas a la gran locura humana, gigantesco bloque en donde se esculpía la humanidad.

A la institutriz de María Victoria, una inglesa seca y escuálida, no le preocupaba gran cosa la locura humana; pero en cambio deseaba saber cuándo se iba a celebrar otra Exposición como la del año anterior.

—¿Le gustó a usted?—le preguntó el viejo Stahl sonriendo.

—¡Oh! Magnífica. ¿Usted no la vió?

—Sí, yo también la vi—replicó Stahl y se acentuó su sonrisa—. Un marchante de Alberto, que es un francés entusiasta, me llevó un día a ver los trabajos y me explicó lo que estaban haciendo. Donde había árboles los habían quitado, donde no los había los pusieron... ¡Ja... ja... ja!... ¡qué ocurrencias!

—¿Le parecen a usted muy cómicas esas ocurrencias?—preguntó Yarza sonriendo.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Es la locura humana.

—Y ¿por qué?—preguntó el padre de Yarza muy foscamente, que sin duda no comprendía la relación que podía existir entre los preparativos de una Exposición y la locura humana.

—Por la tendencia de mentira y de error que se desarolla en estas Exposiciones—contestó el viejo—. ¡Qué cosa más humana! Allá donde hay un yermo lo convierten en un jardín y de un jardín hacen un solar lleno de cascotes. Luego todo está elevado de categoría... ¡Ja... ja... ja!... ¡Qué humano es esto! El yeso pasa por mármol, la purpurina por oro, el pino por nogal, el latón por bronce, la hoja de lata por acero... ¡Ja... ja... ja!... ¡Es cómico...! ¡Es muy gracioso?

La institutriz encontraba muy poco correctas aquellas risas extemporáneas y miró al viejo severamente.

—¿No le parece a usted—preguntó Yarza riendo al viejo Stahl—que a fuerza de mixtificar va a llegar día que hagan piedra imitando yeso y oro imitando purpurina?

—No me chocará nada—contestó el viejo.

—Además—añadió Yarza—, no tienen necesidad de proponérselo, porque cuando hacen un palacio de piedra, sin querer ellos parece de yeso o de cartón.

—Verdad, verdad—repuso el viejo grabador—. ¿Y sabe usted por qué lo hacen así?

—No.

—Pues porque quieren llevar a la práctica el versículo de la Biblia que dice: «Ensalzarás al humilde y abatirás al poderoso...» ¡Ja... ja... ja!...

Esta cita debía parecer a la inglesa de un mal gusto extraordinario, porque se levantó y salió a la azotea.

Alberto, que veía a su padre enfrascado en su tema inagotable de la locura humana, hizo lo mismo. Yarza notó que el joven grabador miraba mucho a Paulina.

—Está enamorado de ella—se dijo, y en aquel momento sintió el deseo de interponerse. Luego pensó que una cosa así, hecha sólo por mala intención, sería una acción miserable y digna de desprecio.

Después de un largo rato de estar en la azotea Paulina y María Victoria, pasaron adentro. La niña se empeñó en llevar el gato en brazos y la institutriz le mandó dejarlo, con lo cual *Monseñor,* asustado, echó a correr, lo que hizo reir al viejo Stahl a grandes carcajadas.

Paulina reprochó a Carlos el que les hubiera olvidado; no iba a visitarles, no se acordaba de ellos. Yarza se excusó con sus trabajos. Alberto miraba a Paulina un tanto melancólico; temía quizá que la bordadora tuviese por su antiguo amigo una gran afección.

Yarza, con motivo de sus trabajos, habló de los primeros años que vivió en París, y estuvo muy ameno contando historias y anécdotas de tipos raros conocidos por él.

Paulina comparaba la actitud resuelta y gallarda de Yarza con el aire resignado y entristecido del grabador; y aunque su admiración era para Carlos, sentía un movimiento de ternura por Alberto...

Se hizo tarde, y la institutriz de María Victoria dijo que tenían que marcharse. Yarza se levantó para acompañarlas.

—Aquí viviría con usted mejor que en mi casa—dijo María Victoria a Paulina. Esta besó a la niña con efusión.

Al despedirse el viejo Stahl dijo en un aparte a Yarza:

—Usted que un hombre de talento, debía escribir

algo para convencer a las gentes que están dispuestas a aguantar gastos extraordinarios de que no hagan esos edificios de cartón y de yeso.

—¿Y qué van a hacer?—preguntó Yarza con sorna.

—Yo tengo un proyecto que me parece mucho más útil, más pedagógico.

—¿Y es...?

—Es un gran monumento de piedra, una cosa así como la pirámide de Cheops, sin estatuas ni adornos; todo el mérito estará en la inscripción. ¿Y sabe usted lo que dirá la inscripción colocada en el frente?

—No.

—Pues dirá así: «Monumento dedicado a la Locura Humana.» Está bien, ¿eh?... ¡Ja... ja... ja!...

—¿Qué le quería a usted ese señor?—preguntó María Victoria a Yarza al comenzar a bajar las escaleras.

—Nada—contestó Carlos—; que es un viejo loco al que todo le parece mal en la vida.

VIII

La otra orilla

En la primavera se celebró el matrimonio de Pilar con Aníbal. Clementina tuvo que vender más de diez mil duros de papel en renta francesa para amueblar la casa que Aníbal alquiló en uno de los sitios más *chic* de París, en la Chaussée d'Antin.

Celebrado el matrimonio, los recién casados fueron a pasar la luna de miel a Suiza, y al llegar los primeros meses de verano, Clementina alquiló un segundo piso en la calle de San Lázaro.

Clementina dijo a don Fausto que la casa valía menos que la de la calle del Bac, y por ser más barata y hallarse próxima al sitio donde viviría Pilar de vuelta de su viaje de novios, reunía mejores condiciones.

Don Fausto no se explicaba cómo este segundo piso de la calle de San Lázaro pudiese costar menos

que el cuarto de la calle del Bac; expuso alguna objeción; pero viendo que su mujer insistía, no se atrevió a contrariarla y se calló suspirando. Sentía como una desgracia el dejar aquella casa tan simpática, los paseos en el Luxemburgo, las tardes de la Biblioteca de Santa Genoveva y las excursiones con Yarza.

Se hizo la mudanza a fines de Junio. Durante el verano, don Fausto todos los días cruzaba los puentes e iba a la otra orilla.

Las calles próximas a su nueva casa, del barrio de la Trinidad y de la Europa, le desagradaban. Aquel continuo ir y venir de gente de aire atareado le aturdía y le molestaba. Había en alguna de estas calles un movimiento de hormiguero: coches que entraban y salían de la estación de San Lázaro, ómnibus cogidos al asalto, y al mediodía y al anochecer una avalancha de dependientes de comercio y de modistas que pasaban al trote por las aceras.

Don Fausto cada día se encontraba más violento y disgustado en su nueva casa.

Luego el otoño comenzó en seguida con sus lluvias y sus nieblas. Los días estaban sucios, las calles llenas de un barro pegajoso y negruzco.

La misma animación de los grandes bulevares cansaba a don Fausto; no encontraba rincón donde meterse y la casa para él era fría y desagradable como el cuarto de un hospicio.

No comprendía bien por qué, pero aquella casa lujosa le molestaba; la hubiera mirado con gusto, al dejarla, como se contempla desde el tren una sala de estación en donde se ha aburrido uno unas cuantas horas.

Los dos criados nuevos que tomó Clementina,

muy obsequiosos con él, parecía que íntimamente le despreciaban; sólo Niní se acordaba un poco de su amo, pero muchas veces se olvidaba de hacerle la cama o de limpiarle el cuarto.

Generalmente se advertía esta curiosa alternativa en la casa: o no había nadie, o estaba llena. Nunca encontraba don Fausto un momento de intimidad para charlar un rato con su familia; Asunción misma ya no se ocupaba de él.

Si había alguien en el salón, era indispensable vestirse casi de etiqueta para presentarse; luego, de día y de noche, siempre, estaban de visita Gálvez y madame Savigny.

Vivían Clementina y Asunción en un perpetuo jolgorio, unas veces porque les invitaban Aníbal y Pilar; otras por Rita, por madame Savigny o por madame Müller.

Nunca faltaba pretexto para salir de noche o de día.

Don Fausto esperaba a las mujeres para comer, pero muchas veces no venían, o venían tarde, después de haber comido, cuando no llegaban acompañadas de tres o cuatro personas.

Don Fausto sentía momentáneamente grandes cóleras; proyectaba decir a su mujer y a su hija cosas fuertes, pero delante de ellas toda su ira se evaporaba y no le servía ni para decir siquiera una palabra agria.

Al último, en vista de que la mayoría de las veces Asunción y su madre no se presentaban a las horas de las comidas, don Fausto tomó la determinación de comer en su cuarto.

Mandaba a Niní encender la chimenea, y a la luz de un mechero de gas comía, leyendo al mismo

tiempo los periódicos. Niní, mientras le servía, contemplaba a don Fausto con cierta lástima.

—¿Por qué no les dice usted algo?—le indicó una vez.

—Sería inútil—contestó don Fausto.

Al acabar de comer salía a dar un paseo. Cuando llovía, lo que era muy frecuente, su único entretenimiento era ir y venir por el pasaje Jouffroy o por el de los Panoramas.

Se sabía de memoria todas las tiendas de libros, pipas y fotografías de los pasajes, conocía de vista a las muchachas que hacían de estos corredores puestos de espera para la caza del hombre.

Había en el pasaje Verdeau un fabricante de pipas, que delante del cristal del escaparate, a vista del público, torneaba el barro, el ámbar o la espuma de mar. Don Fausto miraba cómo iba haciendo el hornillo, luego el tubo de la pipa y después las roscas.

Una habilidad y paciencia tan grandes maravillaban a don Fausto.

—Un trabajo así, hecho con gusto—se decía—, debe bastar a un hombre para vivir tranquilo y casi feliz—y pensaba que él se hubiese encontrado muy bien detrás de aquel escaparate, torneando pipas.

Cuando no llovía de un modo exagerado, don Fausto llegaba hasta el Palacio Real y paseaba por sus arcadas. En los días ya deshechos se refugiaba en el Salón Literario, un gabinete de lectura del pasaje de la Opera, galería del Barómetro, y leía despacio todos los periódicos de París; pero pronto se aburría de estar dentro de aquella urna ahogada con sus cortinas verdes y sus mecheros de gas siempre encendidos.

Buscando un refugio para mitigar su aburrimiento, don Fausto encontró el café de Mulhouse, un café muy grande y un poco destartalado, con entradas por el bulevar y por el pasaje Jouffroy.

Tenía este café en el fondo un jardín y una terraza cubierta y aquí se congregaban algunas tertulias de jugadores de dominó y de ajedrez. El atractivo que encontró don Fausto en el fondo del café de Molhouse fué una peña de españoles que lucían sus capas y sus chapeos. Formaban esta peña restos de las emigraciones de la primera guerra carlista y de las intentonas de Prim.

En la tertulia llevaba la voz cantante y era como su núcleo un tal Forinaya, hombre joven, con los ojos brillantes, el pelo ensortijado y negro, que hablaba con un brío extraordinario y contaba una porción de historias probablemente falsas, gesticulando como un loco.

Don Fausto, que desconfiaba un poco de tipos de esta calaña, le solía escuchar desde una mesa próxima, pero sin buscar el modo de relacionarse con él.

Muy a menudo, en compañía de Forinaya, se presentaba un muchacho joven y grueso, de cara carnosa y cabeza periforme, a quien Forinaya gastaba grandes y pesadas bromas.

No le parecía bien a don Fausto acercarse a la mesa de los españoles no conociendo a ninguno de ellos, de miedo de que le tomasen por un espía.

A este café solía venir constantemente un vecino de don Fausto, que vivía en el tercero o cuarto piso de la casa y a quien encontraba con frecuencia en la escalera.

Era un señor menudito, bien conservado, vestido

de negro, que tenía el tipo de burócrata. De verse en la calle y después en la escalera don Fausto y él se saludaban, y un día comenzaron a charlar. Este señor, de aire burocrático, que hablaba dando unos gallos muy raros, se manifestó como un viudo inconsolable.

Don Fausto se enteró por Niní de la clase de hombre que era su vecino.

Según dijo la criada, y la historia la sabía por la portera de la casa, la mujer del inconsolable viudo había pertenecido en vida al gremio de *cocottes*, y el hombre de aspecto burocrático se había casado con ella con el laudable fin de apoderarse de sus cuartos. Este buen señor había estado empleado en una oficina del Gas, pasándose la vida haciendo asientos en los libros, llenando hojas blancas, rojas, amarillas, azules y verdes, y exigiendo al público los mil requisitos que reclama para todo la Administración francesa, lo que la convierte en una especie de negociado chino.

Mientras él manejaba sus libros y sus hojas, la mujer manejaba sus amantes. Gracias a una tan armónica división del trabajo, el matrimonio guardaba grandes economías, y al morir la mujer dejó al marido una fortunita.

—La verdad es que ese también—concluyó diciendo Niní al acabar la historia del vecino—no fué muy feliz en su matrimonio.

Este *también*, dicho por la criada, no se sabe con qué alcance, anduvo revoloteando, como un moscardón en el agujero de una caña, en el oído de don Fausto y le preocupó; pensó si daría importancia a una insinuación tan impertinente, pero al último don Fausto, siempre magnánimo, la relegó al olvido.

El viudo inconsolable de la vecindad era un tipo completo; vivía aislado, sin tratarse con nadie, ignorando todo cuanto pasaba a su lado.

No salía apenas de su barrio y nunca de París; sólo en su juventud había estado en los alrededores.

La gran diversión de este vecino filósofo era ir al anochecer a pasear a la estación de San Lázaro; allí daba los días lluviosos un paseo de dos kilómetros, se enteraba de si salían muchos viajeros, de si tomaban el tren emigrantes alemanes o italianos, y, ya tranquilizado sobre estos puntos, se marchaba a casa. Nunca se había acostado este buen señor después de las diez de la noche.

Don Fausto acompañó algunas veces a su vecino a la estación de San Lázaro. Ciertamente era un recurso; se podía pasear por allá sin temor a mojarse, y no dejaba de ser entretenido el ver entrar y salir a los viajeros.

Don Fausto quiso comprender a su vecino y no lo consiguió tan pronto como pensaba. Primero dudó, llegando a sospechar si sería un hombre ingenuo, cuya mujer le había engañado miserablemente; luego se fué convenciendo de que era un cínico que se preocupaba tanto de las cuestiones morales como puede preocuparse una ostra, y al último pensó que era cínico e ingenuo al mismo tiempo.

Un día, yendo con don Fausto, el vecino se encontró con un señor condecorado que fué a saludarle con aire irónico. El señor, casi haciendo alarde de su ironía, preguntó al vecino si se acostumbraba a vivir solo.

—Sí, sí.

—La verdad es—añadió el otro—que la pobre Adela le ayudaba a llevar la carga... de la vida.

Y el vecino dijo:

—Sí, fué una pérdida irreparable..., pero, en fin, me dejó bien... me dejó bien la pobre. Verdad es que yo he sido una hormiguita y no me he descuidado... no, la verdad; no me he descuidado.

Y en el rostro del viudo inconsolable se pintaba una satisfacción tan grande al pensar en su vida asegurada y cómoda, que el señor de la condecoración en el ojal, que sin duda creía reirse un poco del marido de la *cocotte,* al verle tan íntimamente regocijado y satisfecho, se puso serio y se despidió de mal talante.

IX

Primeras sospechas

Desde que se trasladaron Clementina y don Fausto a la calle de San Lázaro, madame Savigny no dejaba un momento la nueva casa. Ella y madame Müller acompañaban a todas horas a Clementina.

Se había desarrollado entre las tres mujeres estrechísima amistad.

Madame Müller era una alemana opulenta, de belleza a lo Rubens, con el pelo rubio, las mejillas rosadas y los ojos azules, una mujer de tan buen corazón, que no podía permitir que nadie sufriera por ella sin ofrecerle sus consuelos.

El marido, un señor delgado e insignificante, parecía encontrarse muy poca cosa ante una naturaleza como la de su mujer, de tan grande vitalidad y exuberancia.

Clementina, madame Savigny y madame Müller

pactaron tácitamente una alianza. Madame Savigny fué el piloto; conocía los escollos y los bajos de la vida parisiense mejor que las otras, y sabía aconsejar lo oportuno y lo inoportuno, tomando como norma las ideas y los prejuicios de una sociedad en donde las mayores infamias, inmoralidades y vicios bailaban la más pintoresca de las zarabandas. Clementina y madame Müller, por intuición, tenían la táctica mundana y comprendieron pronto el terreno que pisaban.

La amistad de las tres mujeres no era precisamente un afecto basado en idénticos gustos espirituales; era una amistad de aventureras que les permitía confesarse unas a otras su impudor, sus ansias de lujo y de dinero, y al mismo tiempo su sentimentalismo sensual de mujeres de burdel.

Rita, de instintos más independientes, no escuchaba ni atendía los consejos de madame Savigny, a quien comenzaba a despreciar.

Rita se había entendido con el francés Darcey, y, sin cuidarse de conveniencias sociales, paseaba su amor por todos los teatrillos y cafés-conciertos de París.

—Es una loca—decía madame Savigny—; ese Darcey no tiene un céntimo y es un golfo. El mejor día la robará o la asesinará.

Clementina, siguiendo los consejos de madame Savigny, llevaba un camino más práctico. Madame Savigny maternalmente quería colocar en buena posición a sus dos íntimas amigas. A Clementina pensaba lanzar en brazos de Gálvez y a madame Müller en los de don Perfecto, el ex presidente.

Claro que ella no les aconsejaba permanecer fieles a este par de *rastas*, no; pero con el dinero que am-

bos podían proporcionar, tenían ellas para vivir espléndidamente. Madame Savigny añadía a sus consejos algunos comentarios acerca de los placeres que se podían encontrar en París. La cuestión, según ella, era divertirse, y en esta palabra incluía todo, desde lo más inocente, hasta las mayores monstruosidades.

El negocio de Clementina iba por buen camino; hacía tiempo que Gálvez estaba loco por ella. Clementina, viéndole venir, había empleado la táctica de mostrarse como una mujer honesta y púdica sublevada, y al mismo tiempo llena de turbación al verse objeto de una pasión fuerte.

Gálvez se sentía rejuvenecido, hecho un don Juan; vacilaba, dudando entre escribir o hablar; era tímido a pesar de sus cincuenta años, y no encontrando bien el escribir y no atreviéndose a hablar por su cuenta, fué a casa de madame Savigny a pedirle consejo.

Madame Savigny habló por los codos y deslizó en el curso de la conversación dos afirmaciones que recogió Gálvez y las consideró importantísimas para sus planes: una, que Clementina estaba muy impresionada al ver que le hacía la corte; otra, que Clementina había hecho grandes gastos con el matrimonio de su hija, sin consentimiento del marido, lo cual la tenía llena de temor.

Gálvez salió de casa de madame Savigny lleno de esperanzas, con la seguridad del triunfo.

Al día siguiente babló a solas con Clementina, y reprochándole no haber tenido confianza en él, que era un amigo incondicional, le preguntó lo que debía y le prestó la cantidad gastada por ella en el ajuar de su hija.

Ya sabido esto, madame Savigny le dijo a Clementina:

—Ahora es cuestión de usted el saberlo sujetar.

Clementina sonrió como dando a entender que no había cuidado.

Ciertamente no necesitaba consejos. Clementina se encontraba a sus anchas en este papel de cortesana. Sabía halagar unas veces, desdeñar otras, mostrarse soñadora o provocativa, aguijonear los deseos de Gálvez hasta tenerle rendido y enamorado.

El americano había entrevisto el tocador de Clementina y soñaba con entrar en él. El tocador estaba tapizado de azul, repleto de encajes y muselinas; había espejos donde el que se miraba podía verse de espaldas y de perfil. En la alfombra espesa se hundían los pies; allí todo era blando, suave; ardía siempre una chimenea de leña y se respiraba un aire tibio perfumado por el opóponax y los polvos de arroz.

Gálvez entró furtivamente en aquel *boudoir* loco de deseos, y salió más enloquecido aún. Clementina le había dominado por completo.

Pronto comprendió ella que el americano era cosa suya, que podía llevarle y traerle donde quisiera y como quisiera, y entonces aumentó sus exigencias pecuniarias y comenzó a manifestar desvío por él, fingiendo simpatías repentinas por cualquier hombre en presencia de Gálvez, lo que a éste le encolerizaba y sacaba de quicio.

Clementina comprendía que en el fondo sus aptitudes eran de cortesana; tenía el entusiasmo por la aventura, el ansia de dinero y cierto sentimentalismo burdo, muy frecuente entre mujeres de vida airada. Su imprevisión y sus derroches eran más calcula-

dos que reales, y en el fondo la antigua comerciante no se olvidaba ni un día de echar sus cuentas.

Clementina se cuidaba como una antigua hetaira. No era joven ya; cierto que en París una mujer de cuarenta años, bien adobada, no pasa por vieja, y Clementina sabía cuidarse y arreglarse; pero aun así tenía que recurrir a los lápices y a las pastas de las perfumerías.

Una mujer recomendada por madame Savigny le daba después de los baños fricciones, y otra le pulía las uñas y le cuidaba los dedos.

Las visitas de estas mujeres de aspecto equívoco, los continuos recados y cartas, comenzaron a alarmar a don Fausto.

Clementina había encontrado un expediente para quedar libre a todas horas. Dejaba a Asunción con Pilar y ella se largaba.

La desorganización de la casa iba en aumento; el hogar estaba deshecho; la mayoría de las veces se traía la comida de fuera o se iba a comer a la fonda.

Don Fausto no veía apenas a su mujer y a su hija, y las veces que las encontraba era rodeadas de caras desconocidas.

Don Fausto intentó hacer un reproche tímido, pero Clementina y Asunción hicieron como que no se enteraban.

Generalmente, en toda idea desagradable que se presenta a la imaginación con visos de verdad, hay una porción de defensas, de objeciones que presenta el instinto para no aceptar una cosa triste y sin remedio; don Fausto saltó todos estos obstáculos, con rabia, con tristeza, a latigazos de la lógica y del buen sentido, para venir a parar en que su mujer le engañaba.

Todos los indicios le demostraban el hecho. Afortunadamente, no tenía la certeza. Si la llegaba a tener, ¿qué haría? ¿Quizá una barbaridad? ¡Quizá un crimen! Don Fausto no se conocía lo bastante para comprender qué resolución tomaría en un caso así.

Comenzaba a arrepentirse de haber venido a París. Esto había conseguido con su estúpido romanticismo, vivir solo, aislado, en una tristeza y en un aburrimiento constantes.

Yarza no aparecía por allá, ni le enviaba artículos. Nadie se ocupaba de él...

Para colmo de desdichas, el invierno fué largo y pesado como pocos. Los días de labor, fuera del tiempo que pasaba en el café de Mulhouse escuchando a Forinaya y a los de su tertulia, se aburría de una manera terrible; y los domingos se aburría aun mucho más.

Pasaba a veces tardes enteras en las galerías del Palacio Real marchando de arriba a abajo sobre el suelo lleno de barro.

Cuando calmaba un tanto la lluvia, llegaba a los muelles y seguía caminando mirando el río. Muchas veces cruzaba a la orilla izquierda, su orilla favorita, y en ese brazo del Sena, entre la isla y el muelle de Saint-Michel, se detenía a contemplar las gabarras negras sobre las aguas inmóviles. Parecían grandes monstruos flotantes; don Fausto las miraba con simpatía y soñaba salir en una de ellas fuera de París y de Francia en busca de fantásticas aventuras.

Al caer de la tarde, cuando las luces de los faroles y de los ómnibus brillaban entre la niebla, volvía a casa.

No, seguramente, no era nada agradable esta vida. El continuo llover, la idea de la vejez, de la falta de

cariño, le entristecía y le achicaba más y más el espíritu.

¿Dónde estaban aquellos días de la calle del Bac, en los cuales sentía una confianza tan grande? ¿Dónde estaba aquel tiempo en el que se creía capaz de las mayores empresas. Había pasado bien pronto. Ya no tenía esperanzas, ni ambiciones, ni nobles propósitos; ya su vida no era más que un harapo.

X

La certeza

Una noche don Fausto, al volver a su casa, se encontró con Clementina, Rita y madame Savigny que se preparaban a salir en aquel momento.

—Vamos al teatro. Come solo—le dijo Clementina.

Don Fausto no replicó, y cuando las tres mujeres bajaron las escaleras y salieron de casa, él hizo lo mismo y comenzó a seguirlas, dispuesto a averiguar a dónde iban.

Llegaron a los grandes boulevares y penetraron entre la multitud. Era la hora de más animación; a don Fausto le fué difícil no perder de vista a las tres mujeres, sobre todo al cruzar las bocacalles, pues si no pasaba al mismo tiempo que ellas, se veía luego detenido por los coches y los ómnibus. Lloviznaba; las terrazas de los cafés, muy iluminadas, rebosaban gente; brillaban los kioscos de los periódicos y los vendedores ambulantes voceaban en las aceras.

Al pasar por delante del café Riche, don Fausto vió que dos hombres se levantaban de una mesa y se acercaban a Clementina y a Rita. Eran Gálvez y Darcey. Los cinco, reunidos, siguieron andando; se detenían a mirar un escaparate, a leer un anuncio de un teatro; al llegar a la esquina del bulevar Estrasburgo entraron en un restaurante.

Seguía la llovizna; don Fausto, encontrando su situación desairada y ridícula, no supo qué hacer; le pasó por la imaginación la idea de entrar en la fonda y armar un escándalo; pero rechazó esta idea y se marchó a casa con la intención de esperar a su mujer y de pedirle explicaciones...

Mientras don Fausto volvía a su casa, Clementina, Rita y madame Savigny y los dos galanes se acomodaban en una mesa del restaurante Maire.

—Aquí se come bien—había dicho Darcey—y estamos a un paso de la Porte de Saint-Martín.

Tenían la idea de ir a ver *La Juventud de los Mosqueteros*.

Clementina estaba esta noche realmente hermosa, con la mirada brillante y las mejillas sonrosadas. Rita misma no podía competir con ella. Gálvez se sentía orgulloso de una mujer tan hermosa y tan *chic*. Darcey, siempre frío y ceremonioso, ponía sus cinco sentidos en la lista; había hecho el *menú* y toda su atención estaba reconcentrada en los platos.

Ni Gálvez ni su hija se encontraban turbados al verse uno frente a otro con sus respectivos amantes.

A los postres, Rita dijo que le parecía más agradable que ver la representación de *Los Mosqueteros*, ir a algún café-concierto; no quería la criolla tomarse el trabajo de seguir la acción de un drama, por muy sencillo que fuese, y prefería un espectáculo

puramente visual, sin argumento, que no cansase su imaginación.

—Aquí en el bulevar de Estrasburgo tenemos un café-concierto—dijo Darcey.

Se discutió si irían a El Dorado o al Alcázar, pero se decidieron por este último, por oir cantar a Theresa.

Pagó Gálvez y salieron todos del restaurante. A la puerta del Alcázar, madame Savigny se excusó; tenía, según dijo, dolor de cabeza; pero todos comprendieron que no le gustaba que la vieran en aquel lugar.

Entraron las dos parejas en aquel café-concierto; un señor de frac con una cara de bull-dog les preguntó qué sitio querían y les condujo hasta una mesa desocupada. Había comenzado la primera parte del programa, que era como todas las primeras partes de todos los programas de todos los cafés-conciertos conocidos: un soldado imbécil; una italiana con una pandereta; un aldeano zafio con un ramillete para su novia, en medio del cual sobresalía una remolacha, y un señor de frac y de flor en el ojal, muy soso, muy necio, que cantaba unas canciones de un sentimentalismo ridículo.

Luego se presentó una revista con el título de la frase del día que era: *Ohé Lambert!* ¿Has visto a Lambert?

Ya estaban en la última parte de la función cuando aparecieron, cerca de la mesa en la que estaban Clementina y Rita, dos españolas acompañadas de un chulito de sombrero ancho y capa bordada.

Llevaban las dos muchachas mantilla negra ceñida a la cabeza y tenían un tipo exótico y pintoresco.

Se les acercó el mozo y los tres pidieron café,

pero una de las muchachas quería agua, y como al decir ¡agua! no la entendieran, se echó a reir, y la amiga y el chulito se echaron a reir también.

—¿Pero cómo se dice agua en francés?—preguntó la española a su acompañante.

—Se dice *au*—contestó el chulo echándoselas de sabio.

La muchacha esperó a que volviera el mozo, y cuando lo tuvo enfrente le dijo de sopetón:

—*¡Au!*—y viendo que el mozo hacía un gesto indicando que no entendía, la muchacha se retorció de risa.

—Pero, mujer—dijo la otra—, ¡cállate!

Gálvez se levantó y les pasó una botella de agua; el chulo dió las gracias y saludó muy fino con el sombrero.

Las dos españolas seguían alborotando, riéndose, guiñando los ojos. Todas aquellas gracias achulapadas producían cierta estupefacción en el público. Las dos muchachas, morenas, vivarachas, con la mantilla sujeta al cuello, y el chulito grave y formal, tenían un aire ligero y alegre; los de las mesas próximas les miraban, unos sonriendo y otros extrañados. Rita se puso a hablar con ellas y Clementina torció la conversación.

Las dos muchachas eran bailarinas.

—Son muy *chic*—dijo Gálvez.

Las bailarinas tomaron a Clementina y a Rita por dos *cocottes* y les hablaron con confianza y les ofrecieron su casa...

En el escenario, como último número, se bailaba una *quadrille* de Offenbach, y esta música furiosa, en la cual, tras de una simulación de loca alegría se esconde la más fúnebre y la más macabra desola-

ción, ponía a los cancanistas y al público en un verdadero frenesí...

Se acabó el espectáculo; Rita y Clementina se despidieron de las españolas, y entre el público que tarareaba el galop final, salieron a la calle.

Rita entró en un coche con Darcey y Clementina con Gálvez en otro, y cruzaron las calles de prisa, tomando parte en esta desbandada general de París, por la noche, al acabar los teatros, en los que no se ve por las calles más que transeuntes apresurados y coches que pasan volando por las calles obscuras como si huyeran de un incendio o de una catástrofe...

. . . . . .

Don Fausto acechaba la vuelta de Clementina, sin saber qué resolución tomar. Cerca de las dos oyó ruido en la escalera. Apagó la luz de su cuarto y dejó la puerta abierta. Sintió claramente pasos de dos personas. Eran su mujer y Gálvez. Entraron sin que apenas se les notara, cerraron la puerta y pasaron al cuarto de Clementina.

—¡Aquí mismo! ¡En mi casa!—pensó don Fausto—. Son de un cinismo terrible.

Don Fausto quiso cerciorarse más, y andando de puntillas se acercó a la puerta del cuarto de su mujer. Se oía la voz de Gálvez, que hablaba en voz baja.

En esto, sin saber cómo, don Fausto se enredó un pie en el portier, y al querer desenredarse, el palo de la cortina vino abajo, produciéndose un gran estrépito.

Nadie salió del cuarto. Don Fausto se retiró a su alcoba y se acostó y se durmió...

Al levantarse de la cama y darse cuenta de su

nueva situación de marido engañado, quedó sorprendido de sí mismo.

Su mujer le faltaba, allí, en su misma casa, y él no tenía ningún gran movimiento de cólora; ni se le ocurría vengarse ni matarla. ¿Qué extraño fenómeno era éste? Quizá la reacción vendría después...

Salió de casa, a pasear, con el objeto de ir poniendo en claro sus ideas. Discurrió sobre el adulterio, sobre la venganza, sobre la justicia, y vió que todo esto era en él superficial. Lo único que le preocupaba hondamente era el sentido que debía dar a su vida desde aquel mismo instante.

¿Qué debía hacer? Separarse de ella. ¿Y cómo se las arreglaba para vivir? Aun teniendo dinero, ¿sería capaz de vivir solo? Quizá fuera mejor huir de París y marcharse a una aldea de España. ¿Pero qué iba a hacer en una aldea? Se aburriría, se desesperaría. Además, tenía ilusiones aún, quizá encontraría a alguna mujer que le quisiera, una obrera parisiense, una de aquellas muchachas frescas, encantadoras...

A la hora del almuerzo volvió don Fausto a casa, temblando, con el corazón palpitante. ¿Se atrevería a presentarse su mujer? Clementina no apareció en la mesa ni tampoco a la hora de la comida.

Se había dado cuenta del espionaje de la noche anterior.

Al día siguiente, la reacción temida por don Fausto que pensaba iba a convertirle en un tigre no se verificó tampoco. Clementina no se presentó en todo el día.

Don Fausto, como quien cumple una decisión enérgica, ordenó a Niní que no hiciera ya comida en casa, e iba todos los días al restaurante.

Tenía la preocupación de encontrar un sitio soli-

tario y tranquilo, porque la gente le molestaba; se figuraba que todo el mundo iba a conocer su desgracia. Se asomaba a cualquier restaurante, veía toda la sala llena, una multitud engullendo, envuelta en un vaho caliente y pesado, y esto le desagradaba. Por todas partes sentía el olor de la grasa y de las patatas fritas. Luego toda aquella gente, entre la cual habría sin duda un gran número de maridos engañados como él, tenía un aire de satisfacción verdaderamente ofensivo y brutal.

Don Fausto se encontraba irritado de continuo.

Estas marchas veloces por las calles, sin objeto alguno, rendido de andar y andar sobre el barro pegajoso de las aceras y el lodazal del arroyo, con los pies mojados, cansado de llevar el paraguas, le dejaban sombrío y de mal humor. Contribuían mucho a su malestar sus preocupaciones. La idea de la honra, que antes había aceptado como un concepto necesario e hidalguesco, le parecía ahora una sandez irritante y odiosa.

Aquella comunidad de estimación entre dos personas era completamente absurda.

—Despreciar a una persona porque otra ha obrado mal—se decía—, es demasiada bestialidad.

Estos contagios del mal, como los contagios del bien, la salvación del malo por la aplicación de las oraciones del bueno, sólo podían haber nacido en una sociedad católica y vil, dirigida por estúpidos frailes.

Claro es que don Fausto, que analizaba hasta dónde llegaba en él la idea de la honra, veía que daba mucha más importancia al ridículo que podía caer sobre él que no a la idea en sí; pero eso bastaba para molestarle.

La crisis de don Fausto no duró mucho. Un día de primavera que fué a pasear al parque de Monceau, se encontró a la vuelta, sin motivo racional alguno, alegre y despreocupado.

Llegó a casa. A Clementina, que desde hacía mucho tiempo no comía con él, se le ocurrió que almorzaran juntos. Estuvo con él atenta, respetuosa y amable. Don Fausto comprendió que las ideas metafísicas sobre la honra son perjudiciales y dañan el estómago, y como higiene, sin rebajarse en nada, se decidió en un momento a olvidarlo todo.

XI

Tipos grotescos

Una tarde don Fausto se encontró con Bulero. Tenía tanta necesidad de hablar con alguien, que le encontró simpático.

Bulero le trató con mucha deferencia; había leído sus artículos.

—No le creía a usted capaz de escribir así—le dijo; y al oirle don Fausto no comprendió hasta dónde llegaba la alabanza y hasta dónde el menosprecio, pues si bien Bulero le reconocía talento en aquel instante, sin duda le habia tenido antes de leerle por un imbécil.

Fueron los dos al café de Madrid. En este punto se reunían en aquella época todos los que formaban la cohorte republicana de Gambetta y de Ranc, más los amigos de Delescluze y de Julio Vallés. Quedaban todavía por allá tipos de indumentaria romántica, de sombrero de ala ancha y grandes melenas, y

algunos conspiradores españoles que hablaban a gritos y llamaban la atención de todo el mundo.

—¿Le ve usted a Pipot?—preguntó don Fausto a Bulero.

—No. ¿Para qué? Ese es un loco que no sé qué interés pueden ustedes tener en tratar. A no ser que le tomen por un bufón.

—Hombre, yo creo que Pipot es buena persona.

—A mí me parece un mentecato.

Don Fausto no se decidió a defender a su amigo.

—¿Espera usted a alguien aquí?—preguntó a Bulero.

—Sí, estoy esperando a Forinaya. Estamos citados.

—¡Ah! ¿A Forinaya?

—¿Le conoce usted?

—Sí, de vista.

—Es un pillo, pero lo necesitamos.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y de qué vive?—preguntó don Fausto.

—¿No lo sabe usted?

—No.

—Pues vive en el pasaje Jouffroy, donde su mujer, una argelina, tiene una casa de trato. Es un sinvergüenza completo, tahur, gancho de casa de juego... en fin, lo último. ¿Le ha conocido usted a Pinazo?

—No.

—Sí, es verdad. Ese vino antes que usted. Pues Forinaya lo arruinó; le convenció de que tenía un procedimiento seguro para ganar a la ruleta, y fueron los dos a Montecarlo, en donde Pinazo dejó hasta el último céntimo. Entonces Forinaya consiguió que

por la dirección del Casino le dieran a Pinazo cinco mil francos, de los cuales él se embolsó la mitad.

—Entonces es un punto.

—Completo... pero se le necesita. Hizo otra jugada más gorda con los Echeniques, los dos hermanos. Usted los conocerá.

—No.

—Pues eso fué terrible—y Bulero comenzó a contar una historia complicadísima, en la que intervenían un general de una república sudamericana, una mulata, un cónsul francés, un comerciante catalán, un capitán de barco, una señora de la aristocracia y otra porción de personajes, tan sin carácter y tan cursis todos, que parecían sacados de una novela de Pérez Escrich; y estaba Bulero hablando y hablando, y no había llegado todavía a los Echeniques, cuando se presentó Forinaya en el café.

—Ahí está—dijo don Fausto.

Bulero se calló. Venía Forinaya acompañado de un joven imberbe, grueso, panzudo y redondo como una bola. Forinaya se acercó sonriendo con su aire de charlatán o de prestidigitador que va a hacer un experimento; dió la mano a Bulero, y éste le presentó a don Fausto.

—Muchísimo gusto en saludarle, señor Bengoa—dijo Forinaya—; le conocía a usted de vista.

—Yo también a usted; del café de Mulhouse.

—Precisamente. Ahora, que no sabía que fuera usted escritor—luego, señalando a su acompañante, dijo:—Les presento a ustedes a mi amigo Mingote, redactor del *Diario de Europa y América*.

El joven gordo saludó de una manera presuntuosa, levantando el sombrero muy en alto y echando la pierna hacia atrás.

—¿Saben ustedes las nuevas noticias?—dijo Forinaya—. ¿No? Pues parece que la cosa marcha. Para el otoño tenemos la revolución en España.

—Necesito hablar con usted—le dijo Bulero.

—Hablaremos todo lo que usted quiera.

Don Fausto se levantó, y Forinaya le volvió a saludar y le ofreció su casa.

Ya sabía don Fausto que el tal Forinaya era un pillastre, pero le entretenía, y fué varios días a buscarle al café de Mulhouse.

Forinaya solía estar casi siempre acompañado del joven Mingote, a quien abrumaba con sus chistes y al mismo tiempo invitaba a almorzar o a tomar café.

Mingote, unido a Forinaya por el hambre, por las necesidades del estómago, que en él eran grandes, le odiaba porque le ponía en ridículo delante de todo el mundo; a veces le toleraba los chistes; a veces, sin poder contenerse, saltaba e insultaba violentamente a Forinaya, lo que producía a éste una gran satisfacción.

El primer día que don Fausto tomó parte en la tertulia de españoles del café de Mulhouse, Forinaya, señalando a Mingote, que estaba devorando un trozo de carne, le dijo:

—Aquí le tiene usted a Mingote... ¿Usted quizá le habrá tomado por un queso de bola? Pues no; es Mingote, el verdadero Mingote, el auténtico Mingote. El joven de más porvenir de España. Es amigo de Castelar, de Orense, de Pi...

—Y es verdad—dijo Mingote.

—Además—siguió Forinaya—, hace la crónica universal en el *Diario de Europa y América*, aunque no se sabe que Mingote conozca ningún idioma europeo o americano, excepto el manchego.

Mingote miró a su protector de través, y enrojeció.

—Le advierto a usted que Mingote tiene la costumbre de ruborizarse, y eso que es un cínico completo.

—Hombre, a cínico no le gana a usted nadie—replicó el aludido.

—¿Sabe usted, don Fausto, cómo entró Mingote en la redacción del *Diario de Europa y América?*... Pues se presentó allá el día mismo que supo que su director había muerto; preguntó por el director, y cuando le dijeron que acababa de morir... pataplum, a Mingote le dió un desmayo, y cuando volvió en sí comenzó a lamentarse de que su protector, casi su padre, hubiese muerto...

—Todo eso es mentira—dijo Mingote furioso.

—Hombre, perdona, Mingote—replicó Forinaya—; me lo ha dicho Bulero.

—Bulero es un miserable, tan miserable como usted.

—Parece mentira que digas eso de mí, Mingote; yo que te aprecio tanto, yo que siempre he reconocido que tú eres uno de los pocos cráneos privilegiados de España.

Mingote, que había concluído de devorar la carne que tenía en el plato, se levantó de su silla y se fué sin despedirse de nadie.

—Es un sucio—dijo Forinaya riendo—; ahora se irá a que le conviden a café en otra parte.

Forinaya tomó a don Fausto por un hombre reservado y de talento, que no hablaba por prudencia; y como creyó que a un escritor no sería fácil sacarle dinero, se dedicó a contarle historias y líos, y a asombrarle con su cinismo y su despreocupación.

La tertulia de españoles en el café de Mulhouse

era de lo más abigarrada y extraña que puede imaginarse; la formaban dos o tres militares emigrados, que no sabían nada de nada, valientes, atrevidos, fanfarrones, que creían poder vivir en París escribiendo y no sabían ni ortografía; asistían también algunos carlistas, unos cuantos comerciantes de vinos y naranjas, otro de espárragos de Aranjuez y algunas bailarinas con sus padres y hermanos.

Entre esta gente, de oficio más o menos honrado, pero conocido, había algunos tipos de aventureros, de nacionalidad dudosa, que, aunque se decían españoles, hablaban el castellano con un acento que denunciaba su procedencia extranjera.

Uno de éstos era el conde de Marodes, a quien Mingote servía de secretario con frecuencia. Este conde se las echaba de gran señor, y hablaba con un tono desdeñoso y altivo.

—¿Quién es ese Marodes?—preguntó una vez don Fausto a Forinaya.

—Es un farsante; ni es conde ni nada, ni creo que se llame Marodes. Ha sido el encargado de una cervecería de muy mala fama del bulevar de la Bonne Nouvelle, y luego tuvo un café en el pasaje Verdeau que se llamaba La Cascada.

—No tiene acento español—advirtió don Fausto.

—Ni creo creo que lo sea—dijo Forinaya—. ¿Sabe usted de qué vive este hombre?

—¿De qué?

—De robar gemelos en los teatros.

—¿De veras?

—Sí, sí; me lo han dicho ya varios, y tengo indicios para creerlo. Ya verá usted cosas curiosas.

Forinaya trataba con gran consideración a don Fausto; no quería, sin duda, engañarle proponiéndo-

le negocios, y tomándole por hombre de poco dinero y de mucho talento, se entretenía en servirle de mentor.

Un día le presentó a un viejo sansimoniano, antiguo amigo del padre Enfantín. Al parecer, todos los de la secta habían tenido la habilidad de entrar a ocupar muy buenos puestos en las oficinas del Imperio; pero el amigo de Forinaya, a quien llamaban el padre Casimiro, no era de los afortunados y estaba en la miseria.

El padre Casimiro se las echaba de inventor; había ideado un piano de cuerda con arcos de violín y un diamante para cortar metales. Ninguno de los dos inventos debía darle gran cosa, a juzgar por su traje destrozado.

Una noche, poco tiempo después de conocerle, don Fausto vió al padre Casimiro al anochecer en el Puente de las Artes. El viejo sansimoniano no le reconoció y se le acercó a pedirle limosna.

—Aquí viene por la noche—le dijo otra vez Forinaya—un tipo que le va a interesar a usted mucho. Es un bolero andaluz que llegó a París cuando la Exposición con sus dos hijas, que son bailarinas, y con su mujer. Una de las chicas le gustó a un rajá indio que vive en París, y éste le propuso al padre que se la diese por veinte mil duros. El padre se la cedió y la muchacha vive como una reina en el hotel del rajá.

—¿Entonces el padre estará contento?

—¡Ca! ¡Pues esa es la cuestión! El bolero y su mujer están ahora muy intranquilos porque el rajá no ha tocado a la niña, y ellos dicen que si no es para eso para lo que quiere a la muchacha, debe ser para cortarle la cabeza. Todos los días le pregunta-

mos al bolero cómo va el asunto de su hija, y él nos dice con tristeza: «Na; toavía e mosita.»

—¿Y lo es?

—Del rajá sí, pero antes... había andado ya con todos los carabineros del Perchel.

Fué don Fausto al café por la noche, y a eso de las nueve se presentó el bolero embozado hasta los ojos como el Comendador de *Don Juan Tenorio.*

Se desembozó y se sentó a la mesa muy ceñudo.

—¿Y la niña, Miguelito?—le preguntó Forinaya muy serio.

El bolero hizo una serie de muecas siniestras, revolvió los ojos en las órbitas y contestó:

—Na; toavía e mosita.

Todos los de la tertulia se miraron unos a otros, íntimamente regocijados.

—¿De manera que ese rajá qué pretende?—preguntó Forinaya como si una duda científica asaltara su inteligencia.

—¡Qué sé yo lo que pretende!—contestó el bolero—; la querrá cortá la cabesa. ¡Mardita sea la...! ¡Que un padre tenga que hasé siertas cosas!

—Pero, Miguelito—dijo una madrileña que estaba en la mesa—; que quizá el rajá no pueda.

—¿No ha de podé... un hombre tan robusto? ¡Mardita sea la...! Yo ya ni como, ni duermo; y hoy me ha dicho mi mujé: «Anda, vida, yeva ezos porvorones a la niña.» Y he ido al palasio, con unas lágrimas que me salían así, y la he visto y la he preguntao: «¿Qué hay, hija?—Na, padre...» Y me ha dao un vuerco er corasón al oirla. ¡Mardita sea la...!

Los contertulios del café miraban al bolero regocijados al apercibirse de su pintoresca naturaleza moral.

El más punzante en sus comentarios contra el pobre hombre era Mingote, capaz de vender cien hijas si las tuviera, pero que se las echaba de moral.

Forinaya, que hacía de suprema justicia, interrumpiendo los comentarios agresivos de Mingote, le dijo de repente:

—Mingote, pete o no pete,
permite esta chanzoneta:
vete a tocar la trompeta
al fondo de ese retrete.

Todo el mundo se echó a reir y Mingote se puso rojo como un pavo.

—¡Pero qué imbécil es usted!—gritó furioso.

—No, hombre. Ya sabes. querido Mingote, que quiero dedicarme a la poesía y estoy haciendo ensayos.

—Pues haga usted los ensayos con su madre...—y Mingote se calló, intimidado con la sonrisa y la eterna palidez de Forinaya.

—Eres un cínico, Mingote—siguió diciendo el otro con un tono melancólico—. ¡Parece mentira que hayas sido educado en el santo temor de Dios!

—Bueno, bueno—replicó Mingote volviendo la cabeza.

—¡Parece mentira que seas así, Mingote, después de que yo tengo tanto afecto!

—Yo me ensucio en el afecto de usted.

—¡Qué mal hablado eres y qué desagradecido! ¡Después de que a mí me falta el léxico, señores, para elogiar como quisiera a Mingote! Ahora mismo le estaba diciendo a don Fausto Bengoa que debía escribir un libro con este título: *Mingote y el min-*

gotismo en España, o si no con este otro: *Bonifacio Mingote y su tiempo.* Porque esta época, señores, no se llamará en la Historia de España la época de Prim, ni la de Castelar, ni la de Orense, no; se llamará la época de Mingote. Mingote es un símbolo; Mingote es el único cráneo verdaderamente privilegiado que hay en España; Mingote es un tiburón que se traga su época, y, señores, creo que ya es hora de decirlo, el mingotismo es la única esperanza de nuestro país.

Mingote, que sabía que en esta lucha de palabras y de bromas mal intencionadas y agresivas llevaba siempre la peor parte, se hizo el indiferente y se dedicó a hablar con la madrileña.

Forinaya contempló sonriendo a su amigo, estuvo pensando un momento, y dijo:

—Mingote, aunque te alborote,
tú mereces un grillete
o que te den el cachete
o te lleven al garrote.

Mingote dió un respingo, pero no resolló. Forinaya, que andaba buscando sacarle de quicio, siguió, dirigiéndose a don Fausto:

—Usted creerá que yo le odio a Mingote; no, al revés, le quiero, pero me apena verle tan cínico. ¡Un hombre educado en el santo temor de Dios! Es una lástima.

—Bueno, pues apúntese usted quince — dijo Mingote.

—Es en balde que te muestres tan agresivo conmigo, Mingote; yo sé que tú me quieres, que tú, en el fondo de tu corazón, me estimas.

—Sí, le estimo a usted digno del presidio.

—No es verdad.

—Lo es.

—Entonces lo siento por ti, porque yo me alegro de verte.

—Gracias.

—Lo que me recocija en ti, querido Mingote—añadió Forinaya—, es tu nariz... me da la impresión de una amapola o de una fresa, de algo poético e ideal.

—M...—dijo Mingote.

—Mingote es un cínico como Diógenes. No se diferencia de Diógenes más que en vez de llevar la linterna en la mano la lleva en la nariz... Tu nariz es sabia y perversa, Mingote. Tu nariz es la estrella matutina...

—M...

—Déjame concluir la comparación poética, Mingote. Tu nariz es la estrella matutina, sí, la estrella matutina, y no me retracto, que resplandece en el oriente de tu cara, que parece un c...

—M...—volvió a decir Mingote, y se levantó y salió del café furioso, mientras Forinaya reía a carcajadas...

Una de las madrileñas contó su historia a don Fausto. Eran dos hermanas, una morena, bonita, con los ojos pequeños, negros como el azabache; la otra fea, chata, morenuzca, de un tipo muy expresivo. La bonita era bailarina y su hermana hacía las veces de administradora.

Ultimamente habían estado en el Brasil, donde vivían bien y ganaban bastante; pero la mala suerte les puso en el camino un brasileño que se enamoró de la bailarina de una manera tan feroz, que no la permitía salir de la fonda para ir al circo donde tra-

bajaba, y al último, se puso a la puerta de su adorado tormento con un revólver, dispuesto a pegarle un tiro si intentaba salir.

—¿Y cómo salieron ustedes al fin?—preguntó don Fausto.

—Nos escapamos—contestó la bailarina—y ahora tenemos que volver otra vez, porque aquí no se hace nada.

—¿Entonces han perdido ustedes el viaje?

—No, porque nos trajo gratis un sobrecargo que era amigo de ésta—replicó la fea—. Además, allí, ¿sabe usted?, no se puede comprar nada, porque es muy caro, y el componer cuesta también una atrocidad. Nosotras todo lo traemos aquí o a España: que un traje se nos estropea o unas botas, pues lo echamos a un cajón: a la enfermería, como digo yo, y guardamos las medias rotas, los tirantes de las gomas, los tacones viejos, los pedazos de suela, y aquí o en España lo arreglamos y lo componemos todo.

—¿Y llevan ustedes mucho tiempo viajando?

—Desde que yo empecé—contestó la bailarina.

—¿Y es usted de Madrid, eh?

—Sí. Allí perdí yo mi honradez con un viejo.

—¡Caramba! ¿El recuerdo no le desagrada a usted?

—No. Era un señor amigo de mi padre, ¿sabe usted?, y cuando nos quedamos huérfanas ésta y yo, ese señor nos protegió... y luego se entendió con la niña. Nos puso casa, y vivimos así hechas unas tontas, la verdad, porque gastábamos el dinero en golosinas y en muñecas. Mi protector era un viejo rancio, muy religioso; nos llevaba a misa y al cementerio a rezar. Nos decía que nos dejaría su fortuna, pero murió y no nos dejó una perra grande.

Entonces comenzamos las dos a correr la caravana de lo lindo; vendimos todos los trastos de la casa e hicimos la primera salida. Nos pasaron cosas terribles... ¡Bah! Ahora ya estamos acostumbradas a todo y puede rodar la bola...

Y la madrileña de los ojos negros sonreía alegremente, mojando los labios en una copa de coñac.

Don Fausto se aficionó a la tertulia del café de Mulhouse. Alguna noche vió allí a Bardón el militar, amigo de Prim, y le saludó.

—¿Le conoce usted a ese?—le preguntó Forinaya.

—Sí.

—Es un hombre que vale mucho—dijo Forinaya, y contó algunos hechos del militar que demostraban un gran valor y una gran generosidad.

La justicia de Forinaya al elogiar a Bardón le fué muy simpática a don Fausto, que comenzó a pensar que aquel pícaro, tahur y gancho de casa de juego, era más honrado que muchas personas decentes.

XII

Un taller de Montmartre

HÉCTOR, el hijo de Gálvez, se pasaba los días en continua juerga. No quería estudiar ni ocuparse de nada. Ni su padre ni Rita tenían gran ascendiente para hablarle de moral, pero ya que no esto, le reprochaban su holgazanería.

Su padre, al menos, había sido un político y un revolucionario, y aunque de viejo se divirtiera, de joven había trabajado; pero Héctor no quería ser nada, absolutamente nada, y sólo apretado a que se decidiese por alguna cosa, manifestó que sería pintor.

Gálvez, que desde algún tiempo era la amabilidad en persona con don Fausto, le dijo una vez:

—Usted que conoce a varios artistas, ¿no podría llevar a Héctor a algún estudio de pintor?

—Bueno, ya veré.

Don Fausto fué a buscar a Carlos Yarza, y éste

le dijo que conocía a un pintor español que vivía en Montmartre.

—Le advierto a usted que es un tipejo de mal genio.

—¡Qué le vamos a hacer!

Se citaron para ir a ver al pintor en casa de don Fausto, y reunidos al día siguiente, Héctor, Yarza y don Fausto montaron en un ómnibus, bajaron en la plaza de Clichy, y luego, dirigidos por Yarza, tomaron por una calle torcida hasta salir detrás del antiguo cementerio de Montmartre.

Era una calle sin edificar apenas; a la derecha había un grupo de barracas y de solares que escalaba el histórico cerro, en cuya parte alta se destacaban las aspas de los molinos de viento; a la izquierda se levantaban a trechos algunos edificios de seis pisos de reciente construcción.

Yarza se detuvo delante de una casa que hacía esquina a una calle transversal. Era una casa vieja, con tejado alto de pizarra y balcones grandes con los cristales rotos. Se hallaba retirada de la línea de la calle y se continuaba por una tapia de piedra, por encima de la cual salían las ramas de los árboles.

Esta tapia, que escalaba la calle transversal en pendiente, tenía una puertecilla, y llamaron en ella.

Después de mucho esperar abrió una niña. Pasaron por un callejón estrecho y húmedo entre dos tapias, y la niña les condujo delante de una puerta, en donde dieron dos o tres golpes.

—Entrad—dijeron de adentro.

Pasaron a un estudio. Era un local grande, con una claraboya en el techo y una ventana larga y de poca altura en la pared. En el centro del cuarto, acurrucado, en cluquillas, un joven se esforzaba en en-

cender una estufa metiendo en ella periódicos que no daban más que humo.

—¿No está el maestro?—preguntó Carlos.

—No; ahora vendrá. Siéntense ustedes.

En vez de sentarse estuvieron contemplando los cuadros. A don Fausto le parecieron muy bonitos.

—Están bien. ¿No es verdad?—dijo a Yarza.

—¡Pse!

Se presentó el pintor; Yarza le explicó a lo que iban. El pintor era un hombre bajito, de barba ya gris, vivo y malhumorado. Saludó de una manera displicente a los visitadores de su estudio, y encarándose con el joven acurrucado cerca de la estufa, le preguntó·

—¿No se enciende eso?

—No.

—Mejor; déjala. No estás haciendo más que humo. Aquí hace frío siempre—añadió dirigiéndose a los visitantes—; pónganse ustedes los sombreros.

El joven que había intentado encender la estufa se sentó en un diván con las piernas dobladas. Era un muchacho de unos quince o diez y seis años, con el pelo largo y enmarañado. Tenía más aire de pordiosero que de otra cosa; llevaba un gabán arrugado y viejo con dos zurcidos que le trazaban una cruz en el pecho y un cuello postizo que le impedía mover la cabeza. Este chiquillo, de aire desvergonzado y alegre, de cuando en cuando jugaba echando al aire su sombrero destrozado.

—Estáte quieto, idiota—le decía el pintor al verle jugar.

Yarza explicó de nuevo a lo que iban, y el pintor, que debía estar de mal humor, no contestó nada y se puso a andar de un lado a otro por el estudio,

taconeando con fuerza en el suelo de asfalto. Luego comenzó a hablar mal de España, con una voz agria, en donde latían la cólera y el despecho.

Allí no había artistas, ni buen gusto, ni sentido común, ni dignidad, ni vergüenza. ¡Valiente país España! Y se expresaba con toda la acritud furiosa de un hombre humillado que se cree un genio.

Allí todos eran canallas, imbéciles, miserables; las mujeres, estúpidas, sucias; la gente, grosera e incivil. ¿Qué decían en España? ¿Todavía seguían hablando de los antiguos?... De Velázquez.

—Velázquez no es más que un virtuoso, nada más—dijo.

Y el hombrecillo iracundo paseaba de un lado a otro haciendo sonar sus tacones. En el curso de su soliloquio le tocó hablar del Salón de París.

—¡El Salón de París! ¡Valiente porquería! Digno de Madrid.

Al cabo de poco tiempo, contradiciéndose, exclamó:

—Yo soy un hombre que tiene una medalla en el Salón de París, que no es una Exposición como las de allá.

Luego preguntó a don Fausto cómo iban los asuntos políticos de España, escuchó un momento, de mal humor, y exasperándose él mismo con sus palabras, añadió:

—No se debía enseñar a leer a nadie. La gente es muy bestia para gobernarse por sí misma. Les dicen a los patanes que no hay Dios. ¿Para qué?... Y quieren mandar y rebelarse, y son muy brutos para rebelarse.

—Es usted un hombre poco animador—dijo irónicamente Yarza.

—No, no hay que animar a nadie. Yo no animo a nadie. Cada cual que haga lo que quiera. ¿Usted quiere ser pintor?—exclamó dirigiéndose a Héctor—; pues séalo usted.

—En eso soy de su parecer—replicó Yarza—; los maestros me parecen inútiles, sobre todo en las artes.

—Es que hay muchos—repuso el pintor, a quien su misma opinión en boca de otro ya no le agradaba—que quieren ser artistas y luego no saben sacrificarse por el arte.

—¿Y por qué se va a sacrificar nadie por el arte?—preguntó Yarza.

—¿Por qué?...

—Sí.

—¿Usted no lo comprende?

—Yo, no.

—Peor para usted.

—No; peor para usted en todo caso, que, al parecer, es de los que se sacrifican...

—¡Ah! ¿usted cree—dijo el pintor—que el arte no merece que se sacrifiquen por él?

—¡Claro que creo que no merece!

—Para mí es un sacerdocio.

Yarza se echó a reir.

—No sé de qué se ríe usted—exclamó el pintor, quemado.

—Me río porque eso del sacerdocio es una idea vieja, atrasada, una cosa de otra época.

—Será para usted.

—¡Claro!

—Entonces es que usted no siente nada cuando ve un cuadro de Rafael o una estatua de Praxiteles.

—Sí. Esas obras son para los hombres lo que los

trapos para las mujeres y los caballos de cartón para los chicos.

—¡Pobre idea tiene usted del arte!

—Es posible; yo lo que creo es que actualmente las obras de arte producen una emoción superficial, ligera, epidérmica. Antes, en Grecia, en el Renacimiento mismo, el arte era la ciencia, la religión, la guerra, la política, todo mezclado; entonces tenía una misión humana y social que cumplir.

—¿Y hoy no?

—Hoy no. Hoy es para el espectador o el lector un pequeño alargamiento de las perspectivas de la vida, y para el autor un medio de caracterizar de una manera suya, egoísta, su tipo psicológico.

—Pero hay el arte por el arte—dijo el pintor un poco confuso—el arte sin fin social y religioso.

—¿La forma?

—Sí.

—La forma es una cosa tonta y reaccionaria—dijo Yarza.

—¿Pero usted conoce lo que se produce ahora?—preguntó el pintor.

—Sí.

—¿Y qué? ¿Qué le parece a usted Delacroix?

—Me parece un mediano folletinista. Un Eugenio Sué de la pintura.

—¿Y Delaroche?

—¡Oh! Eso es melaza.

—¿Y Fortuny? ¿Y Meissonier?

—Son dos malos fabricantes de baratijas. Meissonier es todavía peor; pero para esta época está bien.

—¿Y Courbet?

—Courbet me parece una cosa pesada y sin gracia, como un caballo percherón.

El muchacho del taller, sentado en el diván, al oir las opiniones de Yarza, se reía silenciosamente y guiñaba los ojos con malicia.

—De manera—concluyó el pintor—que, según usted, en esta época no hay nada bueno. ¿No le gusta a usted tampoco Flaubert?

—¿Quién es Flaubert? ¿El novelista?—preguntó Yarza—. ¿El autor de *Madame Bovary?* No, no me gusta nada.

—Pues sí que tiene usted un gusto difícil—murmuró burlonamente el pintor.

—Mire usted una cosa que me gusta—afirmó Yarza—, la jardinería. Entre el jardín del Luxemburgo y *Madame Bovary*, prefiero con mucho el Luxemburgo.

—Bueno, bueno. Está bien—replicó el pintor, ofendido, y siguió paseando de un lado a otro.

Empezaba a obscurecer; el estudio se iba llenando de sombra. Por el ventanal se veía el cielo gris y un andamio grande de una casa en construcción.

El pintor, irascible y desdeñoso, sin dignarse discutir o mortificado con las palabras y la sonrisa de Yarza, paseaba de un lado a otro; don Fausto le contemplaba y en el fondo le daba la razón.

Tras de un largo momento de silencio, Héctor dijo:

—Usted dirá cuándo quiere que venga.

—Cuando a usted le parezca.

Se despidieron del pintor y salieron a la calle.

Héctor tenía prisa y tomó un coche; Yarza y don Fausto volvieron hacia el centro a pie.

—Pero, hombre, ¿para qué dice usted esas cosas?—preguntó don Fausto a Carlos.

—Sí, hombre, hay que decirlas. ¡Si es gente mez-

quina, miserable! Todos estos tipejos no sienten que España vaya mal, sino que no vaya peor, en cuyo caso ellos serían allí glorias sin esfuerzo alguno. La verdad es que es una porquería: el hombre, de cerca, huele mal.

—No creo yo eso.

—Pues sí, créalo usted.

Bajaron hasta la plaza de Clichy sin hablar; de pronto Yarza, que venía sin duda embebido en sus pensamientos, dijo:

—Mire usted que España es un país raro y de contrastes.

—¿Por qué lo dice usted?

—Aquí en Francia—siguió diciendo Yarza—el tipo humano es más uniforme y el nivel mucho más alto, hay que reconocerlo; allá no: en medio de una colección de miserables, de gente mezquina, pequeña hasta en sus vicios, brotan de cuando en cuando unos tipos tan humanos, tan superiormente humanos que asombran.

Y Yarza expuso algunos casos de personas conocidas por él, y entre ellas, como contraste del pintor, lleno de odios y de envidias, recordó a Acuña, el padre de Paulina, y lo pintó perseguido, viviendo en un rincón, arruinado por España, y sin embargo tan tranquilo, tan caballeresco, tan hidalgo, hablando de España con entusiasmo antes de morir y sonriendo al recordar sus vicios tradicionales.

XIII

Nuevos tipos grotescos

Un día Forinaya dijo a don Fausto:

—La verdad es que ese Mingote es un águila. Se le ocurre lo que no se le ocurre a nadie.

—Pues ¿qué ha hecho?

—Cada día hace una cosa nueva. Yo le advierto a usted que le admiro, porque es el farsante ideal, el hombre que cree sinceramente en el papel que representa. Estos meses pasados vivía ahí en una guardilla del faubourg Montmartre y estaba entusiasmado con el conserje porque no le pagaba, cuando hace unos días me dijo indignado: «¿Sabe usted que el conserje aquél era un canalla?—«¡Hombre! ¿qué te ha hecho?»—«Que me he enterado que está dando el cuarto a cinco duros y a mí me llevaba siete.»—«¿Pero tú le has pagado?»—«No; pero le debo ese dinero, y es igual.» ¡Es igual!—me dijo. ¡Y desde que está en París no ha pagado a nadie! Es sublime. Crea usted que al oirle le admiré.

—Y ahora, ¿dónde vive Mingote?

—Vive con un cura que se llama Quintana, hacia Montrouge.

—Lo conozco a ese Quintana.

—Pues el otro día estaban los dos sin un cuarto y reñían, y Mingote le dijo al cura:—«Si yo tuviera hábitos como tú no me moriría de hambre».—«Pues tómalos—le contestó Quintana—, ¿los vas a vender?»—«¡Ca, hombre! Por esto no dan dos cuartos; ya verás lo que hago». Mingote se afeitó, Quintana le hizo una tonsura y luego el hombre se colocó su sotana y su sombrero de teja y se echó a la calle.

—¡Qué bárbaro!

—¡Ca, hombre, si es un genio! Qué no haría ese tipo que por la noche volvió con dinero y dijo que había cómido con una familia legitimista presentándose como partidario de don Carlos y les había sacado dos luises. ¿Y sabe usted lo que ha hecho con ese dinero?

—No.

—Pues se ha comprado un sombrero de teja nuevo y un anillo con una esmeralda falsa para pasar por obispo. Yo le vi el otro día de cura y le invité a almorzar en el café, pero no quiso. Esta noche va a ir a una casa en donde se reunen unos cuantos reyes.

—¡Demonio!

—¿Quiere usted venir?

—¿Qué casa es esa?

—Es la casa de una señora frecuentada por unos cuantos aventureros, en donde se juega; pero ni usted ni yo jugaremos, no tenga usted cuidado.

—¿Y van reyes de veras?

—Sí, reyes fantásticos que no tienen reino y an-

dan por París en busca de dos pesetas. Probablemente verá usted al gran Orelio, de quien habrá usted oído hablar.

—No.

—¡Pues si es muy conocido! ¡Orelio I, rey de la Araucania y de la Patagonia! Todo el mundo lo conoce. Es un antiguo notario francés que se ha hecho aclamar rey allí en América por unos cuantos salvajes.

—Entonces es rey de veras.

—Tan rey como Napoleón III. Al menos no ha tenido que matar a nadie para subir al trono. Van una serie de tipos curiosísimos y en la reunión voy a presentar a Mingote como obispo español. Yo he indicado a madame Mathis que dé una fiesta en honor de Mingote. Irá Miguelito con la guitarra, y cantarán las madrileñas.

—¿Y están advertidos?

—Sí; yo les he dicho a éstos que es un hermano de Mingote y que es obispo de veras.

—¿Y si alguno le conoce?

—¡Ca, no le conoce nadie!

—Pero han podido oir su nombre,

—Es que no se presentará con su nombre. Mire usted la tarjeta que he hecho para él.

Don Fausto leyó:

BONIFACIO ALONSO PÉREZ DE LAS CASTRADAS

Obispo de Cogolludo y de Torquemada

—Es bien sonoro todo esto.

—Por eso lo he elegido. ¿Qué, viene usted esta noche? Nos reiremos. A las nueve es la cita aquí.

A la hora indicada se presentó don Fausto en el café de Mulhouse; estaba ya Forinaya. Esperaron a que viniera Miguelito con su hija, y las dos madrileñas; y reunidos, juntos salieron del café. Atravesaron el pasaje Jouffroy y en la calle de la Grange Bateliere entraron en un portal estrecho.

Al entrar, riñendo con la portera, había una señora a quien Forinaya saludó y presentó a sus amigos como madame Mathis.

Se acabó la disputa, y madame Mathis, Forinaya, don Fausto, Miguelito con su guitarra y las tres mujeres subieron hasta el cuarto piso. Llamó la señora Mathis y abrió la puerta un criado de librea roja con una servilleta en el cuello que se disponía a decir algo insultante a la dueña de la casa, cuando madame Mathis extendió la mano con aire solemne y le indicó con un gesto que no estaba sola.

El criado entonces se acercó a una mesa en donde había varios platos y quedó vacilante.

—Siéntate y cena—le dijo madame Mathis—; es gente de confianza.

El criado se sentó a la mesa, tomó el cucharón y comenzó a llenar su plato de sopa. Forinaya guiñó el ojo a don Fausto como para indicarle que se fijara en la clase de relaciones que había entre ama y criado.

La señora hizo pasar a sus invitados a un salón bajo de techo, en donde se sentaron todos.

—¿Va a venir el señor obispo?—preguntó madame Mathis a Forinaya.

—Sí; eso ha dicho.

—¡Oh, tengo mucho interés en conocerle!

Al saber por Forinaya que don Fausto era escritor, madame Mathis le dedicó una porción de galanterías.

—¡Oiga usted, caballero!—le preguntó después con una ansiedad que quería indicar la estimación que sentía por el supuesto talento de su nuevo amigo—. ¿Encuentra usted interesante a Flaubert?

—¿A Flaubert?—repuso don Fausto—. ¡Oh, sí, sí!... ¡Ya lo creo!

—¿Y a Dumas hijo? ¿Le encuentra usted interesante?

—¿A Dumas hijo? Sí... es un hombre de gran talento.

—¿Y a Teófilo Gautier?

—¡Teófilo Gautier! Sí... ¡Ya lo creo! ¡Teófilo Gautier!

Madame Mathis siguió preguntando si le gustaba este o el otro escritor o pintor, empleando la palabra interesante a cada paso. Luego le dijo:

—¿Y a qué hora es cuando se siente usted más inspirado?

—¿Más inspirado? ¡Psel... Según.

—Yo por la noche cuando voy a dormir—agregó madame Mathis—es cuando siento la inspiración y que las ideas bullen en mi cerebro.

—Yo, la verdad, no me he fijado—repuso don Fausto.

—Hay enfermedades—añadió Forinaya insinuante—que producen un gran flujo de pensamientos; por ejemplo, los catarros. ¿No se han fijado ustedes cuántas ideas se tienen cuando se está acatarrado?

—Yo no—dijo madame Mathis.

—Yo tampoco—añadió don Fausto—. Es más, a mí me produce el catarro un gran atontamiento.

—Sí, es verdad; pero en medio de ese atontamiento es cuando brotan las grandes ideas—replicó Forinaya—, sobre todo al principio de la afección, cuan-

do uno está en el comienzo, en ese estado especial en que no se sabe si viene la inspiración o un estornudo; entonces, entonces es el momento de las ideas.

—Sí, a mí no me chocaría nada—aseguró madame Mathis—que algunas enfermedades excitaran la imaginación.

—¡Ya lo creo que la excitan; y la bilis también!—dijo Forinaya.

—Un momento señores—y la señora Mathis se levantó al oir un campanillazo. Al poco rato el hombre de la librea roja, ya sin servilleta al cuello; levantó la cortina del salón y anunció:

—Su Majestad Orelio I, rey de la Araucania.

Entraron el monarca y su corte, constituída por un acompañante. Don Fausto saludó con mucha pompa al rey ex notario, quien le contestó inclinando levemente la cabeza.

Con Orelio I venía su chambelán, un hombre bajito, sucio y derrotado, con anteojos, melena que parecía de crin, un chaqué raído y una cartera bajo el brazo.

—¿Cómo van los negocios de su Estado?—preguntó Forinaya a Orelio I.

—Bien, muy bien—contestó el rey con voz campanuda—. Ahora estoy dividiendo en lotes mi territorio. Es una operación ventajosísima para mis súbditos. Al que compra terreno por mil pesetas le doy la cruz de la Corona de Acero, y al que compra por dos mil le concedo la Estrella del Sur, que es la más alta recompensa de mi país.

—¿Y cae alguno?—dijo Forinaya.

El verbo empleado no satisfizo indudablemente a Su Majestad, quien dirigiéndose a don Fausto añadió:

—Ya no queda terreno. Mi chambelán le enseñará a usted el plano y las cruces.

El hombre pequeño abrió su cartera y mostró a don Fausto los vastos territorios de la Araucania, y le habló de su fauna y de su flora, de sus ríos navegables y de su cielo azul.

Luego extrajo del fondo de la cartera dos cruces grandes llenas de pedrería falsa.

—Esta es la Corona de Acero—dijo Orelio I—, y esta otra la Estrella del Sur.

—Muy bonitas—exclamó don Fausto.

—A usted le vendrían muy bien—manifestó Su Majestad.

—No, yo no—respondió don Fausto—; no tengo dinero para eso.

—Se le haría alguna rebaja—insinuó el chambelán.

—El señor es un escritor—replicó Forinaya—, y ya saben ustedes que los escritores no tienen mucho dinero.

Ante la negativa, el chambelán volvió a enfundar las cruces, mirando con cierta melancolía a su señor y rey.

Vino después un ruso, de cuyo apellido, pronunciado con dificultad por el criado de la librea roja, no se notó más sino que terminaba en of. Era este ruso un hombre de unos cincuenta años, con patillas, que miraba a todo el mundo como si fuera a castigarle con el kunt. Tras del hombre del apellido en of, el criado anunció:

—Su Majestad el Rey de los Mosquitos.

—¡Otro rey!—exclamó don Fauto con asombro.

—Este ha nacido en el faubourg Sain-Antoine—dijo Forinaya.

Luego entraron una porción de americanos que, por lo que dijo el cicerone de don Fausto, andaban buscando la manera de timar unos cuantos millones a Nicaragua o a Guatemala o a cualquier otro de esos países lejanos donde hay loros y guayaba.

Por lo que dijo Forinaya, esta banda de guachindangos había hecho negocios colosales en Honduras.

Uno de los americanos contó que venía de casa de la princesa Ratazzi, donde habían pasado aquella misma tarde una porción de cosas chuscas.

—A un joven, al sacar el pañuelo—dijo—, se le han caído dos cubiertos que llevaba robados, y un caballero ha sorprendido a su señora. ¿Con quién dirán ustedes?

—Con la Ratazzi, seguramente—contestó Forinaya.

—Lo ha acertado usted. Aquello es una sucursal de Lesbos.

Estaban charlando, cuando el criado anunció uno tras otro:

—Su excelencia el gran duque Ostanik der Markariantz. Su alteza el príncipe Abdallah-el-Guenaori.

—Estos, los países más lejanos que han visto son los cerros de Belleville—dijo Forinaya a don Fausto.

—La verdad es que no habrá tanto rey y tanto príncipe en las Tullerías—le contestó don Fausto.

—Esto es en pequeño la sala de los Mariscales, con la diferencia de que los aventureros del salón de esta señora no han tenido tanta suerte como los aventureros amigos de madame Badinguet.

—¿Pero no viene el obispo español?—dijo madame Mathis a Forinaya.

—No tardará.

Efectivamente, poco después el criado de la librea roja con voz tonante exclamó:

—Su excelencia don Bonifacio Alonso Pérez de las Castradas, obispo de Cogolludo y de Torquemada.

Forinaya se levantó inmediatamente, y apareció Mingote vestido de eclesiástico, con una faja morada en la cintura; avanzó en el cuarto, y cuando se le acercó madame Mathis, le alargó la mano, adornada con el anillo pastoral y su magnífica esmeralda falsa, para que lo besara.

Después, madame Mathis presentó a todos los circunstantes al señor obispo. Los americanos estaban cohibidos y sin comprender para qué habían llevado allí a este obispo, que con voz triste se lamentaba de que no había bastante religión en Francia.

—¿Sabe usted lo que usted debía hacer?—dijo Orelio I a Mingote.

—¿Qué?

—Venir a mi reino y fundar el primado de la Araucania. Allí tendría usted más entrada que en España.

—¡Habría que ver!—repuso Mingote—. Yo no puedo hacer nada sin consultar con el arzobispo de Toledo.

Madame Mathis se acercó a Forinaya y le dijo:

—Yo no me atrevo a decir a su excelencia que hemos preparado una fiesta en su obsequio.

—Yo se lo diré; en España esto no tiene nada de raro—y Forinaya se acercó a Mingote y le dijo—: Perdone su excelencia; la señora de la casa y yo hemos preparado una pequeña fiesta en su obsequio con canto y baile; ¿quiere su señoría que comience la fiesta?

—Sí. sí; yo voy a rezar una oración y a hacer una reserva mental por si acaso.

—¿Qué es eso de una reserva mental?—preguntó madame Mathis.

—Es espiritualmente como ponerse un tubo de alcanfor en la boca—contestó Forinaya.

Miguelito cogió la guitarra y comenzó un punteado, que era la finura misma; luego, al llegar al punto matemático donde debía comenzar una copla, miró a las dos madrileñas y a Forinaya, y dijo:

—¿Nadie canta?

La madrileña bonita indujo a su hermana a que cantara.

—¡Pero si no sé!—contestó la fea con desgarro.

—Sí sabes.

—Bueno, allá va:

Compañerito del alma,
ya no me conocerás;
que mata más una pena
que una mala enfermedad.

Después de unas cuantas coplas comenzó el rasguear atropellado de la guitarra; las dos madrileñas, Forinaya y al último don Fausto, comenzaron a palmotear rítmicamente.

—Así, así—murmuraba Miguelito—. Basta. Ahora tú—dijo a su hija.

La muchacha se levantó, se colocó las castañuelas adornadas con cintas, arqueó los brazos y comenzó a bailar. A las primeras figuras el público se entusiasmó. Aquello era como un huracán de bravos, gritos, patadas, y los movimientos lascivos de la bailadora arrancaban un rugido a la concurrencia.

—¡Olé! ¡Olé!—decían españoles y sudamericanos entusiasmados.

—¡Vaya cardo!—añadía el señor obispo de Cogolludo.

Orelio I decía que importaría aquel baile a su país, y lo declararía baile nacional.

Madame Mathis llamó al hombre de la librea roja, y éste llegó con las bandejas llenas de pasteles y botellas con vinos generosos.

Bebió y comió todo el mundo, y pidieron a Miguelito que siguiera tocando. Comenzaba el hombre un pasodoble compuesto por él, cuando se oyó un campanillazo formidable. El criado de la librea roja avisó presuroso a madame Mathis que el portero venía a quejarse de parte de los vecinos.

—¿Quiere usted hacerme el favor de ir a ver lo que quiere ese bruto?—dijo la señora a Forinaya.

—Voy.

Forinaya salió del salón y se encontró con el portero jadeante y furioso.

—¡Es un escándalo!—gritaba—. Toda la vecindad está indignada con semejante alboroto!

—¡Chut! Calle usted—le dijo Forinaya.

—¡Cómo que calle! ¡No callaré! ¡Esto es un charivari!

—¡Chut! ¿No ve usted que es una fiesta española?

—No me importa nada. Que dejen de tocar.

—¿Pero no ve usted que están tocando el aire árabe? Un momento de silencio... En España esto se toca de noche... ¡Si viera usted!... ¿Usted conoce el país donde florece el naranjo?

—No, señor—gritó el portero—; no conozco ese país, no. Además, aquí no estamos en España, sino en París.

—¡Pero si es el aire árabe!

—Ya le he dicho a usted que no me importa nada.

—¡Si usted pudiera comprender la poesía que tiene el aire árabe... en España... al anochecer... cuando se respira el aroma de la flor del naranjo!

—Sí; pero aquí no estamos en España—chilló el portero—, sino en París; aquí no hay naranjos, ni tampoco Inquisición.

—Mire usted, señor conserje—dijo Forinaya—, eso que ha dicho usted me ha convencido; porque yo aquí, en el seno de la amistad, le diré a usted que tampoco soy partidario de la Inquisición. Vamos a beber unas copas. Deje usted que terminen de tocar el aire árabe, y luego callarán.

Se avino el portero refunfuñando, y Forinaya llamó al criado de la librea roja y le mandó que le trajese una botella, luego entró en el salón y acercándose a don Fausto le dijo:

—Es hora de huir; siento en el ambiente que alguien va a proponer una partidita al bacarrat, y estamos entre tahures. ¡Marchen!

Se levantaron los dos, y a pesar de las protestas de madame Mathis salieron del salón.

En el vestíbulo, el criado de la librea roja y el portero trincaban mano a mano.

—¡Sólo el aire árabe!—le dijo el portero ya amansando a Forinaya levantando la copa.

—Nada más.

Comenzaron a bajar las escaleras.

—¿Ha visto usted a Mingote?—dijo Forinaya.

—Está magnífico.

—Ese hombre va a ir lejos. Me arrepiento de haberle tratado tan mal. No le digo a usted nada ahora lo que va a pasar. Arrambla con los cuartos de

todos. Le propondrán jugar, dirá que allí no tiene dinero, le ofrecerán prestarle, y va a desbancar a todo el mundo. Y si pierde dirá que vayan a reclamarle al señor obispo de Cogolludo.

—La verdad que toda esta gente es extraña.

—La mayoría son caballeros de industria; otros proporcionan y venden cruces.

—¿Como las de Orelio I?—preguntó don Fausto.

—No, no; algunas auténticas; latón legítimo garantizado por el Estado: la Legión de Honor, la de Isabel la Católica, la de Carlos III, la del Cristo de Portugal... la Biblia se vende aquí.

—¿Y cómo las consiguen?

—Unas las consiguen, otras las falsifican. Cora Pearl, esa *cocotte* inglesa, ha proporcionado muchas cruces auténticas para venderlas.

Llegaron al portal, estaba abierta la puerta y salieron a la calle.

—¡Cuánta gente imbécil hay en el mundo!—dijo Forinaya—. Las cosas más absurdas, las más disparatadas, que parece mentira que haya nadie que las crea, tienen aceptación. Una de las invenciones de Mingote que más éxito han tenido, ¿sabe usted en qué consistía?

—No.

—Pues consistía en la formación de una partida internacional de bandidos en Sierra Morena, con sus oficinas en Londres.

—¡Qué disparate!

—El negocio tenía dos capítulos de ingresos; el de las acciones, que daban el ciento por ciento de interés, y el de la venta de los cargos de la partida.

—¿Pero había alguno que quería pertenecer a la partida?

—Sí, hombre. ¡Ya lo creo! Un zapatero de la calle de Montmartre le ha pagado a Mingote veinte duros por el título de capitán. Y el hombre quedó tan contento. ¡Si le digo a usted que esto es un manicomio! ¿Qué, se va usted hacia casa?

—Sí.

—Pues adiós, don Fausto.

—¡Adiós!

XIV

La orgía imperial

La noticia del destronamiento de Isabel II cogió a don Fausto de sorpresa. Al principio, cuando vieron las primeras noticias de la sublevación, don Fausto creyó que sería una de tantas; luego, al conocer el resultado de la batalla de Alcolea y el levantamiento general, don Fausto pensó en trasladarse a Madrid. Creía que su presencia allí produciría efecto; Bardón y todos los demás españoles revolucionarios habían pasado la frontera.

Los periódicos españoles no traían más que alocuciones y proclamas. Era la vulgaridad, la charlatanería más miserable, el continuo plagio de la Revolución francesa. En las esquinas de Madrid aparecía el letrero clásico de las revoluciones. «Pena de muerte al ladrón.»

Sin duda en España la Revolución no exaltaba las imaginaciones cuando los españoles se encontraban tan poco originales.

A don Fausto le encantaban estas cosas, sobre todo cuando se desarrollaban en paz y sin ningún peligro.

—Yo creo que alguien me escribirá para que vaya—pensaba.

Como era natural, no le escribió nadie para que colaborase en la Revolución. Don Fausto primeramente se apeó al ver que no se ocupaban de él; luego llegó a alegrarse.

Se contaban cosas terribles; desde París, España parecía una casa de locos; no se podía vivir seguro; en Málaga se sublevaban, y se sublevaban en Cuba y mataban a los gobernadores de Burgos y de Tarragona. Era horrible.

Los periódicos franceses pintaban a España como si estuviese ardiendo por los cuatro costados; luego en *La Ilustración* venían dibujos de Urrabieta, donde aparecían calles ocupadas por sublevados con zorongo o barretina, caminos en donde había hecho alto una partida carlista, en la cual figuraba un cura a caballo con el sombrero de teja atado a la barba con un pañuelo.

Estos jaleos ya no eran tan del gusto de don Fausto.

En París la Revolución española había tenido gran resonancia; los republicanos aplaudían a los españoles y se disponían a imitarlos, buscando la ocasión de destronar al Emperador.

Los revolucionarios esperaban que el Gobierno de Bonaparte, sostenido, como todo bajo imperio, por la violencia, la corrupción y el lujo desenfrenado, acabaría por la revuelta popular o por la sublevación de algún militar ambicioso y descontento.

Todos los gérmenes de descomposición se aviva-

van y tomaban más virulencia en la sociedad francesa. El Imperio tenía el aire de una institución vieja y muerta. La antigua canción *Partant pour la Syrie*, testigo de los entusiasmos por el tercer Napoleón, parecía una cosa arqueológica; en cambio las canciones republicanas, un momento olvidadas, volvían a tener boga. En la representación del drama de Dumas, *Blancos y Azules*, cuando se cantaba *La Chanson du Depart*, el público la coreaba con un entusiasmo loco.

Por toda Europa la Revolución avanzaba. Mazzini seguía conspirando en Italia; Garibaldi invadía los Estados Pontificios; las doctinas de Karl Marx se extendían por Alemania; Bakunin agitaba Rusia con sus doctrinas; y la Internacional, desde Londres, seguía haciendo prosélitos.

En Francia, Blanqui, Delescluze, Vallés y sus amigos organizaban una nueva Jacqueria; Rochefort atacaba la sociedad del Imperio con sus sátiras y Gambetta con sus discursos, y en el silencio la Internacional, desde un tercer piso de la plaza de la Corderie, un rincón que había entre el Temple y el Chateaux-d'Eau, iba laborando obscuramente y organizando las huestes del socialismo.

En las reuniones populares se pronunciaban discursos terribles; había oradores grotescos, como el ciudadano Gagne, partidarios de la antropofagia universal y del humanitarismo transcendente; otros se contentaban con predicar la República democrática y socialista.

Se decía que el Emperador asistía de incógnito a alguna de estas reuniones públicas.

Al mismo tiempo que la Revolución tomaba incremento, el Poder se debilitaba. La ex reina de España

se ponía en ridículo pleiteando los alquileres de su hotel de los Campos Elíseos, y se presentaba ante el público con una avaricia que seguramente no tenía, lo que daba lugar a que los periódicos radicales la llamasen Isabel la Llorona, y dijesen de ella que era la más divertida de las reinas destronadas.

Pío IX, todavía rey, mandaba fusilar a dos garibaldinos con motivo de la conspiración de los cuarteles. El futuro infalible fusilaba con una infalibilidad verdaderamente sorprendente.

Napoleón, viejo y alicaído, estaba enfermo de la vejiga. Su política fracasaba en todos los terrenos; Cavour le había engañado. Prim había iugado con él durante la campaña de Méjico; Juárez fusilaba a su amigo Maximiliano, y Bismarck se preparaba a dar el golpe de gracia al Emperador de los franceses.

Se hablaba de la guerra con Prusia como de una eventualidad muy posible. Unos decían que la deseaba el Emperador, otros que la Emperatriz. Rochefort había dado su versión en *La Lanterne*.

Según él, el rey Guillermo había enviado a las Tullerías como dama de honor a la condesa de Seydwitz, mujer de hermosura tan soberana, que había exasperado a todas las viejas damas de las Tullerías, comenzando por la Emperatriz. Esta, en sus reuniones de los lunes, aparecía adornada con el Regente, el diamante célebre de la Corona; pero al presentarse en los salones la bellísima condesa de Seydwitz, el Regente quedaba tan eclipsado como la Regente.

La Emperatriz, según Rochefort, quería la guerra solamente por celos. Claro que nadie podía tomar esto en serio, pero se reía de la corte y de la Emperatriz, que era lo que el libelista deseaba.

Los periódicos hacían una guerra furiosa al Impe-

rio; se publicaban un sin número de caricaturas contra los inquilinos de las Tullerías. Algunas, como las que firmaba Andrés Gil en *El Eclipse*, tenían gracia e intención; otras eran sencillamente odiosas. En éstas, la Emperatriz, con la cara larga y llena de lunares, los ojos grandes de pestañas muy pronunciadas, solía estar representada de bailarina o de camello; el Emperador de mono o de buey.

A pesar del incremento del partido revolucionario, el Imperio tenía acérrimos defensores, no sólo entre empleados y burócratas, sino entre gente de la aristocracia y del mundo de los negocios. Los periódicos afectos al Gobierno contaban misteriosamente que dos mujeres, una morena, y otra rubia, de talle esbelto y dulce y simpático rostro, recorrían por las mañanas el barrio de Saint-Germain l'Auxerrois, subiendo a las viviendas pobres y descendiendo de ellas con los ojos húmedos. Todo el mundo comprendía al leer noticias semejantes que los dos ángeles de guardilla eran la Emperatriz y una de sus damas de honor.

El aspecto sentimental de las virtudes católicas y elegantes tenía su cantor en el novelista Octavio Feuillet. Las novelas y dramas de este escritor a la *velutina* obtenían un gran éxito.

A pesar de los peligros que se vislumbraban para Francia, París se divertía como nunca.

La corte daba el ejemplo. Esta corte fácil, presidida por un soberano romántico, soñador e inepto, con una soberana graciosa e inteligente, rodeada por princesas y damas dignas de un cuento de Bocaccio, había enloquecido a París arrebatando el fondo de buen sentido de este pueblo, sensato siempre hasta en sus mayores locuras.

Al mismo tiempo que el vicio y la desmoralización, la prosperidad aumentaba, el dinero afluía a París atraído por empresas y sociedades nuevas, el Imperio sabía sacar provecho del creciente desarrollo industrial y presentarlo como resultado de su política.

A pesar de estos resplandores de crepúsculo, la declinación se iniciaba, y los que discurrían con serenidad veían próximo el cataclismo.

La descomposición de la sociedad daba mayores atractivos a la vida de la gente ansiosa de placeres. Había prisa por divertirse, por quemar la vida pronto y bien. Las grandes damas hacían la competencia a las bailarinas y las bailarinas a las grandes damas; las *cocottes* decían: «Nosotras somos las princesas actuales.»

Los escándalos se sucedían y no se contaban: unas veces era el descendiente de alguna familia real que bailaba en la Bola Negra o en Mabille, haciendo la competencia a Rigolboche o a Chicard; otras una duquesa que despertaba en un cuartel. De cuando en cuando aparecía el retrato de algún célebre escritor en mangas de camisa teniendo sobre las rodillas alguna muchacha de taller.

Mayor aún que la alta corrupción era la corrupción baja: las cervecerías y los cafes iban substituyendo a las tabernas; ya no existían la Corte de los Milagros, ni la Pequeña Polonia, ni la taberna del Conejo Blanco; los quinqués humeantes se reemplazaban por mecheros de gas, y los bancos y el papel grasiento por divanes y molduras; pero todo lo que ganaban estos chamizos en elegancia y en *confort*, lo perdían en pintoresco.

El vicio era en estos lugares un vicio feo, indus-

trializado, un vicio burgués. Las mujeres aparecían desnudas en los entresuelos de los cafés y los espectadores las echaban monedas.

Había una cervecería en el bulevar que llegó a tener gran fama; todas las noches, dos mujeres, una de ellas belga, rubia hermosísima, que se llamaba Tata, y la otra una Venus negra de Haití, se exhibían desnudas sobre la mesa de un billar.

Los gomosos iban a ver este contraste de mármol y de bronce y llenaban de monedas el pedestal de las dos Venus. Una noche se armó una riña entre los partidarios de la blanca y los de la negra, y cuando todo el mundo huía de allá quedó en la sala un hombre muerto...

A esta vida exclusivamente sensual correspondía un arte de la misma clase que se armonizara con la elegancia de las damas ataviadas por Worth, el rey de los modistos, que se acoplara con la mentalidad de los *clubmen* y de los aventureros de la Bolsa y del *turf*, y para eso estaban los valses lánguidos, nostálgicos, de Strauss y la música furiosa de Offenbach. Se necesitaba una literatura que no hiciese sentir, y Ponson du Terrail tenía sus innumerables tomos de Rocambole.

Rocambole era como una parodia del heroísmo, un personaje de novela de caballería salido del presidio, que entretenía como un juego de despropósitos y del que se hablaba como de un amigo ridículo y divertido.

Un aura de corrupción alegre circulaba por Francia; el matrimonio se consideraba casi como una cosa ridícula, y el Calchas y el Menelao, de *La Bella Elena*, eran símbolos de la época.

XV

Cómo se pierde la fe política

Hay algunos teólogos que han dividido la fe en interna y externa. La fe interna es la que está en armonía con la razón y que produce la creencia lógica; la fe externa es la que produce la sumisión a los dogmas incomprensibles.

Si la Iglesia asegurase como dogma el que dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí, o que las partes son menores que el todo, nosotros, al creer esto, tendríamos la fe interna; pero si la Iglesia afirmase, por ejemplo, que San Antonio es infalible para encontrar los dedales y las agujas que se pierden y San Expedito el único para concertar rápidamente los matrimonios, entonces nosotros aunque quisiéramos creer no podríamos tener más que la fe externa.

¿Cómo era la fe política de don Fausto?

Al parecer, interna, porque estaba basada en con-

vicciones. Sin embargo, su fe vaciló y sin ningún cataclismo cambió de rumbo como cambia un barco de dirección cuando una brisa suave estira una vela hasta entonces inútil y la hace hincharse y quedar abombada.

Pasó el invierno y comenzaron los primeros días de una primavera fría y lluviosa. Don Fausto siguió la vida acostumbrada.

Un día Clementina presentó a don Fausto a un español, el marqués de Vilches. ¿Con qué objeto?

No lo comprendió don Fausto.

Era el marqués hombre de más de cuarenta años, alto, flaco, de pelo negro, bigote y perilla, lo que le daba un tipo de alabardero.

Desde que el marqués comenzó a frecuentar la casa de don Fausto, no se oía hablar en ella más que de Isabel II y de su destierro. Rita, Clementina y Pilar manifestaban un gran entusiasmo por la reina destronada; todo se volvía hablar de su desgracia, de sus penas, de sus dolores. No parecía sino que, a excepción de ella, todas las demás mujeres del mundo eran ricas, dichosas y felices.

Un día Clementina pidió a don Fausto que la acompañase a ver el hotel donde vivía Isabel II. El marqués de Vilches les enseñaría todas las habitaciones.

Don Fausto se negó de plano.

—¡No, no, jamás!—dijo.

—Yo lo hago por Asunción—repuso Clementina.

—¿Y qué tiene que ver Asunción con esto?

—Que el marqués le hace la corte. Además, ha estado muy amable con nosotras.

—Bueno; pues no quiero que me vean entrar en esa casa.

Clementina tomó una actitud compungida y don Fausto se ablandó hasta prometer que le acompañaría al palacio Wasilewski.

Efectivamente, una tarde, después de almorzar, fueron en coche a la avenida del Rey de Roma, en donde tenía su hotel Isabel II. No era un palacio espléndido, como don Fausto se había figurado; tenía dos cuerpos de edificio y delante una verja limitando un jardín con árboles. En las puertas del palacio había flores de lis doradas y en la del medio la corona de España.

Llamó Clementina; un criado les abrió la puerta y les hizo pasar por en medio del jardín a una escalera regia e imponente. Entraron en la antesala y esperaron un momento. No había allí tapices ni cuadros. Era todo muy rico, lleno de dorados brillantes; daba la impresión de la casa de un banquero rico.

El marqués de Vilches vino apresurado a saludar a Clementina y a don Fausto.

—Soy con ustedes—les dijo—. Esperen ustedes un momento, porque todavía no ha salido la Reina.

—¿Cómo? ¿Está aquí la Reina?—preguntó don Fausto.

—Se conoce—contestó cándidamente Clementina.

—Pues yo me marcho, no quiero verla.

—No hagas ridiculeces. No la vamos a hablar; y aunque la habláramos, ¿quién lo va a saber?

Don Fausto se opuso. No, no quería ver a esta mujer caprichosa, supersticiosa, cruel, de una familia de imbéciles y de canallas, envenenada con todos los detritus y putrefacciones de una raza podrida; a esta mujer que había mandado fusilar a cientos de españoles y había embrutecido a la gente con las patrañas de Sor Patrocinio.

En esto, mientras don Fausto protestaba, se abrió una puerta, formaron en dos filas los criados y apareció la Reina en la antesala. Don Fausto intentó retirarse hacia atrás, pero Clementina le contuvo.

La Reina iba vestida con traje de paseo; hablaba con su secretario y con el marqués de Vilches.

De pronto se acercó a don Fausto y le tendió la mano; él, dominado por el ademán y por cierta majestad que creyó ver en aquella mujer gruesa y ordinaria, se inclinó y besó la mano. Clementina hizo lo mismo.

—Tú eres Bengoa, ¿verdad? — preguntó a don Fausto.

—Sí, señora.

—¿Tu padre era militar?

—Sí, señora.

—Lo recuerdo. Era un hombre muy guapo, muy simpático. Murió joven, ¿verdad?

—Sí, señora; cuando yo era niño.

—Y tu mujer, ¿de qué familia es?

—Mi padre, señora—dijo Clementina ruborizándose un poco—, era italiano y tenía una fábrica de sombreros.

—¿En Madrid?

—Sí, señora.

—¿En qué calle?

—En la calle del Carmen.

—¡Ah! sí, la recuerdo. ¿Y hace mucho tiempo que estáis en París?

—Hace ya bastante tiempo. Una hija se nos ha casado aquí.

—¿Pero pensáis volver a Madrid?

—Ne sabemos aún.

—Yo volvería. Nadie sabe el cariño que le tengo

a aquel pueblo.—Después, de pronto, dirigiéndose a don Fausto exclamó:—¡Pero cómo me recuerdas a tu padre! Me parece que lo estoy viendo. Bueno. Adiós. Adiós, Bengoa—y alargó la mano, que besó don Fausto y luego Clementina—. Venid por aquí. Tendré mucho gusto en veros.

Luego salió de la antesala a la escalera, bajó hasta el jardín y tomó el coche.

Al salir de allí, don Fausto no dijo nada, aunque comprendió que aquella entrevista había sido preparada por Clementina.

A los pocos días en *La Epoca* venía un suelto diciendo que el ilustre cronista don Fausto Bengoa había sido recibido por S. M. la Reina.

El periódico republicano en donde escribía don Fausto copiaba la noticia y esperaba la rectificación. A los pocos días, como la rectificación no viniese, en un artículo violento, lleno de lugares comunes, se hablaba de los tránsfugas como Bengoa que se pasaban al enemigo.

A don Fausto le agradaba que con cualquier motivo, aunque fuera denigrándole, se ocuparan de él, pero ante su mujer se manifestó digustado.

—Ahí tienes lo que he conseguido con esa visita—le dijo a Clementina, mostrándole el periódico.

—¡Bah! ¡Esos periódicos asquerosos! ¿De eso te ocupas?... El otro día me dijo el marqués si querías una cruz.

—¡Una cruz! ¿Para qué? ¡Ahora, si fuera la de la Legión de Honor!

—¿Esa la tomarías?

—¡Ya lo creo!

—Pues si la quieres la tendrás.

XVI

Dos compadres

A este bar americano próximo al pasaje Jouffroy, servido por hermosas mujeres, frecuentado por bolsistas, cómicos, periodistas y hombres de mundo, solía ir el ex presidente don Perfecto Martínez, príncipe de la Bahía. Don Perfecto ocultaba su título pontificio allí donde pudiera resultar grotesco, pero, donde no, lo sacaba a relucir con entusiasmo.

El ex presidente se dedicaba a tomar wisky y a beber una enorme cantidad de alcohol, disfrazado con extraños jarabes de colores que tenían un gusto a botica.

El bar americano era la última novedad, y don Perfecto, como buen rastacuero, se sentía en la obligación de respetar la moda como una cosa sagrada.

Aquella tarde el príncipe ex presidente había cita-

do para las cuatro en punto a Darcey, el amante oficial de Rita.

Darcey opareció en el bar un poco antes de la hora citada, y a las cuatro en punto el coche de don Perfecto se detuvo a la puerta del establecimiento.

Descendió el americano, saludó a Darcey y se sentó.

—Ha venido usted con una exactitud matemática—dijo Darcey.

—Yo siempre soy exacto en mis citas—contestó don Perfecto—. En América no se acepta que uno pueda hacer perder el tiempo a otro.

—Es natural. Es muy molesto esperar a una persona horas y horas.

Don Perfecto contempló a Darcey un momento con atención.

—¿Qué me mira usted, don Perfecto?—preguntó el francés sonriendo.

—Tengo que decirle a usted algo grave, y no sé por dónde empezar.

Darcey palideció un tanto, sonrió violentamente, y dijo:

—Empiece usted por el principio; me parece lo mejor.

—¿Me promete usted no indignarse con lo que le diga?—preguntó don Perfecto.

—¡Hombre! Según...—dijo Darcey en guardia, con un tono agresivo.

—Se trata de una proposición que le tengo que hacer. Usted la acepta o no.

—Bueno. Veamos la proposición. Creo que debíamos salir de aquí, porque hay mucha gente.

—Me parece lo mismo. ¿Quiere usted acompañarme un rato en coche?

—Sí, señor.

Pagó don Perfecto, salieron el francés y el americana del bar, y entraron en el coche.

Se dirigieron hacia la Magdalena.

—Usted conoce esta carta, ¿verdad?—dijo de pronto don Perfecto mostrando un billete perfumado que había sacado de la cartera y entregándoselo a Darcey.

—¡Una carta de Rita!—dijo éste—. ¿Cómo se encuentra en su poder esa carta?

—Ya se lo explicaré luego. Usted conoce la carta, ¿no es verdad?

—Sí. Pero, ¿a qué viene este interrogatorio?

—Me ha prometido usted no indignarse. Espere usted que llegue a la proposición. No hay en mí idea agresiva respecto a usted. Quiere que nos expliquemos amistosamente. Usted es el amante de Rita, ¿no es eso?

—Sí.

—Usted es joven, de buena presencia, elegante, distinguido... ¿Quiere usted cederme esa mujer?

—Usted se burla, don Perfecto?

—No, ya le he dicho que quiero que nos entendamos. Hablemos claro. A la americana. Yo estoy loco por esa mujer. Usted puede encontrar otras mujeres, yo no. Primeramente porque estoy enamorado de ella. Además, porque estoy viejo, gastado. ¿Para qué más explicaciones? ¿Cuánto quiere usted por cederme esa mujer?

—¡Yo!

—Sí.

—¿Pero usted por quién me toma? Usted me insulta.

—Le daré a usted veinte mil francos.

—No.

—Hay otra cosa—dijo don Perfecto fríamente—, que quizá cambie su resolución.

—¿Y es?

—Es que yo conozco su pasado.

—¿Mi pasado?

—Sí.

—¡Bah!

—Sí; créalo usted. Así que yo le presento este dilema: o mi enemistad, y en ese caso la ruptura con Rita al saber el pasado de usted, o mi buena amistad cediéndome esa mujer y entregándole yo veinte mil francos. Piénselo usted. Veinte mil francos en el acto.

—¿En el acto?—murmuró Darcey con la voz algo ronca.

—En el acto—dijo don Perfecto.

Darcey bajó la cabeza, golpeó con el junquillo sus botas de charol, estuvo contemplando a don Perfecto de través, luego de pronto, decidiéndose, dijo:

—¿Qué hay que hacer?

—Usted tiene citas con ella.

—Sí.

—Casi todos los días.

—Sí.

—¿En dónde?

—En una casa de la calle de Richelieu.

—¿En un hotel?

—Sí, es en un hotel donde van mujeres casadas.

—¿Cuándo va usted a verla?

—Mañana. Antes de venir aquí he recibido una carta suya—y Darcey sacó una cartita perfumada que decía así. «Espérame pasado mañana a las seis. Ten todo preparado. Tu querida, *Rita*.»

—La carta, ¿está firmada?

—Sí, mire usted—y le enseñó el papel.

—Es una mujer encantadora—murmuró don Perfecto, tomando la carta entre sus manos temblorosas.

—Bueno—dijo fríamente Darcey—, ¿qué quiere usted hacer?

—Sencillamente, una substitución. En ese hotel de la calle de Richelieu probablemente casi todos los cuartos tendrán dos puertas.

—No sé. ¿Por qué lo supone usted?

—Me ha dicho usted que va mucha mujer casada. En el caso de una sorpresa hay que asegurar la huída.

—Tiene usted razón—dijo Darcey, encontrando más inteligente de lo que él suponía al americano.

—De modo—terminó don Perfecto—, que busca usted un cuarto que tenga dos puertas, y cuando esté Rita dentro, usted sale por una puerta y yo entro por la otra.

—Eso es; ¿y el dinero?

—El dinero lo cobrará usted en el Crédito Lionés con un cheque... ¡A casa!—dijo don Perfecto al cochero.

Durante el trayecto desde el sitio en donde estaban hasta la casa del ex presidente, que vivía en un hotel de los Campos Elíseos, los dos hombres fueron silenciosos, esquivando las miradas.

Al llegar al hotel donde habitaba, don Perfecto bajó del coche rápidamente, y le siguió Darcey.

—Espéreme usted un momento en la sala de lectura—dijo el ex presidente.

Darcey esperó; al poco rato volvió don Perfecto con un talonario, arrancó un cheque y escribió y

afirmó. Darcey examinó el papel rápidamente y lo guardó en el bolsillo.

—Estamos de acuerdo. Mañana en la calle de Richelieu a las cinco.

—Estamos de acuerdo—contestó Darcey.

Don Perfecto tendió la mano, pero Darcey saludó con el sombrero y se fué...

La substitución se verificó sin escándalo; una noche Rita volvió a su casa pálida y demudada. Darcey desapareció, y desde entonces se vió a don Perfecto acompañando a todas partes a Rita.

XVII

Efectos de una cinta roja en el ojal

Llegó el verano y don Fausto celebró dos gratos sucesos: uno el bautizo de su nieto, hijo de Aníbal y de Pilar; el otro el nombramiento de caballero de la Legión de Honor.

Las cosas marchaban bien. El marqués de Vilches había pedido la mano de Asunción y, al parecer, la muchacha no se acordaba ya de Yarza.

Gálvez, Rita y don Perfecto fueron a veranear a Interlaken, y, según se decía, el ex presidente intentaba casarse con Rita.

Mellado, que había quedado en París encargado de los asuntos de Gálvez, visitaba todos los días a Clementina.

Don Fausto, curado de espanto, se preguntaba:

—¿Se habrá entendido ésta con Mellado?

Ya, lo mismo le daba. De la preocupación por estas cosas había pasado a la indiferencia más abso-

luta y completa. No era un cínico, sino un despreocupado.

Entre aparentar y ser hay mucha menos distancia de lo que generalmente se cree. Los valores morales no tienen la comprobación de los físicos o los químicos; un valor moral o intelectual es siempre recusable dentro de lo posible.

Las famas de Shakespeare, Miguel Angel o Velázquez pueden ser resultado de una convención; seguramente lo son en parte; pero, aunque lo fueran en todo, siempre serían las más altas del mundo artístico.

Si se pudiera medir exactamente la fuerza dinámica de los hombres, con seguridad los más fuertes no serían los más conocidos ni los más ilustres. Las necesidades del medio social son las que crean los grandes hombres.

¡Aparentar! ¡Ser! Para don Fausto comenzaban a confundirse estos conceptos. Si se hubiera visto despreciado como marido engañado y consentido, se hubiera encontrado a sí mismo miserable; pero se veía considerado, rico, con una cinta roja en el ojal, y se sentía grande.

Toda la dignidad de los hombres está en eso, en un galón más o en un galón menos, en una pechera blanca, o en un tricornio. Sin estos atributos, el hombre alto o bajo es casi siempre un gañán, cuando no es un gorila.

El primer día que don Fausto recibió el nombramiento de caballero de la Legión de Honor, se puso su cinta roja en el ojal y pensó marcharse al barrio Latino.

—Primero tienes que ir a dar las gracias a la Reina—dijo Clementina.

—Bueno; vamos.

Don Fausto se vistió de levita y puso su cinta en el ojal. Almorzaron juntos marido y mujer, y a los postres se presentó madame Savigny.

Clementina había pedido un coche descubierto, y los tres entraron en el landó. En el portal estaba el vecino, el paseante de la estación de San Lázaro, quien al ver la cinta roja en el ojal de la levita de don Fausto, quedó maravillado e hizo un saludo ceremonioso.

—¿Quién es este señor?—preguntó Clementina.

—Es un vecino—y pensó interiormente:—Y uno de la cofradía.

El coche tomó por el nuevo bulevar Haussmann hasta la plaza de la Estrella, y se detuvo en el hotel de Isabel II.

Su Majestad había salido.

—Vamos al Bosque—dijo Clementina al cochero.

Tomaron por la Avenida de la Emperatriz, hasta salir al Bosque de Bolonia por la puerta Dauphine. Luego, marchando despacio por Longchamps, se dirigieron a dar la vuelta al lago.

Todas las avenidas próximas estaban llenas de gente; el sol brillaba en las sombrillas rojas y blancas de las señoras arrellanadas en las carretelas; los caballeros de levita abotonada y patalón gris perla caracoleaban en sus caballos ingleses.

De pronto se vió acercarse una compañía de coraceros; sus petos y sus espadas centelleaban; los coches se detenían, los jinetes formaban sus caballos en fila.

—¡El Emperador! ¡El Emperador!

El cortejo se acercaba levantando una nube de polvo.

Clementina, madame Savigny y don Fausto se pusieron de pie en el coche, y entre las dos filas de la Guardia Imperial se vió al Emperador hundido en el asiento con un aire fatigado y triste, y a la Emperatriz sonriente que saludaba a un lado y a otro.

—Mala facha tiene este hombre—dijo don Fausto.

—Sí, no parece que está bueno—añadió Clementina.

Madame Savigny, llevada por su fervor dinástico, no había notado el aspecto decaído del Emperador; pero, en cambio, encontró a la Emperatriz más joven y más bonita que nunca.

Después de dar otra vuelta por el lago, volvieron hacia el centro, pasaron por la calle de la Paix, entraron en Tortoni, y al anochecer llegaron a casa.

Don Fausto quería lucir su cinta roja, y al día siguiente por la mañana salió con esta intención. Por todas parte en donde se presentaba veía que la cintita roja le daba grandes preeminencias; el portero al verle le saludó más cariñosamente que de ordinario, y el mozo del café de Mulhouse le sirvió con mayor premura y le felicitó al mismo tiempo y le estrechó la mano.

Después de comer se dirigió al barrio Latino; quería dar una vueltecita por el Luxemburgo con su cruz.

Tomó por la calle de Richelieu, pero al llegar al Louvre comenzó a caer un chaparrón. Se detuvo don Fausto en una arcada del Louvre. La lluvia tibia, de grandes gotas anchas, caía resonando en el suelo. La gente corría y entraba a guarecerse en los arcos con el sombrero mojado.

Durante un momento las gotas formaron como

una cortina de agua, tan espesa, que no permitía ver a corta distancia; luego la lluvia cesó de pronto y salió de nuevo el sol.

Don Fausto salió del arco y atravesó el puente. En la otra orilla, los libreros del pretil del río volvían a abrir sus cajas.

Don Fausto tomó por la calle Mazarina.

—Tengo todo el tipo de un profesor—se decía mirándose coquetamente en los escaparates.

Salió a la Encrucijada de la Cruz Roja, y por la calle del Vieux Colombier subió a la plaza de la iglesia de San Sulpicio.

Se dirigió a la calle de Vaugirard, se asomó al restaurante Español y entró a descansar en el café Voltaire.

No había ningún conocido.

Se levantó, y al ir a salir al bulevar Saint-Michel se encontró con don Segundo Paz.

—Hombre, ¡cuánto tiempo que no se le ve a usted! ¿Ha salido usted de París?

—No. Es que vivo en el otro barrio.

—¿En dónde vive usted?

—Allá por el barrio de la Europa.

—¡Hombre! Aquél es un barrio de *cocottes*.

De pronto, don Segundo, al ver la cinta roja en el ojal de don Fausto, lanzó una exclamación de asombro, y preguntó:

—¿Qué, le han dado a usted la Legión de Honor?

—Sí.

—¿Y por qué?—volvió a preguntar agriamente.

—Parece que estos artículos que yo escribo se los llevaron a la Emperatriz y le gustaron, y se le ocurrió darme la cruz.

—Así pasa todo—murmuró don Segundo, furio-

so—. Y no es que a mí me importe tener una cruz, no; ¿pero que uno se esté aquí matando hace cincuenta años por cuestiones de Pedagogía y no le alienten! Hace unos años me propusieron para las Palmas Académicas, y el ministro dijo que no, que soy un revolucionario.

Don Fausto se hizo el sorprendido, y reconoció que efectivamente era una injusticia muy grande.

Don Segundo se despidió de él dándole una enhorabuena de muy mala gana.

Don Fausto, triunfante, quería que todos sus conocidos se enteraran de su condecoración, y fué a la Cour de Rohan.

Trabajaba Paulina delante del balcón, pero no bordaba como otras veces. El viejo Stahl la acompañaba.

Don Fausto preguntó a Paulina por Yarza, y ella, ruborizándose, dijo que ya no le veía hacía mucho tiempo.

Don Fausto notó que la muchacha estaba confusa.

—¿Qué hace usted?—la dijo—. Ya no borda usted como antes.

Las mejillas de Paulina se incendiaron, y hasta la frente se le coloreó de rubor.

—No; ya no borda—contestó el viejo, riendo maliciosamente—. Ahora trabaja para ella y para mi hijo. Parece que van a formar sociedad los dos.

—¿Cómo sociedad?

—¡Sí, van a cometer el error de casarse!

—¿De veras?

—Sí—contestó Paulina turbada.

—Pues entonces, felicidades. Tendré el gusto de asistir a sus bodas, y ustedes tendrán la satisfacción de que vaya un señor condecorado como yo. Porque

me han dado la cruz de la Legión de Honor—y don Fausto mostró la cinta roja de su levita.

—Muy bien—dijo Paulina—; seguramente la merece usted.

El viejo Stahl miró varias veces la cinta, y como buen avaro preguntó:

—Y eso le dará a usted dinero, ¿verdad?

—No.

—¿Y entonces para qué sirve?

—Es un honor, una distinción—replicó Paulina.

Don Fausto notó que el viejo grabador se sonreía y probablemente comenzaba a pensar en la locura humana, y, dando por terminada su visita, fué a buscar a Pipot.

—A ese le va a gustar verme condecorado.

Fué a la calle Galande y entró en casa de Pipot.

—No está—le dijo la portera—; ha salido hace un momento.

—¿Y la familia, bien?

—Bien.

—¿Y Nanette?

—No me hable usted de ella. No quiero saber nada.

—¿Pues qué ha pasado?

—Que se ha ido de casa con un hombre.

—¿Y no la ve usted?

—No, ni quiero. Para mí como si no fuera mi hija.

—¿Y no sabe usted dónde para?

—No. Ni me ocupo de eso. En la Prefectura lo sabrán.

Don Fausto salió a la calle asombrado. No comprendía bien por qué esta portera tenía ideas tan rígidas acerca de la honra. Le parecía una cosa ridícula, como si le hubiese dicho que era descendiente

de los Montmorency y que sus antepasados habían estado en las cruzadas. Don Fausto fué al café del Museo de Cluny; no estaba allí Pipot, y volvió de nuevo hacia el barrio de Saint-Séverin a ver si lo encontraba en la taberna Alsaciana.

Le sorprendía que este barrio, al cual en otro tiempo se habían acostumbrado, fuese tan siniestro y tan pobre.

Era ya al anochecer; de las tabernas salían tipos lívidos de borrachos crónicos, con los ojos sin expresión y los labios colgantes. Aparecían en las puertas de las casas mujeres desarrapadas, en chanclas, con un plato en la mano o con una botella.

En alguna rinconada unas cuantas viejas encorvadas, barbudas, charlaban con la boca sin huesos. Tocaban las campanas de San Severino, y había en todas aquellas callejuelas un olor de sebo que escapaba de los portales y tiendecillas donde se vendían patatas fritas. En alguna de aquellas cervecerías se veía, por entre los intersticios de las cortinas, en el fondo, algunos tipos de saboyanos que jugaban en una mesa de billar infecta.

Al acercarse a la taberna Alsaciana, oyó don Fausto gritos y voces.

Se asomó a la puerta, y entre el humo vió que alguien le llamaba. Era Pipot, con *Capitán* a sus pies.

Acababa de venir de Londres, donde había ido a hacer un pequeño negocio con su específico.

—Un pa... pa... país extraño... ver... ver... verdaderamente extraño.

Y contó tales cosas que indudablemente no podían existir más que en su imaginación. El mismo *Capitán*, según dijo Pipot, había quedado asombrado de las costumbres de aquel pueblo nebuloso y del in-

dividualismo agresivo de sus congéneres de la raza canina.

Mientras hablaba Pipot, don Fausto pudo saludar a Raul Rigaul y a Saint-Preux, que estaban en la taberna. Don Fausto se arreglaba la solapa de la levita con el objeto de que Pipot notara la cinta encarnada; pero el tartamudo no se daba cuenta. Tantas cosas hizo don Fausto, que Pipot se fijó.

—¿Qué lleva usted ahí?—le dijo.

—Nada. Es la cruz de la Legión de Honor que me han dado estos días.

—¡La cruz de la Legión de Honor!

—Sí.

—¡Hombre! No se ponga usted porquerías de Badinguet. ¿No ve usted que las reparte entre sus peluqueros y sus lacayos?

Don Fausto se sonrojó, y Pipot, sin dar más importancia a la cuestión, siguió hablando con volubilidad de otras cosas.

Al despedirse de Pipot, don Fausto fué a casa pensando que su amigo no tenía sentido de la realidad, y que sería conveniente dejar de frecuentar su trato.

XVIII

Sentimiento de otoño

El otoño había hecho su presentación en París; un otoño amable, suave, de días grises y de nieblas densas.

Don Fausto y su vecino, siempre que el tiempo se lo permitía, iban a los pueblos de los alrededores, a Versalles, a Saint-Cloud, a Fontainebleau.

Les gustaba a los dos pasear por aquellos soberbios parques, marchar por los caminos llenos de hojas secas, y al anochecer, ya de vuelta en la ciudad, ver en el aire gris azulado cómo brillaban a lo lejos, entre la bruma, las luces de los coches y de los faroles.

El fecundo otoño, la época de los frutos sazonados, tiene fama de triste. Es una fama propagada por poetas llorones que no han paseado por el campo cuando los árboles empiezan a amarillear.

El otoño da casi siempre una impresión de reali-

dad, de plenitud, de vida; la primavera, en cambio, es más melancólica. El otoño es alegre porque ante la Naturaleza que parece morir, el hombre se siente fuerte; la primavera es triste porque es la decoración espléndida en donde el hombre no puede casi nunca poner su acción.

El día de Mayo es magnífico: el sol brilla, las praderas ríen, la Naturaleza grande, indiferente, se ha rejuvenecido con la misma fuerza de la primavera pasada; pero el hombre se encuentra pequeño y triste porque siente su insignificancia, ve que cada año que pasa es un año menos de vida, ve que no se renueva como el árbol, ni como el arroyo, ni como la nieve del monte, y que lo que muere en él no vuelve a brotar jamás.

No, el otoño no es triste. En sus días, el cielo se muestra suave y vario, amable y versátil, el sol amarillo dora las rojizas copas de los árboles, y las hojas secas crujen bajo los pies alegremente...

Don Fausto y su vecino se iban haciendo los dos partidarios del campo. Ambos maridos engañados y filósofos, el uno contento con su vida tranquila y sus paseos por la estación de San Lázaro, el otro encantado con su cruz de la Legión de Honor, creían uno y otro haber cumplido su misión en el mundo.

Habían llegado a esa altura desde la cual se comienza a ver la vanidad de las cosas humanas, comprendían que todo tiene su tiempo determinado, y que el tiempo de indignarse había pasado para ellos.

En posesión de esta verdad, se dedicaban únicamente a la contemplación de la Naturaleza.

Se sentaban en un banco y charlaban.

De cuando en cuando, las nubes mostraban un

cielo azul, pálido, dulce como una caricia, y dejaban pasar los rayos de un sol amarillento como enfermo de anemia. Algunas veces cruzaban el cielo bandadas de pájaros, dibujando con sus formas negras un ángulo agudo; una urraca lanzaba su grito burlón entre el follaje, algún cuervo pasaba muy cerca graznando, transparentándose sus alas moradas en la claridad del espacio, y a lo lejos resonaba el alarido doliente de una locomotora.

En aquellos grandes parques, en los jardines bien cuidados, a pesar del perenne verdor de la hierba, se sentía como en parte alguna el paso del otoño; montones de hojas amarillentas se humedecían con la lluvia; otras grandes rojizas, llevadas por el viento, corrían y jugueteaban por las avenidas enarenadas. El agua reposaba en los grandes estanques; tan sólo algunas burbujas se desprendían del légamo del fondo a romperse en la serena superficie, y las hojas secas quedaban inmóviles en el líquido cristal. Las ondinas de piedra, los padres ríos de grandes barbas, ostentaban su cuerpo verdeante por los musgos y los líquenes. En el bosque, algunos árboles parecían de cobre; otros, desnudos y negros, se destacaban en el ambiente gris como tenues humaredas flotando sobre la tierra, y algún nido ya abandonado aparecía entre las ramas descarnadas.

El vecino de don Fausto era hombre de una ingenuidad paradisíaca. Tenía una ignorancia inaudita de las cosas del campo. La operación más sencilla, el ver podar o injertar, le producía una admiración cándida y sincera.

Don Fausto, a su lado, era más campesino que un personaje de Virgilio. Don Fausto filosofaba; le hacía ver al vecino cómo todos los seres y las cosas toma-

ban una nueva posición ante la severidad amenazadora del invierno.

—Antes de que llegue esa época de recogimiento—le decía—, ¿no es verdad que se siente como una nostalgia de actividad, como un deseo de preparar el nido? El campo comienza a ahuyentar a sus enamorados, y la gente se refugia con gusto en la ciudad, y mira como una cosa nueva la luz de gas de un escaparate.

—Es verdad, es verdad—murmuraba el vecino.

Y volvían los dos a París. El aire estaba húmedo; al anochecer, la niebla espesa llenaba el Sena, no se veía más que a corta distancia.

Y don Fausto le hacía notar a su amigo cómo el bulevar tenía más alegría que nunca, cómo en las calles donde hormigueaba la multitud se sentía la fiebre del placer, y le mostraba los cafés atestados y las mujeres más seductoras e incitantes.

Luego llegaban a casa don Fausto y el vecino, y se despedían en la escalera.

Don Fausto se metía en su cuarto y encendía la lámpara.

Le servía la cena Niní; después leía los periódicos al lado del fuego. Atizaba de cuando en cuando la lumbre, y muchas veces quedaba embebecido contemplando las llamas. Al irse a acostar, al cerrar las maderas, echaba una mirada a la calle, y veía entre la niebla un pobre mechero de gas azotado por el viento...

Oía desde la cama el murmullo de la lluvia y el gemido del aire en las chimeneas.

Es la voz del otoño, pensaba, la voz del buen sentido y la sabiduría que hablaba y decía suavemente:

¡Desdichados los que no tienen hogar! ¡Felices los

que ahora duermen entre sábanas! No os preocupéis por lo que hagan vuestra mujer o vuestro amigo. ¿Qué importa eso ante los siglos que pasan? Todas vuestras construcciones grandes o pequeñas serán barridas por el vendaval de las horas, que corren frenéticas. ¡Saboread el minuto presente! ¡Aprovechad la vida! Cada día es una ganancia sobre el abismo que nos rodea. ¡Exprimidla! ¡Abandonad lo imposible! Reducid vuestros proyectos a los estrechos límites de la existencia, y puesto que la vida es breve, no intentéis llevar demasiado lejos vuestros planes.

Y don Fausto escuchaba esta voz del buen sentido y de la sabiduría, y quedaba dormido.

XIX

El Matrimonio y la Metafísica

Carlos Yarza y Asunción habían seguido sus amores, viéndose con frecuencia en la calle o en casa de Pilar, escribiéndose muchas cartas y teniendo alternativas de entusiasmo y de frialdad.

Asunción se mostraba celosa unas veces de Paulina Acuña, a quien no conocía, pero odiaba, tanto había oído hablar de ella con elogio; otras veces los celos se motivaban por María Victoria, la hija de Rita, que manifestaba una gran simpatía por Carlos.

Yarza veía claramente que si alguno de los dos podía creerse con motivos para estar celosa, era sin duda él, pues Asunción, desde que habían cambiado de casa y mudado de vida, manifestaba unas grandes condiciones para la coquetería.

A pesar de que las sospechas herían a Yarza, se esforzaba en ahogar el germen de los celos y en mos-

trarse siempre cortés y tranquilo; pero muchas veces no podía.

Manifestar celos, y sentirlos aún más, le parecía un sentimiento de una vileza impropia de un estoico. Demostrar que los actos de otro, aunque ese otro fuera una mujer deseada, podían influir en su tranquilidad de una manera decisiva, era indudablemente dar prueba de espíritu débil y mezquino.

Abandonar la armonía dinámica de su ser en manos de una muchacha coqueta y caprichosa, ¿no era una estúpida locura? Sin embargo, a pesar de sus pensamientos, Yarza se sentía deprimido y celoso.

Cuando supo que el marqués de Vilches hacía la corte a Asunción con asentimiento de los padres, y que ella coqueteaba con él, creyó llegado el momento de romper sus amores. Se hablaba de la boda próxima de Asunción con el marqués.

Yarza se acordó de sus propósitos de huir en el momento del peligro, vió que estaba excesivamente preocupado y no supo qué resolución tomar. La misma facilidad que tenía para un rompimiento le indignaba.

Muchas veces se está esperando un motivo, un pretexto para rechazar una amistad o un amor o un sentimiento cualquiera, y cuando ese sentimiento antes de llegar a nosotros huye y se aleja, los que pensábamos rechazarlo, al verlo escapar corremos tras él locos, y con él nos parece que se marcha nuestra felicidad.

Yarza, al ver que Asunción huía de él, sintió avivados sus deseos, y en una carta le pidió un momento de conversación.

Ella le citó en casa de Pilar. Asunción negó todo:

ni ella coqueteaba con el marqués, ni pensaba casarse con él.

—Pues entonces, ¿por qué va el marqués tan frecuentemente a tu casa?

—Porque es amigo de mamá.

—Es amigo de mamá, pero habla contigo siempre.

—¿Y qué voy a hacer? Estoy en casa, no voy a esconderme.

Yarza, con esta clase de contestaciones estúpidas, sentía que le sofocaba la ira. Aquella movilidad de sentimiento y de ideas, aquel negar ligero de todo entre risas, le perturbaba.

—¿Sabes?—dijo de pronto—. Aquí la única solución sería que vinieras a mi casa y te casaras conmigo.

Asunción no contestó.

—¿No te parece?

—Sí—dijo ella sin entusiasmo alguno.

—Sí, pero no quieres—replicó él.

—No, yo no he dicho que no quiera.

—No lo has dicho, pero se te nota. ¿Es que tienes miedo a desobedecer a tus padres?

—No.

—Entonces, ¿por qué no quieres vivir conmigo?

Asunción calló. Luego, en un arrebato de sinceridad, exclamó:

—¡Pero para qué quieres obligarme a vivir mal!

Yarza sintió como un hierro frío que le penetrara las entrañas, palideció y no pudo contestar nada.

Asunción miró a Yarza y murmuró a su oído:

—No te incomodes. Soy como un niño, me asusta la pobreza, pero no me odies por eso, haré lo que quieras. Ahora me voy. ¡Adiós!—y le presentó la mejilla.

Yarza, desfallecido, salió de casa de Pilar. Su ira se había convertido en un aplanamiento profundo. Pensar que Asunción coqueteaba con el marqués por ligereza, por vanidad, y se olvidaba de él, le llenaba de celos; pero ver que se alejaba de él, no por un capricho de un momento, sino por el miedo a la estrechez, a la pobreza, a la casa miserable, al trabajo diario y mal retribuído, esto ya no le producía cólera, sino tristeza y lástima de sí mismo y de todos los que vivían como él.

Para Asunción, indudablemente, el vivir bien o mal era una cuestión de convicciones, de ideas, y le parecía que Carlos tenía la ocurrencia tonta de querer vivir mal. Si Carlos hubiese querido ser como todo el mundo, ella sería su mujer y le adoraría.

No comprendía Asunción que la prosperidad que veía en su casa estaba sostenida en la más absoluta miseria moral, y aunque lo hubiera comprendido no se hubiera explicado que Yarza prefiriese vivir dignamente en un rincón a tener que sacrificar continuamente su orgullo.

Asuncioncita encontraba el mundo tan bien, ¡tan armónico, tan arreglado! Tenía el convencimiento íntimo de que si ella vivía bien y tenía dinero no era por una casualidad de la suerte, sino por un mérito especial suyo. En el caso de una princesa más rica y más agasajada que ella, ya encontraba que había algo de injusticia o de usurpación; pero, en cambio, estaba coovencida de que el que no vivía, bien era porque no tenía mérito para ello.

Yarza, después de recibir la repulsa de su novia, se encerró en su casa y se encarnizó en el trabajo.

—Ya que todo lo que le rodea a uno es desagradable—se dijo—, trabajemos hasta echar las tripas.

Por su parte, Clementina se esforzaba en que Asunción olvidara a Carlos. La llevaba a todos los teatros y fiestas. Clementina pensaba que le era indispensable para coronar su éxito el adornar la familia con un nombre aristocrático.

Clementina, amistosamente, sin querer utilizar su autoridad de madre, sondeó los sentimientos de Asunción, y encontró que la muchacha pensaba a todas horas en Carlos.

Clementina explicó el caso a madame Savigny, y le pidió que hablara a su hija, que la convenciera, y hasta que insinuara, en último término, que había medio de realizar la ambición y el amor.

Madame Savigny ofreció poner su elocuencia persuasiva al servicio del intento de su amiga.

Clementina envió varias veces a Asunción a casa de madame Savigny.

Vivía esta anciana dama en un piso alto del bulevar Haussmann; tenía las habitaciones adornadas con elegancia y con gusto. La vieja serpiente se encargó de quitar a Asunción toda idea metafísica acerca del matrimonio.

Una tarde, después de tomar el té, madame Savigny dijo a la muchacha riendo:

—¡Me ha dicho su mamá que no quiere usted casarse con el marqués! ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Y por qué? El marqués es un hombre de buen tono, amable, simpático...

—No digo que no.

—Y casándose con él reuniría usted una magnífica renta y un título. Lo que es una cosa muy bonita.

—Sí, es verdad; pero...

—¿Pero qué? Hable usted claramente, querida mía. Yo no soy más que una amiga que quisiera verla a usted rica y marquesa. ¿Cuál es ese inconveniente?...

—Que no le quiero.

—¡Oh! Le llegará usted a querer.

—No, no; estoy segura de ello.

—¿Y por qué tiene usted esa seguridad?

—Porque le quiero a otro hombre.

—¿Al amigo de su padre?

—Sí.

Madame Savigny llenó una taza de té, echó en ella un poco de ron y unos terrones de azúcar, y sonriendo dijo:

—Hija mía, el matrimonio no es en París, y entre la aristocracia, lo que es entre la gente pobre, en una aldea. Usted tiene ideas españolas acerca de esa cuestión. Aquí no se considera de buen tono vigilar a las mujeres ni ser celoso. Y aunque el marqués sea español, comprenderá, viviendo en París, y si no nosotras le haremos comprender, que a una parisiense, y usted es una parisiense ya, no se le encierra como a una odalisca ni se le toma como a la mujer de un colono para poblar de hijos el mundo.

Asunción enrojeció un poco al oir esto.

—Pero madame Savigny—dijo—, una mujer debe ser siempre fiel a su marido.

—Sí, ¡claro!; yo no digo lo contrario. ¡Líbreme Dios de afirmar una cosa tan inmoral!... ¡ja... ja... ja!... No, no, querida mía. Pero en todo esto hay sus grados. Esas ideas de Juan Jocobo Rousseau acerca de la fidelidad y de que las mujeres deben de amamantar a sus hijos han pasado un poco de moda.

—¿Pero usted cree, madame Savigny, que una

mujer casada que tiene un amante es digna de consideración?

—Me pone usted en un compromiso, querida Asunción. ¿Un amante? ¿Dignidad?... ¡Vaya una conversación más graciosa que tenemos! ¡ja... ja... ja!...

—¿Pero cuál es la opinión de usted, madame Savigny?

—Es que responder a esa cuestión no es tan sencillo como usted se figura. Si le pregunta usted a un pastor protestante, le dirá a usted que es un pecado horrible; si se lo dice usted a un diplomático; se sonreirá, y si eso mismo se lo cuenta usted a un cortesano, y añade usted que es el rey o el emperador el enamorado de la dama casada, encontrará que la dama ha tenido suerte y su marido también.

—¿Y en sociedad?—preguntó Asunción.

—En sociedad se considera el matrimonio como un contrato de beneficios mutuos. Claro que hay matrimonios de enamorados. Pero, vamos, en París y en la buena sociedad nadie se indigna porque una mujer casada tenga su amor.

Asunción no volvió a insistir sobre este punto, pero no lo olvidó, y ya sobre la pista, creyó haber encontrado el medio de acomodar sus ambiciones y su amor.

XX

Un poco triste

A principio de invierno, una tarde de Diciembre, don Fausto recibió una carta de Yarza.

Al jorobadito hermano de Paulina Acuña le había atropellado un coche, dejándole muerto en la calle. Yarza le suplicaba que fuese por la Cour de Rohan, por si acaso lo necesitaban.

La noticia conmovió a don Fausto. Salió de casa al anochecer. Fué a meterse en un ómnibus; pero estaba lleno, y tomó un coche. Llovía a mares.

La tarde, triste y desapacible, parecía empapada en lágrimas; en el cristal del coche salpicaban las gotas de agua.

Don Fausto miraba la calle distraído. Pasaron un puente. El río, de color de plomo, reflejaba el cielo gris, y entre la bruma aparecían vagamente los edificios negruzcos.

Llegó a la Cour de Rohan. En la casa reinaba la

más profunda desolación. En el cuarto donde solía trabajar Paulina habían puesto el cadáver de Joaquín Acuña. Carlos Yarza y Alberto Stahl le velaban. Estaba el muerto blanco, como si fuera de mármol, y tenía un vendaje en la cabeza.

Ciertamente no brotaban sólo rosas en el jardín de París.

Don Fausto recordaba al jorobadito con sus melenas y su esclavina azul.

—¿Y Paulina?—preguntó don Fausto a Carlos.

—Aquí al lado está.

Pasó don Fausto a casa del grabador, y saludó a Paulina, que estaba desconsoladísima. El viejo Stahl, el padre de Yarza y unas vecinas le hacían compañía.

El ambiente era allí penoso; a don Fausto se le encogía el corazón; llamó a Carlos, que estaba sombrío.

—Oiga usted, si necesitan algún dinero, dígamelo usted.

—No, no hay necesidad; muchas gracias.

—¿Cuando será el entierro?

—Mañana, a las dos.

Don Fausto, a la primera ocasión propicia que encontró, salió de aquella casa. Había dejado de llover; la noche estaba templada; don Fausto fué andando hasta casa para distraer con el paseo sus pensamientos tristes.

Tomó por la calle Dauphine y llegó al Puente Nuevo.

Entre la bruma, las luces de los puentes brillaban rojas y blancas, reflejándose en el río negro, tan inmóvil al parecer, que apenas temblaba con el movimiento de las aguas el reflejo de los rayos luminosos

de los faroles. Las luces de las orillas se fundían en la niebla, y los monumentos estaban borrados por completo.

La verdad que no eran sólo alegrías las que se cosechaban en París.

Esta idea vulgar le daba en aquel instante a don Fausto la impresión de un hallazgo, de un verdadero descubrimiento. Comprendía que no había tierras ni pueblos privilegiados, que en todas partes la compañera próxima de la vida era la desgracia, y su compañera lejana la muerte.

El se había figurado durante mucho tiempo una cosa completamente distinta, algo así como zonas de cultivo en la vida; y así como Rusia produce los cereales y España e Italia las naranjas, y el Africa las palmeras, creía que el chalet de Suiza producía el idilio campestre, la villa italiana la intriga de amor, y el bulevar de París la alegría loca y bulliciosa.

Esta idea le había inducido a dar cierta categoría jerárquica a las regiones y a los pueblos.

Ahora iba viendo la mentira de sus apreciaciones; comprendía que no hay tierras, ni cielos, ni paisajes superiores o inferiores, y que en todas partes la vida tiene los mismos elementos primarios y se desarrolla de idéntica manera.

Al día siguiente, después de almorzar, don Fausto fué a la Cour de Rohan para asistir al entierro de Joaquín Acuña. El tiempo estaba mejor que el día anterior; el cielo, bajo y plomizo; había niebla; y la gente pasaba envuelta en esta bruma invernal como figuras sin color.

Llegó a la Cour de Rohan. Habían vestido la entrada de la casa de Paulina con unos paños negros,

y dos enterradores, de frac y sombrero de copa, aguardaban a la puerta.

Llegó el coche fúnebre con algún retraso. Era una carroza negra, con una gran cruz amarilla encima; llevaba los faroles encendidos y estaba tirada por dos caballos héticos, cubiertos con gualdrapas amarillas usadas y mugrientas.

Don Fausto no quiso presenciar la despedida de Paulina a su hermano, y se quedó en la calle.

A eso de las tres se puso el cortejo en marcha. La comitiva la formaban los dos grabadores, algunos empleados de la casa en donde trabajaba Joaquín, don Fausto, los dos Yarzas y las vecinas de Paulina.

El día estaba frío, gris y triste, cubierto por un cielo bajo y blanquecino, como el techo de un hospital; las calles llenas de barro. Yarza, que iba al lado de don Fausto y que al principio no decía nada, comenzó a hablar irónicamente:

—¡Qué tiempo! ¿eh?—le dijo a don Fausto; y luego, por contraste sin duda; recordó a España:— Por allí abajo estará haciendo un sol espléndido—y habló de aquel sol dorado de Castilla y de aquellos cielos azules—. ¡Quién estuviera por allá!—terminó diciendo—. ¡Ser labrador en aquellas tierras pardas! ¡Andar a caballo! ¡Qué vida más hermosa!

Don Fausto no quiso escucharle porque aquel recuerdo le molestaba.

Se acercó a los alemanes; un joven, amigo y paisano de Alberto Stahl, hablaba de la posibilidad de la guerra con Prusia. Prusia haría pedazos a Francia, que era un pueblo estúpido que no se enteraba de nada, decía el alemán.

Llegaron a la puerta del cementerio Montparnasse; sonó una campana, y precedidos de los cuatro ente-

rradores, con su frac cómico y su placa blanca en el pecho, y de uno de los empleados del cementerio, atravesaron la avenida central y tomaron por una de las laterales, a cuyos lados se levantaban grandes árboles.

Luego de terminado el entierro, don Fausto se desentendió de los demás, y partió solo del cementerio; tomó por el bulevar D'Enfer, y salió por la calle del faubourg Saint-Jacques al antiguo campo de los Capuchinos; pasó cerca de la tapia negra del Val-de-Grace y entró en la calle de l'Arbalete.

Contempló la casa en donde por primera vez había vivido en París; vió la calle de Mouffetard, y por la calle del Pozo de la Hermita apareció enfrente del presidio de Santa Pelagia. Este, cuadrilátero, rodeado de altas y negras murallas, con sus plataformas verdes y sus garitas, en medio de aquel laberinto de callejuelas infectas, tenía un aire verdaderamente sombrío.

Comenzaba a anochecer, y don Fausto volvió, deshaciendo lo andado, por el mismo camino.

Entró por la calle de Postas. Le parecía andar por Segovia o por Toledo al recorrer esta callejuela desierta, formada por lienzos de pared de antiguos conventos, en cuyos jardines los árboles secos salían por encima de las tapias.

Queriendo acortar un poco, tomó por un callejón que corría al lado del Seminario de Saint-Esprit.

La calle no tenía salida, y tuvo que volver.

Un farol brillaba en una esquina iluminando el nombre de la calle, que se llamaba de las Viñas.

Siguió adelante don Fausto por la calle de Postas; vió la calle del Pozo que Habla, y como conocía los clásicos, recordó que allí pasaba la acción de la no-

vela de Dumas, *Los Mohicanos de París*, y que en este rincón ponía el novelista una romántica guarida de carbonarios.

Con este recuerdo se olvidó un poco de sus pensamientos. Se dirigió a terreno más conocido. El viento soplaba furioso en aquellas callejuelas y armonizaba una sinfonía completa con los silbidos agudos y los silbidos roncos del aire, cortados periódicamente por el sonar de puertas y ventanas.

Al salir cerca del Panteón tomó el ómnibus y se dirigió al otro barrio.

Cenó aquella noche don Fausto en el café de Mulhouse; su cuarto le hubiera parecido triste. Convidó a Mingote a tomar café y estaba charlando con él cuando vió entrar dos muchachas de tipo de *cocottes* que se sentaron en una mesa próxima.

—A esa muchacha la conozco yo—pensó don Fausto—; pero, ¿quién es?

—¿Qué, le gustan a usted esas chicas?—dijo Mingote—. ¿Quiere usted que las llamemos?

—No, no.

—¡Sí, hombre, nos divertiremos un rato!

Las dos muchachas invitadas se levantaron de su mesa y se sentaron en la de Mingote. Al acercarse, don Fausto quedó mirando atentamente a una de ellas y exclamó:

—¡Toma, si es Nanette!

—¿Me conoce usted?—preguntó la chica.

—Sí, te he conocido en la calle Galande; ¿no te acuerdas?

—¡Ah, sí! Usted es el español.

—Ese mismo.

—¿El amigo del señor Pipot?

—Eso es. Tomad algo si queréis.

Pidieron un bock las dos muchachas, la amiga de Nanette se puso a hablar con Mingote.

—¿De dónde es usted?¿ De qué país?—le preguntó la chica.

—¿Yo? Español—contestó gravemente Mingote.

—¡Ah, es usted español! *¿Caballero*, eh? ¿De dónde es usted, de Sevilla?

—Del mismo Sevilla—y Mingote empezó a contar una de mentiras que metía miedo.

En esto entró Carlos Yarza, paseó una mirada por el café y se sentó al lado de don Fausto.

—¿Qué, pasa algo?—le preguntó éste.

—Nada. Que me he acordado que me ha dicho usted que viene aquí, y he salido de casa porque hoy no hubiera podido dormir. Y usted, don Fausto ¿qué hace usted? ¿De conquista, eh?

—No, no lo crea usted. Esta es una muchacha, la hija de la portera de la casa en donde yo viví, en la calle Galande, con Pipot, y ahora la veo ya en este mal camino.

—Hablen ustedes en francés—dijo la amiga de Nanette de mal humor.

Esta, que escuchaba sin entender palabra, miraba atentamente a Carlos. Parecía que le había hecho una gran impresión.

—¿Usted también es español?—le preguntó.

—Sí.

Nanette se quedó pensativa. Estudiaba la cara de Yarza como buscando algún parecido lejano.

Don Fausto y Carlos hablaron de Asunción y de Paulina largo tiempo. Nanette les oía melancólicamente.

Al abandonar el café, Nanette salió con ellos.

—¿Qué quiere esta muchacha?—preguntó Carlos.

—No sé, no la he prometido nada.

Se despidieron don Fausto y Carlos. Yarza tomó por la calle de Montmartre. A los pocos pasos vió que se le acercaba de nuevo Nanette.

—¿Qué quieres?—la dijo.

Nanette no contestó, volvió la espalda y se fué.

XXI

La vida en París, en diversas formas desagradables

DARCEY estaba por completo olvidado; hacía tiempo que no se oía hablar de él, cuando una noche Clementina dijo a don Fausto:

—¿Sabes lo que le ha pasado a Rita?

—¿Qué le ha pasado?

—Que Darcey le ha escrito exigiéndole dinero a cambio de las cartas que guarda de ella.

—Y Rita, ¿qué ha hecho?

—Estaba dispuesta a enviarle dinero, pero se ha enterado don Perfecto, ha avisado a la Policía y le han metido a Darcey en Mazas.

Al día siguiente, Clementina preguntó a don Fausto:

—¿Quieres hacer un favor?

—No hay inconveniente—contestó él con frialdad.

—Quisiera que fueras a este agencia—y mostró

un papel que tenía en la mano—y encargaras que averigüen quién es Darcey, cuáles son sus antecedentes y, a poder ser, dónde guarda sus papeles. Es cosa de Rita, que lo quiere saber y desea que no se entere nadie. Esto costará caro; ten quinientos francos, por ahora.

Don Fausto tomó el encargo como un entretenimiento, y al día siguiente por la mañana fué a la agencia indicada por Clementina.

Estaba este centro de información en la calle de Chabanais, una calle estrecha paralela a la de Richelieu, con unas casas muy altas y muy negras. Era una calle de vicio sórdido. La casa se hallaba próxima a un almacén llamado del Gallo de Oro, que tenía un gallo de cobre de muestra en el hierro del balcón.

El empleado que se le presentó a don Fausto y a quien explicó el asunto, era un señor de pelo blanco, con anteojos, nariz larga y fina, algo calvo, la mirada muy viva y la barba en punta.

—¿Cuándo volveré?

—Vuelva usted dentro de tres días.

Volvió. El informe de la agencia expresaba que el joven Darcey había estado procesado dos veces por robo y una por lesiones; que vivía explotando a las mujeres. Por una carta escrita desde la cárcel y recogida por la Policía, se sabía que los papeles los guardaba un amigo suyo llamado Lindor, cuyo domicilio se ignoraba.

—Ahora, si usted quiere que se sigan las investigaciones... Usted dirá.

Don Fausto consultó con su mujer, y ella dijo que sí.

Al volver a la agencia con la contestación, el empleado dijo:

—Bueno; Gadobert se encarga de esto.

—¡Gadobert! Lo conozco—dijo don Fausto.

—Pues si quiere usted esperarlo, viene dentro de un momento.

Efectivamente, poco después se presentó Gadobert con la misma indumentaria, casi harapienta, con que le había conocido don Fausto.

—Hoy tengo el día ocupado—dijo—. Mañana por la mañana, si usted quiere, venga usted a buscarme a la Prefectura. Cuanto antes mejor. Si quiere usted venir al amanecer, mejor todavía.

Don Fausto se decidió a ir al amanecer. La Prefectura de Policía ocupaba entonces el fondo de la plaza Dauphine y algunos cuerpos del Palacio de Justicia de la calle Harlay.

Don Fausto se levantó muy temprano, tomó un coche y fué a la plaza Dauphine. Esta plaza, a aquella hora, con sus casas altas y viejas y sus ventanas estrechas, medio envuelta en la niebla, con su abertura entre dos casas hacia el río, tenía un aire extraño.

Don Fausto bajó del coche, entró en la Prefectura y preguntó a un portero:

—¿El señor Gadobert?

—Siéntese usted; ahora saldrá.

Salió Gadobert envuelto en un gabán raído y saludó a don Fausto.

—¿Qué, vamos?—preguntó.

—Bueno. Cuando usted quiera.

—¿Trae usted coche?

—Sí.

Gadobert y don Fausto salieron de la Prefectura y entraron en el vehículo.

—A la calle de Santa Margarita—dijo Gadobert al cochero.

El coche pasó un puente, luego cruzó por delante del Hotel-de-Ville y tomó la calle del faubourg Saint-Antoine, hasta cerca del hospital de San Eugenio. Entraron en una callejuela estrecha, la calle de Santa Margarita.

Eran cerca de las ocho de la mañana. Por la calle de Santa Margarita se veía una verdadera procesión de traperos que volvían con su cuévano cargado y el farolillo de hacer la rebusca. El aire empañado por la llovizna no dejaba ver nada a través de su velo ceniciento. Al mismo tiempo que volvían los traperos, salían de las casas saboyanos con su violín a la espalda, organilleros y músicos ambulantes.

—¡Qué callejuela!—dijo don Fausto.

—¡Pse! ¡Si hubiera usted conocido esto hace quince o veinte años, hubiera usted visto lo que era bueno!—contestó Gadobert—. Hasta hace pocos años, había donde ahora está la plaza del Chatelet y el teatro Lírico una rinconada terrible. Era un antiguo barrio de carniceros y de triperos, con unas callejuelas negras, medioevales. No le digo a usted más sino que, al lado de aquéllas, ésta es un bulevar. ¡Qué callejuelas! En una de ellas, en la del Farol Viejo, se le encontró ahorcado a Gerardo de Nerval hace unos veintitantos años, una mañana de Enero. ¡Qué rincones aquéllos! Eran verdaderamente siniestros. Las calles de la Tripería, del Matadero, del Pie de Buey..., tenían escaleras, puertas de alcantarillas, bocas de vertederos; era horrible... Por allí comencé yo mi oficio; pero creo que hemos llegado.

Entró Gadobert por un pasillo estrecho, y una vieja haraposa salió a su encuentro con una escoba.

—¿Hay aquí algún inquilino que lleve más de cuatro años en la casa?—le preguntó Gadobert.

—El padre Manuel.

—¿Está?

—Sí; ahora ha venido. Vive en esa tienda. Llamaron.

—¿Quién es?

—Abra usted.

Se abrió una puerta y entraron en un cuchitril, iluminado por una linterna.

El padre Manuel tenía la barba larga, blanca, los pelos grises enmarañados, y en la cabeza el sombrero sin forma; llevaba un saco atado sujeto por correas que le pasaban por los hombros y se cruzaban en el pecho, gabán rojizo, pantalones viejos, botas rotas y bufanda. Se apoyaba en una paleta que le servía de bastón, la que blandía al accionar. Al oir que Gadobert preguntaba por un tal Lindor, murmuró.

—¿Lindor?, dice usted que se llamaba. ¡Hum... hum... hum!... No; no recuerdo ese nombre, que parece de perro. Aquí había un hombre que hacía bailar a un cerdo vestido de trovador, de general y de cura... Yo le prestaba los trajes para su cerdo... ¡hum!..., pero se murió el animal, y él murió después, no sé si de pena o de hambre... ¡hum... hum!...

—¿Y cómo se llamaba ese hombre?

—¿Cómo se llamaba?... ¿qué sé yo?... Aquí también había un hombre que violó a su hija y luego le cortó el cuello...

—¿Pero no sabe usted cómo se llamaba?

—No.

—¿Y de Lindor, no se acuerda usted?

—¿Quién era ese Lindor? ¿Qué lindoreaba ese ciudadano en el mundo?

—Era cantante.

—Entonces sería uno que estuvo enredado con una mulata que se llamaba Caducha, o Cachucha, y que bailaba por ahí, cerca del bulevar Sebastopol.

Salieron de la prendería.

—Vamos; a la primera hemos dado con él—dijo Gadobert.

—¿Cree usted?—preguntó don Fausto.

—¡Sí hombre!

Se metieron en el coche, que llegó a la plaza de la Bastilla y tomó por el bulevar Beaumarchais y el del Temple, hasta la puerta de San Dionisio.

Entraron en las cervecerías de las calles próximas y encontraron dos mulatas, de nombre Kaduchja, que habían estado hacía cuatro o cinco años en cafés cantantes, una en la calle de Sainte-Apolline, y la otra en la de Bondy.

—Esta cervecería—dijo Gadobert—era antes taberna, y se llamaba de los Siete Billares. Había que verla.

Era una cervecería que se llamaba de la Nubia, pero que se la conocía también por el título *Au rendes vous des mecs*, que quiere decir «A la reunión de los bandidos.» Se veía de fuera unas cuantas mujeronas rubias de un tipo descarado, sentadas, charlando unas, y otras jugando a las cartas.

Entraron Gadobert y don Fausto y se sentaron en una de las mesas. Una de las rubias se acercó a ellos.

En el fondo del establecimiento, algunas viejas gordas fumaban.

A la rubia que les preguntó lo que querían, le dijo Gadobert:

—Que venga la dueña.

Era ésta una mujer grasienta, redonda y sonrien-

te, con la nariz rojiza. Dió en seguida todos los datos que le pidieron.

La Kaduchja mulata que había estado en su casa vivía en un burdel de la calle de Sainte-Foy.

Esta calle daba a la de Saint-Denis. Pronto dieron con el sitio. Era un burdel clásico, una casa de tres pisos pintada de rojo, probablemente del siglo XV o XVI, a juzgar por el movimiento de la línea de la fachada. Como vieja perdida, la casa había echado tripa; se partía por el piso principal y para impedir el derrengamiento de las paredes tenía a modo de cincha una serie de grapas de hierro. Era una casa vieja, cínica y procaz; una casa en donde se suponía sin esfuerzo que en los cientos de años que llevaba de comercio de carne humana se habrían cometido bastantes crímenes para pintar de rojo la fachada con la sangre de las víctimas.

Esta casa sórdida, esta casa tenebrosa, se destacaba entre las demás altas, negras y miserables de la calle, con la insolencia del vicio, adornada, como demostrando un comercio más próspero. En todos los pisos, las persianas se veían recién pintadas; en los cristales había cortinillas blancas con lazos azules.

La puerta del burdel era una poterna baja, abierta en la gruesa pared; daba a un portalillo iluminado con luz de rosa, y encima del portal se ostentaba un faro con un número grande.

Entraron y subieron por la escalera, de escalones de madera desgastados.

—Que venga el amo—dijo Gadobert.

Pasaron a un cuarto que quería tener cierto aire fantástico y tropical, lleno de tiestos, donde hacía una temperatura pesada y un olor de perfume barato insorportable.

Vino el amo. Este era un hombre de cráneo deprimido, de labios untuosos; tenía una mezcla de humildad y de ferocidad en la cara; llevaba levita larga negra, y era un tipo entre sacristán y notario.

Se enteró de lo que querían, y vino Kaduchja, una mulata alta y grande.

Ella había vivido con Lindor hacía mucho tiempo, y él fué quien le enseñó algunas canciones y le llevó a la cervecería de la Nubia. Después le había dejado de ver.

— ¿Dónde vivieron ustedes?

—En la calle de Montorgueil.

—¿No tenía amigos?

—No.

—¿Señas?

—Ninguna.

—¿Y en dónde vivían en la calle de Montorgueil?

—Al principio, en una casa en donde había una comadrona.

Salieron don Fausto y Gadobert de la casa, bajaron por la calle de Aboukir a la de Petits Carreaux, y allí despidieron el coche. Tomaron por la calle de Montorgueil. Había en las aceras filas de verduleros y de verduleras y por en medio los vendedores ambulantes pasaban llevando carritos de mano.

Siguieron a lo largo de la calle, llena de tiendas, talleres negros, almacenes de ostras y de pescados. Había comedores obscuros, en los cuales, a la luz de un mechero de gas, se adivinaban gentes sentadas. En los patios se veían reses desolladas de las carnicerías escondidas en el fondo de una casa, y en los portales alguna mujer en chanclas echaba a la acera con una escoba un charco de agua sangrienta.

Había algunas posadas, como el Compás de Oro,

con su gran patio y sus cobertizos y sus carros, de los que descargaban cestos de pescados y cajas de ostras.

Preguntó el policía, al principio de la calle, si había una comadrona por allí, y fueron andando hasta los Mercados.

—Esa es la casa—dijo de pronto Gadobert.

—¿En qué lo ha conocido usted.

—¿No ve usted la muestra?

Efectivamente, se veía en el piso principal una muestra obscura, en donde había pintada una nodriza con un niño en brazos. Los balcones de esta casa estaban rotos. Se pensaba involuntariamente en lo desagradable que debía ser venir al mundo en una casa así.

Entraron y preguntaron al conserje por el sujeto que buscaban.

—Es un señor que vivió aquí con una mulata.

—¿Lindor?

—Sí.

—¿Es amigo de ustedes?

—No.

—Pues es un canalla. Me ha dejado a deber todo el tiempo que ha estado aquí.

—¿Usted sabe dónde para?

—Yo, no, señor; ni quiero.

—¿Iba mucho a la taberna de al lado?

—Todo el día estaba en ella.

Salieron; en la calle dijo don Fausto:

—¿Por qué ha dicho usted si iba a la taberna de al lado? ¿Ha visto usted si hay alguna?

—No; pero habrá seguramente. En estos barrios no se equivoca uno nunca diciendo: la taberna de al lado.

Efectivamente, había una. Entraron en la taberna.

En el fondo se veía una escalera de caracol para subir a los pisos de arriba. Pidieron Gadobert y don Fausto una botella de vino.

—Y a Lindor, el que vivía con la mulata, ¿dónde se le ve?—preguntó el policía.

—Ya no viene por aquí—dijo la mujer que les sirvió.

—¿Hacia dónde suele andar?

—Ahí en la calle de Quincampoix; en la taberna de la Espada de Madera suele estar.

—Ya lo tenemos al hombre—dijo Gadobert—. Vamos a la calle de Quincampoix.

Salieron a esta calle larga, estrecha, llena de hoteles baratos. Cerca de la calle de Venecia estaba la taberna de la Espada de Madera.

—¿A qué hora viene a comer Lindor?—preguntó Gadobert al tabernero.

—A eso de las siete de la tarde.

—Ya lo mejor es dejarlo para después—advirtió Gadobert.

Salieron al bulevar Sebastopol.

—En este café—dijo señalando uno Gadobert—le espero hasta las seis y media.

—Muy bien. Entonces, hasta luego.

Fueron a la calle de Quincampoix al anochecer. Se acercaron a la calle de Venecia. Era una calle estrecha con casas vetustas cuyo piso principal avanzaba un poco por encima de las tiendas miserables. En algunos puntos era tan estrechísima, que se podía dar en las dos paredes con las dos manos a un tiempo.

De las tabernas salían mujeres pálidas y ajadas con un plato en una mano con patatas fritas o con una botella. Se veía en los fondos negros de aquellos escondrijos una porción de mendigos. Algunos

viejos con la pipa en la boca, miraban la gente que pasaba por el arroyo aguantando la lluvia.

—Bueno, vámonos a nuestra taberna—dijo Gadobert—, no sea que este hombre se nos vaya.

No había venido Lindor.

La taberna estaba llena. El público era curioso: organilleros, ciegos, vendedores ambulantes, músicos saboyanos y un saltimbanqui con un mono atado con una cadena y sentado en las rodillas de su amo, quien le daba de comer ofreciéndole los pedazos en la punta de un cuchillo.

Entre todos aquellos tipos raros había una vieja con una cara de borracha que tenía en el hombro un pájaro negro como un cuervo pequeño que gritaba y alborotaba.

De pronto se acercó a don Fausto y a Gadobert un hombre.

—¿Ustedes preguntaban por mí?—dijo.

—Si es usted el señor Lindor, sí—contestó Gadobert.

—El mismo soy.

Era el tal Lindor un tipo jovial y sonriente, con bolsas violáceas debajo de los ojos, la nariz rojiza y florida, el pelo ralo y el bigote de cantante, negro, atrevido y levantado por el cosmético. Tenía este tipo una gran afectación de elegancia, y por su acento era meridional.

—¿De manera que es usted el señor Lindor?

—El mismo.

—¿Maestro de canto?

—Ecco.

«Io son Lindoro
che fido v'adoro.»

—¡Bravo, bravo!—exclamó alguno de alrededor.

—Gracias—dijo Lindor saludando con la mano al público, y se sentó a la mesa—. Ustedes dirán lo que desean.

—Pues mire usted—dijo Gadobert—, se trata de una señora que tenía relaciones con un joven amigo de usted, Darcey o Darcet, y al romper sus relaciones, Darcey le entregó a usted las cartas.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Pues porque él mismo lo ha dicho.

Lindor se bebió un vaso de vino, y murmuró:

—La verdad es que hay gente de una estupidez y de una imprudencia enormes. Pues sí, he conocido a Darcet y he sido amigo suyo. Tenía una buena voz de tenor y quería dedicarse al canto; pero no tenía paciencia, y llevaba una vida desdichada. Me dejó unos papeles hace unos días, pero no creo que tengan importancia.

—No; importancia precisamente no tienen—replicó Gadobert—, porque se trata de una viuda a la que no le importa gran cosa que se divulguen sus cartas de amor, de una tal Rita.

—¿Alguna pécora?—preguntó Lindor.

—Sí.

—Pero hay cartas de otra mujer—dijo el cantante.

—¿Sí? ¡Ah! ¿Usted sabía eso?—preguntó Gadobert a don Fausto.

—No. ¿Y de quién son?

—De una tal Clementina.

Don Fausto palideció, y calló.

—¿Quién es?—le dijo el policía—. Alguna otra por el estilo.

—Sí, por el estilo, una amiga—contestó don Fausto turbado.

—Bueno; pues nosotros quisiéramos que nos diese usted esas cartas—dijo Gadobert al cantante.

—¿Y qué gano yo con eso?

—La viuda nos ha ofrecido doscientos francos si le entregamos las cartas. Le daremos a usted cincuenta.

—¡Ah! no, no; yo necesito lo menos cien.

Gadobert y el cantante discutieron largo tiempo, hasta que el policía cedió, y el señor Lindor pidió un paquete al tabernero, y de manos de éste lo dejó en las de Gadobert.

—Vengan los cuartos—dijo el cantante.

Don Fausto le entregó el dinero y Lindor pidió una botella de Borgoña.

—Yo convido, y en obsequio de ustedes voy a cantar.

Y Lindor cogió una silla, se apoyó en el respaldo, y tomando una postura académica comenzó, haciendo vibrar la voz:

«La donna e mobile
qual piuma al vento.»

De cuando en cuando al cantante le faltaba la voz o daba un gallo en las notas agudas; pero seguía impertérrito, haciendo largos calderones.

Todo el ilustre concurso de la taberna le aplaudió a la terminación, y Lindor, saludando a derecha e izquierda, cogió la silla, la acercó a la mesa, se sentó en ésta de medio lado, como es de cajón en todos los tenores que hacen el papel de duque de Mantua en *Rigoletto*, y atacó la segunda estrofa de la canción.

Ya no tenía objeto su estancia allí, y Gadobert y don Fausto salieron de la taberna.

XXII

Tenía que suceder

Al despedir a Gadobert, don Fausto no pudo resistir la curiosidad; entró en un café, se sentó, abrió el paquete de cartas y buscó las de su mujer. Al leerlas experimentó un movimiento de repulsión.

—¡Qué horror! ¡Qué miseria!—exclamó.

Clementina había tenido también amores con Darcey. ¡Pero qué amores! Aquellas cartas manifestaban una falta de pudor extraordinaria, una lubricidad exaltada y perversa.

Don Fausto, impulsado por la atracción especial que tiene todo lo malsano, leyó también las cartas de Rita. Eran por el estilo. Aquellas mujeres eran dos Mesalinas. Don Fausto quedó turbado. ¡Entre qué gente vivía! ¿Es que todo el mundo era así? Espantado se levantó, volvió a su casa y no pudo dormir. Al día siguiente por la mañana hizo que Niní entregase el paquete de cartas a Clementina.

Don Fausto, desasosegado, no salió de casa. Por la tarde, desde su cuarto oyó en el gabinete de Clementina que hablaban.

Las voces eran agrias e irritadas.

Don Fausto salió de su cuarto y se puso a escuchar.

—Yo necesito explicaciones—decía Gálvez.

—¿Explicaciones?... ¡ja... ja!... ¿Con qué derecho?—preguntó Clementina con una voz burlona e insultante.

—No me provoque usted, señora—replicó el americano—. Usted no sabe lo que soy yo enfurecido. Conteste usted, ¿sí o no?

—Le digo a usted que no quiero.

Se oyeron los pasos de Gálvez en la habitación.

—¿Ha venido aquí, si o no, Mellado?

—Pues ya que lo quiere usted, sí; ha venido.

En el mismo momento se oyeron dos chillidos agudos de mujer y el ruido de un mueble que caía.

Don Fausto no hizo caso; las criadas acudieron al gabinete.

—¡Esto es horrible!—se dijo don Fausto.

Al poco rato se oyó salir a Gálvez y cerrar la puerta de un portazo; pero el día sin duda estaba de tormenta, porque al poco rato llegaron Rita y madame Savigny y comenzó una agria disputa entre Clementina y Rita.

—¡Pero qué hablas tú—le decía Clementina—, si eres peor que las perdidas de las calles!

—¡Y tú, sucia, que eres la querida de mi padre por dinero! ¡Nada más!—gritaba Rita.

—¡Calla, calla, camello!

—¡Más camello que tú! ¡Si eres ya vieja! ¡Si tienes que pagar a tus amantes!

—Mira que te voy a estrangular.

—¡Es terrible!—murmuró don Fausto, y espantado, a pesar de no encontrarse bien, salió a la calle.

¡Su mujer era un monstruo! Ya no la consideraba como una adúltera, sino que le parecía capaz de envenenarle, de echarle arsénico en el chocolate o en la sopa.

Desde aquel día comenzó a tenerle miedo, no la quería ver, y se decidió a comer fuera de casa y a encerrarse en su cuarto.

Le producía verdadero pánico el verla.

Por Niní se enteraba de las cosas que pasaban en la casa. Por ella supo que seguían los amores del marqués y de Asunción y que se estaban haciendo los preparativos de la boda.

—¡Pobrecilla!—murmuró don Fausto—; la van a echar a perder.

Al final de otoño se celebró la boda en una iglesia aristocrática, en San Felipe.

Don Fausto estuvo lo indispensable solamente en la ceremonia, y cuando encontró ocasión se escabulló.

Asunción, desde que se casó con el marqués, fué aceptada en la alta sociedad; la reina Isabel la llevaba a sus funciones religiosas, la convidaba a comer y había hecho que fuera presentada en las Tullerías. La emperatriz Eugenia, al verla tan bonita y tan modosa, había manifestado por ella una gran simpatía.

Al principio, Asunción se encontró un tanto cohibida al verse en Palacio. Aquella corte de grandes damas, delante de la Emperatriz moderaba un poco su lenguaje; pero cuando *Madame Eugenia*, como se la llamaba en broma, desaparecía, comenzaban

las murmuraciones y las risas, y las anécdotas tomaban un carácter corrosivo. Asunción tenía el oído fino, la inteligencia viva, algunas veces no cayó en la cuenta de lo que decían, luego comprendió y tuvo que ocultar su rubor al oir aquellas confidencias de los corredores de las Tullerías, dignas de un café-concierto o de un burdel. Asunción comenzó ruborizándose y al poco tiempo tomó el terreno y fué una de las *cocodettes* más graciosas e influyentes de las Tullerías.

El Emperador, al verla por primera vez una tarde de recepción en la sala de los Mariscales, se fijó varias veces en ella, y preguntó a su chambelán:

—¿Quién es esta dama, La Chesnaye?

—Es la mujer de un marqués español—contestó el chambelán.

—He aquí un marqués feliz. ¿No le parece a usted, Ricord?—dijo el Emperador a su médico.

—Eso dependerá—contestó Ricord sonriendo con ironía—del primer amante que tenga su mujer.

El Emperador se acarició el bigote y sonrió con tristeza.

La profecía de Ricord no tardó en realizarse. A los tres meses de matrimonio, todo el mundo sabía que Carlos Yarza era el amante de Asunción. Sin escrúpulo alguno, ambos paseaban sus amores por los sitios más frecuentados, sin preocupación y sin miedo.

Juntos iban a los teatros y a los cafés-conciertos, a Mabille y a la Bola Negra.

Una noche fueron a cenar a una taberna de los Mercados que tenía fama de ser una reunión de bandoleros y se encontraron allí con Rita y con don Perfecto.

Rita tuvo para ellos grandes atenciones y confesó que les envidiaba. Ella estaba aburrida, asqueada de la gente; se dedicaba a gastar a manos llenas el dinero de don Perfecto, daba fiestas disparatadas, hacía todas las extravagancias que se le ponían en la cabeza, y no conseguía divertirse. Se le había metido en los huesos la indiferencia por todo.

Don Fausto, cuando supo la conducta de su hija, la disculpó por la torpeza de Clementina de empeñarse en casarla con el marqués.

No iba a ver a Asunción, por no encontrarse con su yerno. Tampoco frecuentaba la casa de Pilar. Esta, desde su primer hijo, estaba engordando, se manifestaba celosa y tenía un genio insoportable.

Don Fausto vivía preocupado con lo que leía en los periódicos y le contaban en el café; no se cuidaba ya para nada de su familia, ni se quería enterar de lo que pasaba en casa.

XXIII

Gente que ríe, gente que llora

El día primero de año, don Fansto supo que en su casa estaban preparando un gran baile.

La estación de invierno estaba en auge, habían comenzado los bailes y las recepciones en los ministerios y en las embajadas. Asunción se había encargado de conseguir que el gran mundo asistiera al baile que iba a darse en casa de su madre. Clementina estaba en sus glorias.

Don Fausto al ir al anochecer a su casa vió una porción de muebles metidos y amontonados en su cuarto, de tal modo que no se podía entrar.

Todas las habitaciones importantes se habían adornado para el baile.

Madame Savigny daba en aquel momento la última ojeada, en compañía de Gálvez, que, vestido de uniforme de diplomático de su país, con el pecho lleno de condecoraciones, pensaba sin duda hacer el papel de amo de casa.

Los salones resplandecían de luz.

—¿Le parece a usted todo bien, mi querida señora?—oyó don Fausto que preguntaba Gálvez.

—Muy bien—contestó madame Savigny—. De este saloncito debían quitar algunas luces.

—¿Y por qué?—preguntó el americano.

—Porque es el lugar más a propósito para las confidencias. Este debe ser un salón de intimidad.

—Está usted en todo, mi querida señora. Ahora mismo lo voy a mandar poner como usted dice.

Don Fausto contempló el efecto que hacían los salones. En el *buffet* preparaban manjares y botellas, y un *maitre d'hotel,* de frac con la servilleta al brazo, iba de una parte a otra arreglándolo y disponiéndolo todo.

Marchó don Fausto a comer al restaurante; llovía; el cielo, turbio, amarillento, se deshacía en agua; las aceras de asfalto, humedecidas, brillaban reflejando las luces del bulevar; filas de coches pasaban con un rodar monótono, de los cafés, con los cristales empañados, salía rumor de músicas. Entró don Fausto a comer y después salió a dar un paseo. Luego, cansado, volvió a casa a meterse en la cama.

Los coches de los invitados al baile esperaban en la calle. Iba llenándose el salón. Un criado, de gran librea, a la puerta, rígido, anunciaba al que llegaba, con una voz de trueno. Los satisfechos de sí mismos sonreían al escuchar su nombre lanzado al aire como por una bocina; los tímidos decían su título o su apellido en voz baja, como indicando que no querían ser anunciados de aquella manera estrepitosa; pero el criado, impasible, lanzaba el nombre como una declaración de guerra.

El salón grande y los otros salones estaban llenos;

se oían voces, risas; a cada momento entraba algún señor de uniforme o de frac del brazo de una dama descotada en cuyo seno brillaban perlas y diamantes. Madame Bengoa sabía decir a sus invitados dos o tres frases vulgares, pero en un tono perfectamente parisiense.

Todo el mundo coincidía en que madame Bengoa era una mujer completamente *chic*.

Don Fausto, después de curiosear un poco, comenzó a quitar de su cuarto lo que le estorbaba, y cuando terminó su trabajo se acostó, pero no pudo dormir.

—Me voy a levantar y a ir a un café o a un hotel a pasar la noche.

Comenzó a vestirse, pero vió que la criada había recogido las botas. Fué a la cocina a ver si las encontraba, pero después de andar revolviéndolo todo no dió con ellas.

—¿Dónde andará esa muchacha?

Se le ocurrió entrar en el gabinete de su mujer, que tenía comunicación con la sala, y se topó con Niní y otras criadas que estaban desde allí fisgando y comentándolo todo.

—¿Quería algo el señor?—preguntó Niní.

—Quisiera las botas.

—¿Va usted a salir?

—Sí; no puedo dormir.

—Ahora se las llevaré a su cuarto. Vea usted, señor, a su hija; qué bonita está.

—¿Pór dónde?

—Por entre las cortinas.

Don Fausto se asomó. Pasaban las parejas al compás de la música como un torbellino.

Brillaba todo como un ascua de oro; resplandecían

los trajes blancos de las muchachas, los galones de los uniformes, las joyas y las plumas de las señoras; los abanicos agitados con un mariposeo vertiginoso, palpitaban a la luz fuerte y roja del gas.

Los viejos currutacos, empaquetados en el frac, con la condecoración en el ojal, reían y charlaban; los jóvenes, afectando la más solemne y fría impasibilidad, pasaban tomando posturas académicas.

Don Fausto volvió a su cuarto, se puso los chanclos y los guantes, se envolvió hasta las orejas en su bufanda a cuadros blancos y negros, y armado del paraguas salió a la calle.

Fué al café de Mulhouse. Encontró a Mingote, qué, según le dijo, tenía allí una cita con una mujer.

—¿Y Forinaya?—le preguntó.

—¿No sabe usted?...

—No. ¿Qué hay?

—Que se va a Filipinas a establecer allí un gran negocio.

—¡Qué valiente!

Don Fausto estuvo un rato en el café, hasta que vino una mujer gorda, ceñuda y grasienta, que llamó a Mingote. Era la dama a quien esperaba el ex obispo de Cogolludo.

Cuando se fué Mingote con la gorda, estuvo don Fausto vacilando, sin saber cómo matar el tiempo, salió a la calle, y como no hacía frío, se dispuso a dar un paseo largo. Caía una llovizna, más bien una niebla húmeda que empapaba el traje y humedecía el rostro con un vaho frío. Los faroles brillaban entre la bruma ligera.

En algunas calles, en el hueco de un portal o de una reja, se veía el quinqué de un vendedor de castañas.

Tomó don Fausto por la calle de Richelieu y entró en el Carrousel. El silencio de la inmensa plaza, las luces abrillantadas en la atmósfera húmeda, daban una gran tristeza a este sitio. Atravesó un puente, siguió el muelle Malaquais y pasó por delante del Instituto, en donde brillaba una ventana iluminada.

Algún vagabundo pasaba, las manos metidas en el bolsillo del pantalón, con el cuello de la chaqueta levantado, que no permitía ver más que los ojos tristes y el bigote lacio y humedecido; una mujer corría, dejando al pasar un ruido de enaguas almidonadas, y dos guardias iban y venían, haciendo sonar rítmicamente las pesadas suelas de sus zapatos.

Una fila de luces formando un ángulo brillaba en la Punta del Vert Galant. El río, pasado el Puente Nuevo, se encajonaba. El agua negra, pesada, golpeaba con suavidad en la orilla, y en sus siniestros remolinos se rompía en mil rayos el reflejo blanco o rojo de los faroles de un puente.

Don Fausto siguió camino de la plaza de Saint-Michel. De cuando en cuando se paraba a mirar el río y contemplaba con espanto el agua, al parecer pesada e inmóvil. En algún lavadero, un ventanillo cuadrado brillaba misteriosamente en la obscuridad.

Al llegar al Petit Pont, don Fausto tuvo que apartarse del pretil del muelle. Un hombre estaba allí apoyado, interceptando el paso.

¿Qué hacía? Don Fausto le contempló. Era un viejo con aire de mendigo.

—¿Qué le pasará a este hombre?—se preguntó don Fausto—. Quizá esté enfermo.

Volvió a atrás. El viejo con aspecto de mendigo,

al comprender que le observaban, comenzó sin duda a recelar algo. En el momento en que don Fausto y él se cruzaban por segunda vez, el farol de un coche lanzó la luz del reflector a la cara del viejo y don Fausto lo reconoció. Era el marqués, que había vivido en la calle Galande, en la misma casa de Pipot.

—¿Adónde irá?—se preguntó don Fausto—. Quizá esté borracho. ¡Pobre hombre! Voy a ver si necesita alguna cosa.

Se acercó al viejo y le dijo:

—¿Qué le pasa a usted, señor marqués?

—¡Eh!—exclamó el viejo con voz ronca—. ¿Quién es? ¿Qué me quieren? ¿Creo que no escandalizo?

—Soy yo, un español, un amigo.

—¡Eh! ¡Un español! ¡Un amigo! No tengo amigos; no sé quién eres—dijo el marqués, y siguio andando.

—¿Adónde va usted?

—¿A ti qué te importa? Déjame.

—¿No quiere usted que le acompañe a casa?

—No.

Don Fausto quedó contemplando al marqués. Temblaba el viejo al andar; sus mejillas, húmedas por la bruma, tenían surcos profundos; llevaba un pañuelo atado a la cabeza por debajo del sombrero roto y sin forma, y marchaba despacio apoyándose en el pretil del muelle.

Pasó el viejo por delante de Nuestra Señora de París, entrevista vagamente en la niebla. Al llegar al Puente del Arzobispado, el marqués se detuvo un momento y comenzó a bajar las escaleras de piedra hasta el muelle de la Tournelle.

Don Fausto comprendió que el marqués intentaba suicidarse, bajó rápidamente al muelle, y acercándose al desdichado, le dijo:

—¿Qué va usted a hacer?

—¡Eh! ¿Quién eres tú para hacerme esta pregunta? ¿Eh? ¿Quién eres; dime, que parece que surges de uno de estos montones de leña? ¡Ah! Tú eres el que me has parado antes; ¿qué quieres, di?

—Impedirle que haga usted una barbaridad.

—¿Qué barbaridad?

—Suicidarse.

—¡Ja... ja... ja...!... ¿Y crees que por tus necias palabras voy a abandonar mi proyecto? ¿Lo sabes que vivo mal, que en el barrio los chicos me tiran piedras? ¿No sabes eso? ¿Y crees que voy a vivir así? ¡Ja... ja... ja!... ¡No; el viejo marqués se ha cortado las iniciales de su ropa; nadie le conocerá; nadie podrá identificarle en la Morgue!... ¡Ja... ja... ja... ¡Qué broma les preparo! ¡Qué broma!

Un acceso de tos le impidió seguir hablando y le hizo encorvarse hasta el suelo. Cuando descansó un momento, jadeando, avanzó por el callejón que dejaban dos montones de sacos, y se acercó a la orilla.

Iba a tropezar en una maroma, cuando le cogió de la mano don Fausto.

—Va usted a tropezar—le dijo.

—Llévame a la orilla—murmuró el marqués.

—¿Pero por qué no abandona usted esa idea horrible?

—Me vas a dar tú la juventud, el dinero que yo necesito para vivir, ¿no? Pues entonces vete y déjame que me mate.

El marqués, rendido, se sentó en el suelo. Don Fausto le contempló con pena. El cielo se limpiaba de brumas, las estrellas comenzaban a brillar en el azul profundo de la noche. Se veía en alto Nuestra Señora de París en el cielo que iba despejándose; al

final de la Cité, entre los dos brazos del Sena en la Escuela flotante de Natación, brillaban dos cuadros de luz.

—Dime—murmuró el marqués—, aquí debajo... en el río... no hay ningún barco. ¿Eh? Dímelo; si no, me lastimaría y sufriría más.

Don Fausto se asomó al extremo del muelle y contempló con horror estas aguas pesadas, negras, que golpeaban con una suavidad rítmica la orilla.

—No, no hay nada. ¡Pero el agua debe estar tan fría.

—No; está templada, tonto. Está tibia. Adiós hombre; no sé quién eres, ni me importa. ¡Adiós!—y el marqués se levantó decidido. Se vió luego su silueta negra en el borde del malecón y se oyó el chapoteo de un cuerpo en el agua.

Don Fausto, estremecido, subió las escaleras y se alejó de allí rápidamente, temiendo que le siguieran. Brillaban las grandes ventanas del Hotel-Dieu. Eran las dos en el reloj del Palacio de Justicia.

XXIV

El final del baile

Don Fausto comenzó a caminar hacia su casa rendido por el cansancio y la emoción. La lluvia había cesado por completo, el viento fuerte iba barriendo las nubes y alguna que otra estrella resplandecía a intervalos en el cielo.

Cuando llegó a su casa eran más de las tres. Una fila larga de coches esperaba en la calle; todos los balcones del primer piso echaban luz a torrentes.

Don Fausto subió; un olor de gas, de polvos de arroz y de perfumes enervantes llenaba toda la casa. Se respiraba un aire de cuarto de actriz.

En el salón se seguía bailando sin descanso los valses y rigodones *Orfeo en los Infiernos*, de *La Bella Elena* y de *La Gran Duquesa de Gerolstein*.

Don Fausto se asomó al salón. Envueltos en aquel torbellino de luz, de música, de perfumes, tenían todos un aire de excitación y de cansacio; la fatiga les daba más ansia de agitación y de placer.

En el *buffet*, algunos señoritos borrachos hablaban a gritos.

El *maître d'hotel*, grave, con sus patillas blancas, les servía de beber con una indiferencia tranquila y desdeñosa.

Don Fausto fué al gabinete de su mujer; Niní dormía en un sofá envuelta en un mantón. Al sentir pasos se despertó.

—¿Quería algo el señor?

—Sí, quisiera que me arreglases la cama y también tomaría un poco de vino, porque tengo mucho frío.

La criada arregló la cama de don Fausto, y viéndole temblar delante del fuego le preguntó:

—¿Qué le pasa al señor? ¿Dónde ha estado?

—He ido a ver a un amigo enfermo.

—Pues acuéstese usted; yo le traeré un vaso de vino.

La muchacha le ayudó a quitarse el gabán y la chaqueta, y volvió luego con una botella de Jerez.

Don Fausto temblaba y le castañeteaban los dientes.

La música seguía tocando rigodones y valses. La muchacha estuvo un rato en el cuarto, y luego dijo:

—Ahora va a ser el último baile. Lo dirige ese conde a quien llaman Cotillón, porque es su especialidad. Dicen que no hay otro como él para dirigir las figuras e inventar otras nuevas. En los bailes de las Tulllerías suele ser el director, y la emperatriz Eugenia le admira. Voy a salir un momento.

—Sí, vete—dijo don Fausto.

Se fué Niní y don Fausto siguió pensando en las siniestras, en las terribles aventuras que tendría el cadáver del marqués en el fondo del Sena. ¡Qué

cosas más espantosas no le pasarían entre aquellas aguas negras y turbias!

Volvió la criada cuando concluyó una de las figuras del cotillón.

—Ha estado muy bien. ¡Tiene una gracia!... No hay otro como él para presentar el espejo o el abanico.

—No, ¿eh?

—No. El que ha bailado también es el alemán. Francisco, el cochero de los señores de Gálvez, decía que este señor es un espía de Bismarck, que viene a París a fastidiarnos. Pero yo no lo creo. ¡Es un hombre tan *chic!* ¿Qué, está usted algo mejor?

—Sí, ya estoy un poco mejor.

La muchacha se fué y don Fausto durmió con un sueño inquieto, interrumpido por pesadillas.

XXV

El Viejo de la Montaña

El año anterior había sido un año de crisis; el que comenzaba iba a ser un año de catástrofes.

La ola revolucionaria avanzaba, amenazando anegarlo todo, y el ambiente de descomposición social tomaba cada día mayor virulencia. No se oía hablar en París más que de adulterios, de crímenes, de quiebras fraudulentas, de estafas, de sociedades formadas por caballeros de industria.

La palabra *krach* era una palabra de moda.

La aristocracia, la política, el mundo bursátil, todos los intereses conservadores parecían tener empeño en labrar su ruina, y al mismo tiempo que la parte alta de la sociedad se descomponía, el proletariado iba tomando por momentos un carácter más fosco y amenazador.

Las reuniones públicas donde se discutía el ple-

biscito eran verdaderos clubs revolucionarios; por todas partes brotaban oradores anarquistas y socialistas. En las calles se cantaba *La Marsellesa*, se vitoreaba a Rochefort y a Raspail y cuando atacaba el Gobierno se levantaban barricadas. El proceso de la Internacional marcó hasta qué punto estaba minado el imperio de Napoleón III.

Una noche don Fausto se acercó a primera hora a ver el aspecto de una reunión que se celebraba en una sala de la calle Clignancourt y se encontró allí con Pipot.

—¡Ha visto usted!—le dijo don Fausto—. ¿Qué se dice por ahí de la muerte de Prim?

—Debe ser cosa de Paúl y Angulo.

—¿Cree usted?

—Hombre, sí; el mismo Paúl y Angulo lo anunció; dijo que ya le estaba reventando demasiado Prim, con su campaña contra la República, y que lo iba a matar.

—¿Y qué hay de estas cosas de aquí?

—Esto marcha. El inquilino de las Tullerías está furioso. Vamos a tener jaleo pronto.

Entraron don Fausto y Pipot en la sala, que aún no estaba llena.

De pronto Pipot se separó de don Fausto y se acercó a un viejo que, solo y de pie, esperaba el comienzo de la reunión. Le saludó y se puso a hablarle.

Tardaba en comenzar la sesión; el público se impacientaba, cuando un hombre subió a la tribuna y dijo que los oradores que estaban anunciados para hablar aquella noche no habían podido acudir por haber sido presos.

Se aplaudió al orador y el poco público que había en la sala comenzó a desfilar.

Seguía Pipot hablando con el viejecillo, y don Fausto, que le veía muy acalorado, acercándose, le dijo:

—Adiós, Pipot. Buenas noches.

—¿Qué, se va usted?

—¡Si no he cenado todavía!

—Espere usted un momento.

Pipot habló unas palabras con el viejo y luego le presentó a don Fausto.

—El señor Baduel; el señor Bengoa.

Se saludaron afectuosamente.

—Vamos a cenar juntos los tres. ¿Quieren ustedes?—preguntó Pipot.

—Vamos—dijo el señor Baduel.

—Me parece muy bien—repuso don Fausto.

Salieron de la sala, tomaron por un bulevar exterior, pasaron por cerca del hospital Lariboissiére y desembocaron en la calle del Faubourg Saint-Denis, cruzando por delante de la estación del Norte.

Entraron en una taberna que era al mismo tiempo figón. El mozo se les acercó y les puso la mesa cantando entre dientes una canción cuyo estribillo era:

«Le pere, la mere Badingue,
et le petit Badinguet.»

El viejecillo se reía al oir la canción.

—¿Va usted a comer carne?—le preguntó Pipot.

—Sí, un poco—contestó el señor Baduel—; tomaré también algo de vino. He andado mucho, me he cansado...

—¿No come usted carne de ordinario?—le dijo don Fausto.

—No; sólo como legumbres y leche.

—¿Y tiene usted energía con esa alimentación?

—¡Sí, sí!

—¡Ya lo creo que tiene energía!—replicó Pipot.

Ciertamente la cara del viejecillo era de una gran energía. Tenía la frente alta, descubierta, los ojos grises, la nariz aguileña y al mismo tiempo ancha, los pómulos salientes y fuertes. Parecía un ave de rapiña.

Don Fausto le contempló con curiosidad. Era una cabeza de un tipo del Renacimiento; tenía del busto de Miguel Angel la expresión de terquedad y de tesón; recordaba también algo la cabeza de Garibaldi, pero en la figura del ilustre general italiano había más tranquilidad y más arrogancia, y en el rostro del señor Baduel se leía la astucia, la suspicacia y el recelo.

Sirvieron la cena; el viejo apenas probó los guisos; no hacía más que cortar el pan en pedazos pequeños e irlos comiendo poco a poco.

—¿Y usted es escritor?—preguntó el viejecillo a don Fausto.

—Sí.

Hablaron de literatura y don Fausto manifestó su entusiasmo por los escritores de hacía cuarenta años: Dumas, Sué, etc.

—¡Ah! ¿Le gustan a usted los escritores románticos?—preguntó el viejo.

—¿A usted no?

—A mí no. Yo casi los odio.

—Y Víctor Hugo, ¿no le gusta a usted?

—Ese menos que ninguno—contestó el viejo—; le encuentro declamador, enfático, exagerado, siempre frío y falso. Para mí el romanticismo es lo malsano, lo enfermizo...

—¿Y Balzac?

—Balzac es un calumniador de la especie humana—contestó el señor Baduel con viveza—. Para él no hay más ideales que la fortuna y el rango. Luego es pesado, mal escritor...

—Sin embargo, sin embargo.

—Yo le odio. Me parece perjudicial.

—Pero con un criterio utilitario, moralizador—dijo don Fausto—, me parece que no se podría leer casi a ningún escritor. El que más y el que menos sería recusable. Figúrese usted, por ejemplo, Maquiavelo.

—¡Maquiavelo!—dijo el señor Baduel, y brillaron sus ojos—. Maquiavelo era un patriota. El quería hacer una gran nación de Italia, acabar con las guerras, que iban destruyendo y aniquilando los pequeños estados, y realizar la unidad italiana. Leyendo el discurso sobre la Reforma de la Constitución de Florencia, se ve que además de gran político era un hombre capaz de sacrificarse por sus ideas.

—¿Y usted no le considera inmoral?—preguntó don Fausto.

—¡Inmoral! ¡No! El tiene la lógica de los hechos; él explica los procedimientos, la mecánica de los acontecimientos. No dice lo que debe ser, sino lo que es. Yo no me explico que se pueda llamar envenenador a un botánico porque describa la belladona o el beleño tal como son y sin palabras de odio.

—¿Y usted cree en la verdad casi científica de sus observaciones?

—Sí.

—¿Y en que sus ideas tienen aplicación hoy mismo, en nuestra época?

—¡Ya lo creo! En la política hay siempre una parte de intriga y de acción que podrá ser aprove-

chada por el hombre cauto y atrevido. Además, yo tengo la evidencia de que aun con estos Gobiernos que se llaman de fuerza, muchas veces está el poder en la calle. En esos momentos, unos cuantos hombres audaces pueden derrocar un régimen.

El señor Baduel hablaba con verdadero conocimiento, Pipot le escuchaba como a un oráculo.

—Ya ve usted—siguió diciendo el viejo—, para realizar la unidad italiana, Cavour no ha hecho más que seguir a Maquiavelo.

—Ha tenido también buenos auxiliares—repuso don Fausto—: Garibaldi, Mazzini...

—¡Pse! No creo gran cosa en ninguno de los dos. Garibaldi es un héroe, pero no un político.

—¿Y Mazzini?

—Mazzini es un hombre egoísta, falso, lleno de doblez, de ideas reaccionarias, de una religiosidad estrecha y mezquina. No, no admiro gran cosa a ese cuco, a ese gran cocodrilo católico.

—¿Entonces quién le parece a usted el tipo del revolucionario?

—¡Pse! Tipo completo no lo hay.

—¿Y Prim?

—Era un gran político, un político de instinto, pero hombre sin ideales, un condottiero como los antiguos italianos.

—Y en la juventud francesa, ¿tiene usted confianza? ¿En Gambetta, por ejemplo?

—Sí, sí; marchará muy lejos.

—¿Y Clemenceau?

—Clemenceau tiene mucho talento.

—¿Sí, eh?

—¡Ya lo creo! Yo le he conocido hace cuatro o cinco años, cuando era estudiante de Medicina con

Ranc. Está en América, pero creo que va a venir. Sí, es un hombre de gran talento, pero de malas amistades. Se reunía con Delescluze, con Vallés...

—¿Tampoco cree usted en ésos?

—¡No, claro que no!—y el viejo al decir esto sonreía maliciosamente, y en sus ojos y en su rostro había como un resplandor de inteligencia y de agudeza.

Don Fausto contempló de nuevo con curiosidad al viejo. Chiquito, pálido, con su barba blanca, parecía un gnomo destructor; tenía el cuello flaco, lleno de pliegues y de arrugas como cuerdas; las manos pequeñas, nerviosas, con las uñas bien cuidadas.

—Debe ser para usted muy triste—dijo don Fausto—no creer en los hombres, si tiene usted ideas revolucionarias.

—Sí creo, creo en algunos. Además, ¿qué importa? Solo, con la verdad contra todo el mundo, en una guardilla, estoy contento. Es muy consoladora y muy dulce la soledad.

Acabaron de comer. Don Fausto vió con cierta sorpresa que Pipot pagaba la parte del viejo. Salieron a la calle y cruzaron el bulevar.

—Si quiere usted, le acompañaremos—dijo Pipot a don Fausto.

—Bueno.

—Sí, porque el señor Baduel está un poco delicado. Luego puede usted coger el ómnibus en el Odeón.

A don Fausto le entretenía la conversación del viejo, y y con gusto les acompañó. Tomaron por la calle de Saint-Denis.

Hablaron de la posibilidad de la guerra, y el señor Baduel se mostró patriota. Francia, España e Italia, las tres repúblicas y unidas, ese era su ideal.

—¿De manera que usted cree en el porvenir de esos países.

—Yo sí; quizá mi entusiasmo me engañe, pero creo que siempre será el Mediterráneo el foco de la civilización. Los bárbaros del Norte no llegarán a quitar a los pueblos del Sur la hegemonía que conservan por su humanidad y por su arte.

—Sin embargo—replicó don Fausto—, ahora parece que se puede decir que del Norte viene la luz. Hasta el socialismo y el anarquismo llegan de arriba.

—Sí, pero habiendo nacido abajo.

—Y ¿qué le parecen a usted las ideas de Karl Marx?

—¡El colectivismo! Eso es la escolástica revolucionaria. Muy científico, basado en las leyes económicas, yo no lo niego, pero eso no es política; lo primero que hay que hacer es apoderarse del poder, y luego educar, educar y educar.

Y el señor Baduel, con una palabra suave, persuasiva, insinuante, desarrolló sus ideas, basadas en la filosofía natural. El trataba de excluir toda religión, no sólo como función colectiva, sino como acto individual, y para conseguir esto consideraba indispensable comenzar por una educación racionalista, materialista, atea.

—¡Pero el materialista es tan poco consolador!—repuso don Fausto.

—Reprochar al materialismo la ausencia de consuelo—contestó el viejecillo con viveza—, es reprocharle una virtud. El hombre se consuela demasiado y demasiado pronto.

Pipot se rió por lo bajo, y don Fausto aseguró que desde cierto punto de vista era verdad.

El viejo continuó la explicación de sus ideas. Para

él era un dogma la lucha por la vida. La lucha por la vida producía una selección, el predominio de los fuertes; pero los fuertes dirigían su pensamiento hacia los débiles.

Charlando dejaron la calle de Saint-Denis, atravesaron el río y tomaron por el bulevar Saint-Michel. De aquí por la calle Madame llegaron a la de Vavin.

—Bueno, señores; aquí me quedo yo—dijo el viejo—. Muchas gracias por haberme acompañado.

Le estrechó la mano don Fausto, y Pipot al despedirse le gritó:

—Expresiones a Eudes.

Cuando quedó solo con Pipot don Fausto, le preguntó con ansiedad:

—¿Quién es este hombre? ¿Qué es?

—¿Qué le ha parecido a usted?

—Un hombre extraordinario.

—¿Pues sabe usted quién es?

—¿Quién?

—Blanqui.

—¿Es este?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo ha dicho usted?

—No le hubiera gustado a él.

—¡Yo debía habérmelo figurado viendo el respeto con que usted le trataba! Pero yo le tenía a Blanqui por una fiera.

—Pues es ese.

Y Pipot contó cómo vivía el viejo en cualquier tugurio, levantándose con el alba, zurciéndose él mismo las medias, cosiéndose los botones, remendando la pobre ropa. Le pintó con una verdadera avidez de estudiar y de saber, y describió las visitas de los ami-

gos, que le encontraban en su rincón cosiendo, escribiendo o barriendo el cuarto.

Y contó el odio salvaje que se había desarrollado entre Barbés y Blanqui, dos conspiradores igualmente fanáticos, arrojados y valientes; odio que había perdurado en la prisión, compartida por los dos durante años y años, y que había llevado a Barbés a calumniar a Blanqui. Y contó los sufrimientos, las evasiones, las mil argucias para escapar de la Policía de este viejo pálido y flaco, que tenía la energía indomable de los grandes italianos del Renacimiento.

Luego Pipot explicó los trabajos que se estaban haciendo: casi todos los estudiantes de Medicina estaban comprometidos con Blanqui; la gente de la orilla de Montmartre y de Belleville hacía de noche ejercicios militares en los bulevares exteriores; todos se encontraban dispuestos a echarse a la calle cuando el viejo lo mandara...

Iba a salir el último ómnibus del Odeón, don Fausto se despidió de Pipot y montó en el coche. No iba nadie en el interior, y don Fausto cerró los ojos.

No podía olvidar a Blanqui. ¡Esta figura enigmática y misteriosa, que producía horror hasta entre los mismos republicanos; este hombre de tinieblas que sabía manejar a los hombres como a peones desde el fondo de su prisión o desde un recóndito escondrijo, era aquel viejecillo amable, modesto, sonriente, de voz fina y persuasiva!

No, no tenía el tipo de fiera enjaulada con que le describían.

—¿Pero era humano aquel hombre?—pensó don Fausto—. ¿Se puede ser humano no teniendo las pasiones, ni los vicios, ni las debilidades del resto de los mortales?

Al parar el ómnibus en el bulevar, don Fausto siguió hasta su casa a pie.

La gente salía de los teatros, los cafés se llenaban. Y en este París rico y espléndido, en que no se hablaba más que de mujeres y de caballos, de lujo y de esplendores, se presentaba a la imaginación de don Fausto aquel sér enteco y pálido, mezcla de santón, de Viejo de la Montaña, que fanatizaba a sus hombres, y de astuto conspirador italiano. Y se lo figuraba como un gnomo destructor, buscando la manera de derribar la inmensa fortaleza de la sociedad.

XXVI

La tempestad se acerca

Ya cuando la muerte del Víctor Noir, la indignación del pueblo de París rebosaba.

Todos los ciudadanos de armas tomar de Belleville, del faubourg Saint-Antoine y del Temple iban dispuestos a trasladar el cadáver del periodista muerto por Pedro Bonaparte a París.

Don Fausto vió los preparativos militares que hacía el Gobierno, presenció el paso de las tropas, la ocupación por la caballería y la artillería de los sitios estratégicos, y le entregaron en la calle un escrito que decía: «Desconfiad de los extranjeros y de los espías.»

Don Fausto era naturalmente prudente, y el aviso le dió más prudencia aún; pero era también curioso, y quiso enterarse de algo.

Se fué por los Campos Elíseos hasta el Arco del Triunfo. El entierro de Víctor Noir era al mismo

tiempo una manifestación revolucionaria. ¡Pero qué manifestación! Todo el París trabajador, artístico, literario, pasaba formando masas compactas por entre dos filas de tropa, entre las que se veían, de trecho en trecho, artilleros que estaban junto a sus cañones. Era un espectáculo terrible. Don Fausto no se atrevía a acercarse.

En esto vió a un viejecillo apoyado en un árbol. Le miró varias veces para ver si no se había equivocado. Era Blanqui, el mismo Blanqui.

¿Qué hacía allí? Miraba atentamente a los que pasaban. De pronto, los ojos del viejo relampaguearon. Entre los manifestantes que llegaban en aquel momento y él, se cambiaron miradas de inteligencia. Entre ellos iba Pipot con el bastón levantado.

—Son estudiantes de Medicina—dijo una voz al lado de don Fausto.

Eran los amigos de Blanqui, la mayoría jóvenes, decididos, ordenados militarmente, marchando al paso como soldados, dispuestos a lanzarse contra las tropas o contra los cañones, y desfilando por delante del jefe, oculto entre la multitud.

Pasaron aquéllos y vinieron otros. Era una manifestación enorme de trescientos o cuatrocientos mil hombres; una multitud formidable, inacabable, una serie de oleadas de gente silenciosa amenazadora.

—Va a haber hoy una matanza horrible—oyó don Fausto que decían.

Se marchó a casa. Por la noche pudo saber por los periódicos que, gracias a la prudencia de Rochefort, no se había realizado la matanza...

. . . . . .

Ya se había resuelto hacia mucho tiempo la cues-

tión de la candidatura al trono de España, pero se seguía hablando más que nunca de la guerra.

Según Clementina, no había nada preparado, el mariscal Le Bœuf era una nulidad completa. A la falta de preparativos militares se unían, según decía ella, las intrigas de la corte; la Emperatriz quería mandar en el ejército como entre sus amigas, y deshacía los planes militares a su antojo.

—¿De dónde podía saber esto Clementina?

Buscó don Fausto entre los amigos de Clementina quién podría darle estos datos, y comprendió, por lo que dijo Niní, que era el alemán.

—Esta se ha pasado al enemigo—pensó don Fausto; y, efectivamente, notó en varias conversaciones que Clementina manifestaba una hostilidad por Francia un tanto extraña.

A pesar de los presagios de guerra y de revolución, el invierno fué muy alegre; hubo bailes, recepciones, conciertos, fiestas de todas clases; se patinó en el lago del Bosque de Bolonia, y, para que no faltase nada, hubo un crimen tan sensacional como el de Troppmann.

El martes de Carnaval don Fausto fué a ver la procesión del Buey Gordo a la plaza de las Tullerías.

El cortejo de carrozas y de máscaras desfiló por el Arco del Triunfo del Carrousel, y se acercó al palacio seguido por una regocijada multitud. El Emperador, la Emperatriz y el Príncipe aparecieron en el balcón central.

Las máscaras, desde sus carros, hacían reverencias grotescas al Emperador. Este sonreía y saludaba, y la gente aclamaba al soberano.

—Hay Imperio para rato—se dijo don Fausto.

En Julio, tras de alternativas sin cuento; vino la

declaración de guerra. La gente, en las calles, se mostraba entusiasmada; en los bulevares la animación era terrible. La buena sociedad suponía que los franceses llegarían inmediatamente a Berlín, con lo cual no se interrumpía la vida de fiestas y diversiones.

En los teatros, en los paseos se oía a todas horas *La Marsellesa*, las mismas músicas militares la tocaban por las calles. El elemento revolucionario estaba a la expectativa; algunos obreros y estudiantes habían organizado una manifestación al grito de «¡Viva la paz!», pero la gente les acogió con poca simpatía, considerándoles como antipatriotas.

Todo el mundo comprendía que si la victoria era para los franceses, el Imperio se consolidaba ahogando la Revolución.

Llegó el verano y comenzaron a venir las noticias terribles, las catástrofes tras de las catástrofes. Un día don Fausto notó que su mujer no estaba en casa; al día siguiente preguntó a Niní:

—¿Dónde está la señora?

—No sé. El otro día salió, y no ha vuelto.

A la semana don Fausto recibió uno carta de Clementina fechada en Francfort. Le enviaba un cheque de tres mil francos y le decía únicamente que despidiera a las criadas, cerrara la casa y se fuera a España, porque probablemente los alemanes antes de poco sitiarían París. De ella no le decía nada. Sin duda se había entendido con el alemán.

Don Fausto se alegró de que su mujer se marchara, cobró su dinero, despidió a los criados y no se fué de París; la posibilidad de que los prusianos sitiaran la gran ciudad le parecía ridícula. Como no tenía necesidad de aquella casa tan grande, le parti-

cipó al amo que se mudaba; pero éste, que no esperaba alquilar el cuarto en aquella época, se lo dejó casi por nada, a condición de que siguiera viviendo en él al finalizar la guerra.

Pilar y Aníbal se marcharon a Niza, y Asunción se quedó en París. Su marido había sido enviado a España con una misión confidencial por Isabel II, y la hija de don Fausto se pasaba la vida del brazo de Yarza. Los días más terribles del Imperio en que no llegaban a París más que noticias de catástrofes y de calamidades, fueron para ellos días alegres. No se enteraban de nada de cuanto pasaban a su alrededor y su vida era como la de dos recién casados.

Una tarde magnífica de Septiembre, don Fausto, al pasar por delante de las Tullerías, vió a Yarza que esperaba en el jardín mirando a una de las ventanas. Don Fausto se acercó a él.

—¡Hola! ¿Qué hay? ¿Qué hace usted aquí?—le dijo.

Yarza, dando señales de turbación, contestó:

—Aquí estoy pensando en los pocos días que les queda de vida a esa gente—y señaló el pabellón de Flora de las Tullerías.

—¡Cree usted...!

—Ya lo verá usted.

En esto, en la puerta principal de las Tullerías apareció una mujer y comenzó a bajar la escalinata.

—No le he dicho a usted—dijo Yarza un poco azorado—que estoy esperando a su hija.

—¡A Asunción!

—Sí. Allá viene.

Efectivamente, Asunción se acercó a Yarza, y al ver a su padre se lanzó a él confusa y le besó en la mejilla.

—¡Y yo que le había visto a Yarza aquí—dijo don Fausto—y el zorro de él sin decirme nada!

—No se habrá atrevido—repuso Asunción.

Estaban los tres en una situación un tanto violenta. Don Fausto se hizo cargo, y dijo:

—Bueno, Asuncioncita, te dejo con Yarza; pero, a pesar de todo, yo siempre, siempre, te seguiré queriendo.

A Asunción se le saltaron las lágrimas y abrazó a su padre. Luego, secándose las mejillas, dijo:

—Ven aquí a esta hora; nos pasearemos los tres como antes.

Fueron juntos un momento por aquella terraza de los Fuldenses, en donde se citaban los héroes de Balzac y que ya en esta época sólo era frecuentada por niñeras y nodrizas. Asunción contó que debían haber recibido en las Tullerías alguna noticia terrible de la guerra, porque la Emperatriz estaba apuradísima y había llamado al general Trochu...

Al día siguiente era domingo; hacía un tiempo esplénbido; por todas partes no se hablaba más que del gran desastre de Sedán; el ejército se había rendido; el Emperador estaba prisionero. Por la noche se supo que el pueblo había tomado las Tullerías y que se había proclamado la República en el Hotel-de-Ville.

Los acontecimientos se precipitaban de una manera vertiginosa; el ambiente era de exasperación, de frenesí patriótico y revolucionario.

Una tarde, al día siguiente de la rendición de Metz, don Fausto se encontró con Asunción y Yarza en un restaurante de la calle de Rívoli. Hacía un día húmedo y tibio; llovía, y resguardándose del agua pasearon los tres por los soportales de la calle.

—¿Qué pasa, que hay tanta gente por aquí?—preguntó Asunción.

—Es el efecto de la rendición de Metz—dijo don Fausto.

De pronto se vió que por la calle de Rívoli avanzaba una masa enorme vociferando y rodeando un batallón de la Guardia Nacional.

— La gente está ya medio amotinada — dijo Yarza.

—¿Y adónde irán?—preguntó Asunción.

—Al Ayuntamiento probablemente—contestó don Fausto.

—Vamos, vamos a ver—y Asunción se agarró de un brazo de su padre y del otro de Yarza, y entraron los tres entre el gentío que llenaba la calle.

El tumulto aumentaba y crecía por momentos; la multitud, como un río desbordado, marchaba por la ancha calle, dejando en el aire un estrépito de gritos, de aplausos, de aclamaciones.

Resonaba el redoble marcial de los tambores, y de cuando en cuando se oía a lo lejos el retumbar del cañón.

Aquél era el París terrible, el gran París de las revoluciones.

—¡Qué bien! ¡Qué bien voy así!—decía Asunción, dejándose llevar por en medio de la multitud.

A medida que avanzaban en la calle de Rívoli el gentío era mayor; la gente iba y venía impulsada por sus pasiones bajo la lluvia menuda y el cielo gris, como las olas del mar agitadas por el viento. Nuevos batallones de guardias nacionales marchaban hacia el Hotel-de-Ville al compás de sus tambores.

Cerca de la torre Saint-Jacques vieron a Pipot, y don Fausto le llamó. Pipot, entre los gritos y esfuer-

zos violentos, estaba rojo y afónico; les estrechó la mano; Asunción sonrió al verle.

—He oído hablar mucho de usted a mi padre—le dijo.

Pipot saludó ceremoniosamente, teniendo su sombrero levantado en el aire durante largo tiempo. Pipot, rodeado de algunos amigos, aconsejaba la calma; había que invadir el Ayuntamiento y echar por la ventana a los burgueses, pero cuando se tuviera segura la partida.

A medida que obscurecía y se iba haciendo de noche, la calle tomaba un aspecto más siniestro, las tiendas se cerraban, la gente hacía cola en las panaderías y carnicerías.

Al llegar don Fausto, Yarza y Pipot a la plaza de la Greve había obscurecido; la ancha plaza estaba negra de gente; en el Ayuntamiento resplandecían los cristales; seguía cayendo la lluvia tivia y húmeda. La obscuridad parecía favorecer los falsos rumores.

—¿Qué pasa? ¿Pero qué pasa?—preguntaba todo el mundo.

Nadie lo sabía.

En esto un batallón, con Flourens a la cabeza, desembocó en la plaza y se alineó delante de la verja del Hotel-de-Ville. Era la gente de Belleville, de este Aventino parisiense, donde se han tramado todas las conspiraciones socialistas de la gran ciudad.

—Es Flourens, es Flourens—se oía decir.

¿Pero qué hacían dentro? Se ignoraba. Unos decían que Flourens iba a detener a los miembros de la Defensa Nacional; otros, que ya estaba nombrado el Comité de Salvación Pública.

—¿Quiénes son?—preguntó Pipot al que propalaba esta noticia.

—Blanqui, Flourens, Delescluze, Pyat...

—No me fío de Pyat—dijo Pipot.

—Pues te engañas, ciudadano.

—Conozco a los hombres—replicó desdeñosamente Pipot.

El tumulto comenzaba a declinar, la fiebre decrecía y los curiosos se marchaban. Batallones de soldados de la Guardia Nacional seguían desfilando y desfilando por delante del Ayuntamiento.

—Vamos ya—dijo Asunción.

Estaba nerviosa, estremecida. Salieron de en medio de la multitud, Asunción y Yarza tomaron un coche, y don Fausto se fué a casa llevando en sus ojos la impresión de este crepúsculo que había comenzado con tanto estrépito, ruido, clamores, locura y frenesí revolucionario, y había concluído en aquel desfile sombrío de batallones ante el Ayuntamiento con las ventanas iluminadas, bajo la lluvia tibia y monótona.

XXVII

La tempestad estalla

DURANTE la guerra y el sitio, todos los días don Fausto marchaba a su antiguo barrio, en donde no se notaba tanto como en los grandes bulevares el estado anómalo en que se vivía.

Don Fausto vió por cuarta vez las flores del Luxemburgo, mustias y marchitas por el otoño. Una tarde fué a casa de Paulina; se figuraba que ya no viviría allá, pero pensaba pedir a la portera noticias de la muchacha.

Entró por la calle del Jardincillo hasta la Cour de Rohan. Una mujer con dos chicos tocaba el en un organillo que llevaba en un carrito, el aire del *alma innamoratta*, de *Lucía*, y el organillo parecía cantar con la voz llorona y cascada de un viejo.

Don Fausto preguntó a la portera por Paulina Acuña.

—Se casó con el grabador—dijo—y se fueron a su tierra.

—¿A España?

—No, a Prusia.

Cuando comenzó el invierno y no pudo ir a su barrio favorito, comenzó a sentirse triste. No sabía qué hacer. Le molestaba vivir en aquella casa de la calle de San Lázaro.

Su único amigo era el vecino filósofo: éste, optimista a prueba de catástrofe, creía que todo se iba a arreglar en seguida, y hablaba con fe de subterráneos labrados en medio del campo, en donde desaparecería el ejército prusiano, y de otra porción de cosas igualmente fantásticas.

Tenía también don Fausto miedo de que le tomaran por un espía, pues se daban casos de acusación de espionaje sin motivo alguno, lo que atraía sobre el desdichado a quien adornaban con este sambenito el peligro de ser apaleado o detenido.

La soledad, el aislamiento en que vivía don Fausto le quitaban todo el valor.

Paseaba continuamente por los bulevares y por la calle del Faubourg Montmartre, que por la noche estaba animadísima, y era como el último refugio de perdidos y de hampones.

Esta serie de restaurantes y de tabernas de la calle del Faubourg Montmartre, el olor continuo a grasa de los sitios donde se guisaba, le mareaba por completo.

Las muchachas de tacón alto, con los labios y los ojos pintados, le detenían agarrándole del brazo, y él las invitaba a entrar en el café algunas veces.

Don Fausto se codeaba con aquella gente para tener compañía. Algunas veces se sentaba en los bancos del bulevar entre viejas mendigas y vagabundos de chaqué grasiento para fraternizar con algo, aunque fuese con la miseria.

Una noche en el faubourg Montmartre don Fausto se encontró con Nanette, de gran sombrero y traje llamativo.

Ella fué inmediatamente a saludarle y le preguntó por el español joven, por Yarza.

—Está bien—contestó don Fausto.

—Dígale usted...—comenzó a decir Nanette, pero se avergonzó y murmuró:—me voy.

—Acompáñame un momento.

Nanette le acompañó a don Fausto hasta su casa.

—Sube—le dijo don Fausto—; estoy solo, acompáñame.

—¿No tiene usted familia?

—No; se ha marchado. Anda, sube.

Nanette estaba perpleja.

—No, no tengas cuidado—dijo don Fausto—; yo no quiero tus caricias, ni tu belleza, no; yo no quiero más que algo de cariño.

Y don Fausto terminó la frase con un sollozo. Nanette le siguió, subieron la escalera, abrió don Fausto la puerta y entraron los dos.

Nanette quedó sorprendida al ver una casa tan grande y tan lujosa.

—Quítate el sombrero—le dijo don Fausto—y esos círculos negros de los ojos y ese carmín de los labios.

Nanette se quitó el sombrero, se lavó la cara y se arregló el pelo como en la época en que la había conocido don Fausto.

—¿Estoy bien así?—preguntó.

—¡Muy bien!

Revolvió don Fausto los armarios hasta que encontró una bata elegantísima que dió a Nanette para que se la pusiera.

Luego encendieron el fuego y charlaron largo rato. Con el calor de la lumbre, Nanette comenzaba a cerrar los ojos.

—Si tienes sueño, acuéstate—le dijo don Fausto.

—¿En dónde?

—Aquí.

—¿Y usted?

—Yo me iré a mi cuarto.

—Entonces me voy a la cama.

—Cuando estés acostada vendré a ver si necesitas algo.

Nanette se acostó y don Fausto entró a verla. La muchacha estaba algo sobrecogida. Don Fausto le arregló el embozo de la cama.

—¿Estás bien así?—le dijo.

—Sí, muy bien.

—Pues adiós, hasta mañana—y la besó en la frente.

Al día siguiente Nanette se levantó temprano, hizo el desayuno, y luego, por indicación de don Fausto, fueron a ver a Pipot. Al llegar a la calle Galande, Nanette no se atrevió a acercarse a su antigua casa.

—Dígale usted a mi madre que me ha visto usted, a ver qué dice.

Don Fausto entró hasta el patio obscuro y húmedo y preguntó a la portera por Pipot.

—Se ha mudado aquí cerca, a la calle del Hotel-Colbert—dijo.

—He visto el otro día a Nanette—añadió don Fausto al despedirse.

—No me hable usted de ella. Para mí como si no fuera mi hija.

Salió don Fausto.

—¿Qué ha dicho mi madre?—preguntó Nanette.

—Nada—contestó don Fausto.

Fueron a buscar a Pipot a la calle del Hotel-Colbert.

Vivía el grande hombre en el último piso, según su costumbre. Al oir llamar gritó desde adentro:

—¡Adelante!

Pasaron don Fausto y Nanette.

—¡Hombre! Mis antiguos vecinos. ¿Qué les trae a ustedes por aquí?

—Saludarle a usted.

—¡Atención, señores!—dijo Pipot—; fíjense ustedes en *Capitán*.

El perro se había levantado moviendo la cola, y había ido a saludar a Nanette y luego a don Fausto.

—¡Bravo, *Morny!*—le dijo don Fausto al perro.

—Ya no se llama *Morny*—replicó Pipot—. El Imperio pasó a la historia. Son otros tiempos.

—¿Y cómo ha dejado usted aquella casa y se ha venido usted aquí?—preguntó don Fausto.

—Este es un sitio muy apropiado para que viva yo—contestó con seriedad Pipot—. Ahí enfrente estuvo el primer anfiteatro de Medicina de París.

Don Fausto no pudo menos de sonreir al oir la razón expuesta por Pipot.

Nanette se puso a jugar con *Capitán*. Nanette quería cegerle en brazos, pero *Capitán*, tan independiente como su amo, gruñía y le enseñaba los dientes, lo que hacía reir a carcajadas a la muchacha.

Don Fausto y Pipot hablaron de política, y salieron los tres a dar un paseo.

La república de aquellos bandidos de Versalles le hacía sonreir a Pipot con la más irónica de sus son-

risas. ¡Como si él no supiera que Enrique V estaba en Versalles!

¡Como si no se supiera que aquellos soldados eran los vendeanos de Cathelineau que venían a restaurar el despotismo!

¡Como si no se supiera que el ejército llevaba una bandera blanca y gritaba: «Viva el Rey!» ¡Ja... ja... ja!...

—¿Y los amigos?—le preguntó don Fausto.

—¡Los amigos! ¿Quiere usted que le diga una cosa? Pues bien, se lo diré a usted... No son puros.

—¿No?

—No.

—Además son ignorantes. Están metidos en el callejón Salembiere de su ignorancia.

El recuerdo de este callejón, que era un hueco sucio y estrecho entre dos casas de la calle de Saint-Séverin, no podía ser más oportuno, porque en aquel momento pasaban por delante de él.

—¿Y Gambetta?—preguntó don Fausto—. Usted no cree que Gambetta, ¿eh?...

—No, no es de los puros.

Aquellos procedimientos de Gambetta no le gustaban. El quería la revolución a su manera: unos cuantos hombres decididos, con su santo y seña, su puñal y su misterio, y luego un Gobierno de energía, un poco a la italiana.

Pipot veía que se suprimían cosas importantes, las sociedades secretas tendían a desaparecer, no se juraba sobre una calavera, ni los afiliados a un complot se enmascaraban. Todo se quería hacer sin peligro y sin misterio. Era la decadencia de las revoluciones; luego no se contaba con Blanqui.

—Es verdad—dijo don Fausto—. Se oye hablar poco de él. ¿Qué hace?

—No me hable usted—dijo Pipot—. ¡Imbéciles! ¡canallas! No han querido elegirle miembro del Ayuntamiento. Han separado su nombre. Ni los comités de la plaza de la Corderie lo han querido, y yo le he visto al viejo llorando. ¡A él! ¡A Blanqui!

—¿Y dónde está?

—No sé dónde está.

Pipot no estaba contento. Aquel 4 de Septiembre pacífico y burgués no le había satisfecho. El quería otra cosa más retumbante, más trágica.

En el fondo, su alegría de meridional le hacía comprender que, quitando de una revolución o de una intriga política la parte pintoresca y sentimental: el grito, la canción, el misterio, la frase enérgica y rotunda, quedaba tan poco, que no valía la pena de ser revolucionario.

Habían salido al bulevar Saint-Michel.

—¿Vamos al Luxemburgo?—preguntó don Fausto.

—¿Adónde?—dijo Pipot.

—Aquí, al jardín.

—¡Ah! ¿Hay un jardín aquí?

—No; creo que no.

Entraron. Los árboles estaban todavía sin hojas, en el estanque jugaban los chicos con sus barquitas; el domesticador de gorriones, vestido de guardia nacional, con el fusil al hombro, echaba miguitas de pan a los revoltosos pájaros.

A Pipot le pareció el espectáculo muy gracioso.

—¿Quiere usted venir a comer con nosotros?—dijo don Fausto a Pipot.

—Bueno; aunque le advierto a usted que tengo en casa unas magníficas lentejas, que estarán ya

cocidas. Estoy pasando los días del sitio admirablemente. Con las lentejas y unos frascos del digestivo Blondell, vivo hecho un príncipe.

—Pues en casa hay huevos y carne.

—¿De veras?

—Sí.

—¡Ah! Entonces, vamos. ¿Habrá algo para *Capitán*?

—¿No ha de haber?—dijo don Fausto—. ¿Pero dónde está *Capitán*?

—Se habrá quedado a la puerta.

Efectivamente, allí estaba. Tomaron el ómnibus, *Capitán* se escondió debajo del banco, llegaron a casa de don Fausto, y Nanette guisó a satisfacción de todos...

El día de la entrada de los prusianos en París fué un día siniestro; la multitud estaba irritada, dispuesta a lanzarse a un acto de desesperación.

Una noche de Marzo, Pipot, que había tomado la costumbre de ir, cuando le apretaba el hambre, a comer a casa de don Fausto, se presentó muy reservado y misterioso; pero como era un charlatán endiablado, contó al momento todo lo que sabía.

Se preparaba una gorda; el Gobierno quería desarmar a la Guardia Nacional y quitarle los cañones. La gente estaba preparada a no dejarse engañar.

Por lo que afirmó Pipot, ya no se trataba de una tentativa parcial como la del día de la capitulación de Metz, ni tampoco de un movimiento irreflexivo como el de Enero. Ahora tenían la seguridad del éxito.

Al día siguiente se conocieron los acontecimientos de Montmartre, y don Fausto, Nanette y Pipot fueron a contemplar los cañones que los soldados de la

Guardia Nacional no habían querido entregar al Gobierno.

Hacía un día de primavera hermoso, claro; por las cuestas del cerro de Montmartre hormigueaba la gente; los curiosos contemplaban sonriendo las fortificaciones recién construídas y los cañones de la Guardia Nacional.

Todo el mundo comentaba los hechos alegremente; el día parecía de fiesta; los chicos jugaban, los obreros, endomingados, paseaban admirando los cañones montados sobre sus cureñas y los fusiles sostenidos unos en otros formando a modo de pirámides.

El cerro estaba fortificado como si se esperara el ataque del enemigo. En su cima, la torre de un café hacía de atalaya, y en la azotea ondeaba la bandera roja.

Pipot, don Fausto y Nanette comenzaron a subir el cerro. A pocos pasos vieron a Yarza que hablaba con un joven de cara triste y marchita.

Don Fausto se acercó a Yarza.

—¿Y Asunción?—le preguntó.

—Está en Londres.

Luego, Carlos Yarza presentó al que hablaba con él, el ciudadano Jourde, un estudiante de Medicina.

Pipot conocía a Jourde y le saludó afectuosamente estrechándole la mano.

—Jourde cree que esto marchará—dijo Carlos—; yo creo que no.

—Usted es muy pesimista—replicó sonriendo el estudiante de Medicina; y como un jefe de la Guardia Nacional le llamara, Jourde se despidió de los españoles.

Yarza se unió a don Fausto y subieron todos a una plataforma que estaba en la parte alta del cerro.

Desde ella se veía París, bajo un cielo claro, ligero, lleno de nubes azules. Un sol dorado se derramaba sobre sus infinitos tejados.

—Vamos a almorzar—dijo Nanette.

—Vamos.

La muchacha sacó del cesto las provisiones y todos se sentaron en el suelo.

—Esto no puede ser—dijo Yarza—. Es un movimiento sin dirección. Hay una mezcla de partidarios de la Internacional, de patriotas exasperados, de jacobinos, de anarquistas, de federales, que no puede terminar en nada bueno. Esto ha de abortar necesariamente por desorden.

Pipot no creía lo mismo; por el contrario, esperaba que desde allí la Revolución Social correría por Francia y por el mundo entero.

Yarza, comprendiendo que Pipot era un iluso de buena fe, no quiso discutir con él. Nanette miraba a Carlos con entusiasmo y se ruborizaba al hablarle.

Almorzaron, y luego estuvieron silenciosos contemplando París. Había una parte de cielo lejana enturbiada por una bruma tenue, y otro espacio azul, de un azul claro y suave. Una gran zona de tejados brillaba al sol, mientras otra quedaba en sombra.

A veces, en el manto plomizo de una nube se abría una estría de luz que se iba ensanchando y abriendo, y por la boca de bordes nacarinos salían haces de rayos de sol, y brillaban nuevos luceros, tragaluces y lucernas sobre los tejados grises. El brillo de estos cristales y de las pizarras humedecidas entre los miles de chimeneas, daba la impresión de un suelo pantanoso lleno de estacas negras.

Se oía un rumor de la inmensa ciudad semejante al mugido del mar, y aquella gran respiración del

pueblo parecía brotar al mismo tiempo que las columnas de humo blanco salidas de las chimeneas y disueltas pronto en el aire.

Bajaron del cerro de Montmartre. En los bulevares exteriores todo era animación y movimiento. Las tabernas estaban llenas. El bulevar de Sebastopol parecía una feria. Pipot y Yarza dijeron que tenían que hacer, y fueron juntos hacia el Chatelet.

Nanette, silenciosa mientras estuvo en presencia de Yarza, comenzó a hablar de él en seguida que se marchó.

Luego quedó triste y pensativa.

Al domingo siguiente, Pipot, don Fausto y Nanette, después de almorzar juntos, tomaron el ómnibus en la estación de San Lázaro y bajaron en la calle de Rívoli. Pensaban presenciar la toma de posesión de los consejeros de la *Commune*. A medida que se acercaban al Ayuntamiento, el gentío era mayor. Por los grupos supieron que la ceremonia se verificaría a las cuatro. Desfilaban los batallones de la Guardia Nacional al son de sus músicas, con sus banderas rojas y sus delegados que llevaban en la manga un lazo del mismo color. No se podía entrar en la plaza, interceptada por los soldados y las barricadas.

Don Fausto, Pipot y Nanette dieron vuelta por los muelles, pero todo estaba lleno de gente y no pudieron acercarse.

En esto, dominando el murmullo de la multitud, resonó un redoble de tambores.

—Es el Comité que viene—se dijeron unos a otros.

De pronto se oyó un cañonazo; luego otro. Eran las salvas. Hubo un momento de silencio; después *La Marsellesa*, tocada por todas las músicas, estalló

potente; el himno revolucionario, terrible y majestuoso, se levantó en el aire en medio de inmensas aclamaciones, y volvió a tronar el cañón entre los gritos y vivas de la multitud entusiasmada.

—Vámonos ya—dijo Nanette—, porque para lo que vemos aquí...

Era muy difícil atravesar aquella multitud, y a don Fausto se le ocurrió tomar el barco en el muelle del Ayuntamiento y bajar donde ya no hubiera gente. Al mismo tiempo que ellos entró en el vaporcito una compañía de federados con una banda de cornetas y de tambores y una bandera roja. Se pusieron en la popa del vapor, y cuando éste siguió su marcha, comenzaron a tocar aires militares muy sonoros.

Al pasar por debajo de los puentes resonaban los tambores y las cornetas con un estrépito formidable, y toda la gente que iba en el barco reía.

—¿Quiénes son?—preguntó una vieja a don Fausto, señalando a los soldados.

—Son de los que vienen de jurar la *Commune*.

La vieja se encogió de hombros. No sabía qué era la *Commune*.

XXVIII

Calma en medio del torbellino

Los primeros días de la *Commune* fueron relativamente tranquilos. La gente discutía el caso con apasionamiento; en los bulevares y en los sitios aristocráticos se tomaba a broma el nuevo Gobierno; en cambio, la gente pobre esperaba de él maravillas.

Cuando se supo el primer encuentro entre comunistas y versalleses, la alarma y el pánico cundieron por todas partes.

Los coches se dirigían a las estaciones atestados de baúles y de maletas. Era una fuga general.

En casa de don Fausto no quedó más inquilino que él. No era esto muy agradable, y decidió marcharse de allí con Nanette y vender los muebles.

Así lo hicieron, y se reservó don Fausto únicamente lo indispensable.

Pipot tenía un antiguo amigo socialista, hombre con gran influencia entre los miembros de la *Com-*

mune, dueño de un fonducho en el bulevar de la Villette, y allí se fueron don Fausto y la muchacha.

Estuvieron ambos esperando a que el comprador se llevara los muebles de la casa, y al anochecer se encaminaron en busca del nuevo domicilio.

Había en la calle una vaga niebla rosácea que envolvía los faroles como en un nimbo.

Cruzando varias veces salieron al bulevar Rochechouart, y de aquí se encaminaron por el de la Chapelle, que se hallaba desierto. París en esta época estaba triste por todas partes; en los bulevares exteriores y de noche, daba la impresión de un pueblo inhabitado. Por aquel bulevar sólo de cuando en cuando pasaba algún hombre, de prisa, con el cuello del gabán levantado. El viento era frío; a largos trechos brillaba apenas la lengüecilla de fuego de un mechero de gas.

Siguieron adelante por el bulevar don Fausto y Nanette, algo asustados ante la obscuridad y el silencio.

A la derecha, entre la bruma, vieron los andenes de una estación enorme, llenos de luces, y en el suelo negro las vías del tren, que se entrecruzaban húmedas y brillantes. Se oía el silbido de las locomotoras y la trepidación fatigosa de una máquina en tensión.

Pasó un tren por debajo del bulevar con el estrépito de un terremoto, y la fila de vagones mojados por la bruma desapareció en un instante. El fonducho del amigo de Pipot estaba a mano izquierda, marchando hacia la Villette, y se llamaba el León de Plata. En el piso bajo tenía una taberna.

Entraron. El patrón, vestido de guardia nacional, discutía en una mesa con otros violentamente. En

un rincón, una muchacha y un soldado hablaban Ella era bonita; él más guapo aún, con un tipo de niño de coro encanallado, con sus melenas rubias y su kepis torcido hacia la oreja. Los dos estaban borrachos. Ella le insultaba y él la agarraba del cuello como con intención de estrangularla, y luego se echaba hacia atrás y se reía.

Don Fausto llamo al patrón para explicarle lo que quería.

—¡Ah, sí, sí! El ciudadano Pipot me ha hablado de ti. Ahí tienes las llaves, ciudadano.

Subieron al cuarto, que estaba modestamente amueblado. Nanette arregló las camas y se acostaron. Don Fausto se alegró del traslado. Allí se sentía protegido.

En los días siguientes, don Fausto y Nanette se dedicaron a curiosear. Todos los días había un espectáculo nuevo y extraño: la construcción de una barricada por mujeres, o el ver a los guardias nacionales que lavaban su ropa en el pilar de la fuente de la plaza Pigalle.

En los bulevares, los oficiales de la *Commune* charlaban en las mesas de los cafés; a veces se veía un garibaldino vestido de rojo que pasaba a galope, o una compañía de federados que marchaban con panes de munición clavados en las bayonetas.

Don Fausto iba muchas veces a pasear al bulevar de la Villette. Este canal de la Villette, con su estanque cuadrado lleno de gabarras, le producía un gran encanto; le daba la impresión del canal de una vieja ciudad flamenca. En aquellas barcazas y en las casas flotantes, la gente charlaba y discutía de las cuestiones políticas del momento.

En todas partes se hacían cábalas acerca de las

probabilidades de éxito del Gobierno popular. Se hablaba de Flourens muerto a sablazos; de los prisioneros fusilados por cientos en Versalles; del valiente Dombrowski; de la magnánima Luisa Michel; de la mujer del ministro Jourde, que iba a lavar al río mientras su marido trabajaba en el Ministerio.

Ciertamente que entre toda aquella gente había farsantes, aventureros, que no pensaban más que en sus placeres, tipos aficionados a los uniformes vistosos y a las indumentarias fantásticas; pero el pueblo olvidaba todo esto en gracia de la buena intención.

Al pie del cerro de Montmartre y en la plaza de San Pedro se reunían muchas familias de comunistas; los chicos jugaban, las mujeres trabajaban. Tenía aquello un aire de aldea.

Un día don Fausto y Nanette, acompañados de una vecina del León de Plata, a la que llamaban la Roja, fueron a uno de los conciertos populares que el doctor Rousselle había ideado dar a beneficio de los heridos de la Guardia Nacional en los salones de las Tullerías.

La gente del pueblo se daba el gustazo de pasearse por cincuenta céntimos por la sala de los Mariscales y por el jardín reservado, mientras la música tocaba invariablemente *La Marsellesa*. En las caras de los espectadores y curiosos se notaba una mezcla de alegría y de temor. Se comprendía que la gente pobre no estaba muy segura de ser igual a los príncipes y a los poderosos, porque sólo los muebles usados por éstos les infundían respeto.

Un día don Fausto se vió desagradablemente sorprendido al ver a Pipot vestido de guardia nacional. Volvía por la calle con el fusil al hombro

en compañía del amo del León de Plata y de otros soldados.

Por lo que dijeron todos, Pipot había estado heroico, avanzando el primero por el viaducto de Val-Fleury en medio de una lluvia de balas, seguido por su perro.

—¡Pse! Eso no es nada—decía Pipot modestamente contestando a los elogios.

Don Fausto creyó que había en todo aquello una tácita invitación a seguir el ejemplo de Pipot, y se fingió imposibilitado por el reuma.

La ficción fué tan completa, que él mismo llegó a creer que estaba realmente enfermo. Andaba cojeando, casi arrastrándose, y decía:

—¡Si yo no tuviera este maldito reuma!

Y Pipot corroboraba la frase de su amigo, añadiendo:

—¡Si este hombre no tuviera ese reuma, habría que verle!

El gran Pipot no se contentaba con batirse como una fiera, sino que, pensando y pensando, creyó haber inventado unos cohetes explosivos con los cuales se podía destrozar fácilmente un ejército entero

Probaron el invento en el Monte Valeriano, y la prueba fué tan cómica, que los que la realizaron y hasta el mismo Pipot no pudieron contener la risa. De los cuatro cohetes fabricados por Pipot, uno se llegó a quemar; los otros tres, al encenderles la mecha, en vez de elevarse en el aire, comenzaron a moverse en el suelo como lombrices y a echar una bocanada de humo amarillento y de mal olor.

Pipot no se desanimó por las risas; encontró un pretexto para explicar la falta de éxito de sus cohetes explosivos, y dijo que estaba estudiando en

aquel momento un cañón, que de ese si tenía la seguridad absoluta de su eficacia.

A mediados de Abril comenzaron las malas noticias para los parisienses; el pequeño Thiers había decretado el exterminio y la matanza.

La *Commune* entraba en el período agónico; por todas partes se oían toques de corneta; retumbaba constantemente el cañón.

Una noche Pipot vino con la noticia de que Carlos Yarza había sido elegido jefe de una de las legiones.

Don Fausto no comprendía cómo Yarza se alistaba entre las tropas de la *Commune*, cuando todo el mundo veía que el Gobierno popular marchaba al fracaso.

Nanette, siempre pensando en Yarza, iba a buscarle y luego llevaba noticias suyas a don Fausto.

Don Fausto, mientras estaba cerca de su casa, fingía andar con dificultad, apoyado en un grueso bastón; luego, cuando en los días sucesivos vió que nadie se fijaba en él, fué alejándose, y ya lejos marchaba de prisa, entre risueño y avergonzado de sus farsas.

Un día tomó por la calle del Faubourg Saint-Martin. Iba dando gusto a los ojos contemplando las muestras y enseñas tan abundantes en esta calle, las banderas raídas, los estandartes rojos de las tintorerías, los faroles de los hoteles, las estrellas de muchas puntas y de distintos colores de las tiendas de barnices y de pinturas, cuando vió un gran tropel de gente que se estacionaba delante de la iglesia de Saint-Nicolas-des-Champs.

Se acercó a ver qué ocurría allí; preguntó a uno que estaba a la puerta qué pasaba, y le contestaron que había una reunión pública.

Entró don Fausto, por curiosidad. La iglesia estaba de bote en bote; la mayoría del público lo formaban los soldados de la Guardia Nacional, que con los kepis puestos, sentados en las sillas y en los bancos, fumaban y comentaban lo dicho por los oradores. Había también muchas mujeres, viejas exaltadas y algunas jóvenes con niños de pecho en brazos.

El presidente de la reunión, derecho, al pie del altar, con la campanilla de ayudar a misa, colocada en un reclinatorio, dirigía los debates.

Cuando entró don Fausto, un orador desde el púlpito estaba acabando su discurso:

—París—decía—será la Jerusalén Nueva, la Roma de la humanidad emancipada. De París correrá por el mundo la Revolución Social limpiando para siempre el planeta de reyes, de usureros y de curas. Y si los vendeanos de Versalles quieren apoderarse de nuestra ciudad para imponerla de nuevo el despotismo, antes arruinaremos París y lo haremos saltar en mil pedazos.

Una tempestad de aplausos acogió las últimas palabras del orador.

—¡Viva la *Commune!*—gritó alguien.

—¡Viva!—y este grito se levantó en la iglesia de una manera tan terrible, que las vidrieras y la nave parecieron retemblar. Don Fausto, estremecido, salió de allí en seguida.

En los días siguientes, viendo que nadie se fijaba en él, se alejó sin precauciones del bulevar de la Villette y se echó a andar por las calles.

No conocía aquellos barrios y para él todas eran sorpresas. La primera vez que vió el Marais y la Plaza Real le pareció entrar en un pueblo nuevo. Nunca había paseado por allá.

Aquellas calles antiguas parecían de una ciudad abandonada; nadie transitaba por ellas; los balcones estaban cerrados, y sólo algún tipo de rentista, grueso, rojo, con patillas, vestido con bata y gorro griego, asomaba a una ventana a ver si pasaba algo en la calle.

—Estos tienen más miedo que yo—pensaba don Fausto.

Alargando sus paseos, callejeó también varias veces por la parte comprendida entre la Plaza Real, el río y el Hotel-de-Ville. Había por allí un barrio judío, un verdadero *ghetto*. Las tiendas tenían letras hebreas en las muestras. Se oía hablar alemán, ruso y polaco. Casi todos los tipos que andaban por estas calles eran jorobados y contrahechos, pálidos y de ojos muy negros.

Cerca de la calle de los Judíos y de Rosiers, y entre la de Saint-Antoine y el río, había unos pasadizos tortuosos, negros, con algún farol de petróleo que colgaba de una cuerda.

A don Fausto le gustaba pasear por los barrios lejanos y ver el aspecto que presentaban en medio del fragor de una conmoción popular como la *Commune*.

Un día fué a la plaza del Trono. Había allá una gran aglomeración de barracas y de carros de titiriteros, de esos que tienen su tejado, su chimenea y sus ventanitas cuadradas. Toda aquella población trashumante estaba detenida en París por la guerra y la revolución, como los barcos metidos en un puerto en días de tempestad. En una de las barracas se exhibían figuras de cera representando las víctimas de Troppmann y un grupo del asesino, el verdugo y sus ayudantes en la guillotina.

Era un espectáculo repugnante que impresionó a don Fausto, pero las noticias del día borraron esta impresión y no le dejaron más que la curiosidad de ir a ver el sitio donde se verificaban las ejecuciones y de saber por qué el voceador de la barraca llamaba a la guillotina la Abadía de las Cinco Piedras.

Unos días después fué a la plaza de la Roquette. En la plaza, limitada por dos cárceles, en medio, entre cuatro árboles, había cinco losas que servían para colocar el cadalso.

Estaba contemplándolas don Fausto, cuando un viejecillo vestido de negro, con anteojos, se le acercó y le dijo:

—Esa es la Abadía de las Cinco Piedras.

Y como don Fausto le hiciese algunas preguntas, el viejecillo contó los detalles de algunas ejecuciones presenciadas por él.

—¿Sabe usted que han quemado la guillotina allá cerca del Instituto?—agregó el viejo—. Pero volverá, ¡Ya lo creo!... ¡ja... ja!... ¿No cree usted?

—Sí, por desgracia. ¿Y dónde suelen guardar la guillotina?

—Ahí cerca la suelen tener: en la calle de la Folie Regnault.

Entró don Fausto en esta calle, que era más bien un camino entre dos empalizadas. A un lado había una barraca de tejado puntiagudo, con una gran puerta cochera revestidas de planchas de hierro. En esta puerta, escritos con yeso, se podían leer varios nombres y letreros.

Un chusco filósofo había escrito: «Casa de la Viuda; no llamad.» Otro, más filósofo, quizá, ponía: «Charlot se divierte», y un malintencionado había

pintado esquemáticamente una guillotina, y debajo: «Para Loffiat.»

Don Fausto no tenía tiempo para gozar de sus descubrimientos; a cada paso venían noticias de un próximo asalto o de la entrega de un fuerte, y no había manera de vivir tranquilo.

Un día, al volver hacia casa por la calle del Chateau d'Eau, varias mujeres le detuvieron y le obligaron a tomar parte en la construcción de una barricada. Unos cuantos hombres armados de palancas arrancaban rápidamente los adoquines, y una fila de curiosos y de mujeres los iban pasando de mano en mano.

La barricada crecía con una rapidez enorme; de cuando en cuando alguno de los constructores llamaba a una vendedora de café, que le servía una taza, y seguía su obra.

Dando órdenes y observándolo todo, vestido de uniforme, estaba Rinaldi, el viejo cabetista italiano a quien don Fausto había conocido en la taberna del Padre Lunette.

Cuando desempedraron media calle, Rinaldi dijo a los curiosos retenidos allí que podían marcharse, y a don Fausto se le quitaron con aquel ejercicio las ganas de alejarse de casa.

XXIX

Al principio y al fin

Las noticias iban empeorando por días. Algunos optimistas aseguraban la imposibilidad de que las tropas versallescas entraran en París, pero la mayoría comenzaba a creer que la victoria del ejército regular era inminente. La *Commune* había tenido el poco tacto de expulsar a los hombres que poseían aptitudes militares, como Cluseret y Rossel, y se veía sin plan de defensa alguno.

El Comité de Salvación Pública llamaba a todos los ciudadanos a las armas.

El que, según Pipot, demostraba una energía extraordinaria y un talento militar poco común, era Carlos Yarza.

Por consejo suyo, y marchando él a la cabeza, se había dado un ataque vigoroso entre Saint-Ouen y Asniéres, ataque que fracasó por la falta de unidad del movimiento y por no haber sido bien secundado.

Las compañías de federados comenzaban a quedar en cuadro, más que por las bajas por las deserciones: todo el mundo comprendía que el final de la aventura se aproximaba.

Una noche estaba don Fausto en su cuarto leyendo a la luz de una vela uno de los pocos periódicos que se publicaban en París en esta época, cuando oyó ruido de pasos y golpes en la puerta. Abrió y se encontró con Carlos Yarza, vestido de uniforme.

—¿Qué hay?—le preguntó—. ¿Qué le pasa a usted, Yarza?

—Vengo—dijo Carlos—para que dentro de unos días, cuando se haya acabado esto, envíe usted estas dos cartas: una es para Asunción, la otra para Paulina Acuña.

—Pero ¿qué se propone usted, Yarza? ¿Para qué llevar tan lejos esta locura? Todavía puede usted salvarse; escóndase usted.

—No, no puede ser. Adiós, don Fausto.

—¿Se va usted ya?

—Sí; abajo está Pipot. Si quiere usted saludarlo...

Bajó don Fausto hasta la taberna renqueando más que nunca. Con Yarza habían venido Pipot y Saint-Preux; ambos habían desplegado un plano de París y discutían proyectos de defensa.

Don Fausto les estrechó la mano.

—¿Es que están los enemigos ya cerca?—preguntó don Fausto.

—Sí—contestó Pipot—; ahora verán lo que es bueno.

—De su estúpido París no va a quedar ni recuerdo—exclamó Saint-Preux exaltado, dando un puñetazo en la mesa—. Hemos querido convertir este

pueblo en modelo de humanidad. ¿No quieren? Ahora verán lo que pasa.

Y Saint-Preux, levantándose, recitó con voz enfática una poesía de Hegesippe Moreau, en donde se profetizaba el incendio de París, a la que el poeta llamaba reina de las Sodomas.

Pipot comentó la poesía recitada por Saint-Preux con entusiasmo. El veía el incendio de París como una buena pasada, como el último acto de una función de magia.

La gran ciudad envuelta en llamas era para Pipot un digno final de su vida. El no se paraba a pensar en los muertos y heridos, ni en los hijos que quedarían sin padre; él veía en todo aquello la apoteosis de sus ideas, algo como una hoguera purificadora en cuya luz de sueño brillaría la bandera roja como una antorcha radiante.

Mientras discutían, entró Nanette y se acercó a Yarza y le cogió de la mano. Le miraba tristemente sin decir nada.

—Bueno, tomaremos una copa, y ¡hala!—dijo Pipot.

El tabernero les sirvió las copas. Se arreglaron el cinturon y salieron a la calle, donde esperaban tres enormes caballos de regimiento, envueltos en vaho de vapor.

Montó Pipot y luego Saint-Preux. Iba a montar Yarza, cuando al mismo tiempo don Fausto y Nanette le agarraron de la mano y le dijeron:

—No vaya usted.

—No, por Dios.

Yarza se desprendió de ellos y saltó sobre la silla, y los tres se alejaron al pesado galope de sus caballos y desaparecieron en seguida.

Nanette comenzó a llorar. Don Fausto comprendió que la decisión de aquellos hombres era inquebrantable. Se acostó y no pudo dormir. Al pensar en esta formidable Jacqueria formada por todos los exaltados de Europa, que intentaba destruir una de las ciudades más ilustres del planeta, don Fausto temblaba.

¿Qué iban a hacer aquellos hombres? ¿Qué horrible proyecto acariciaban?

Durante varios días, don Fausto estuvo amilananado, nervioso, sin atreverse a salir de casa. Nanette buscaba a Yarza por la calle sin miedo a los tiros.

Una noche don Fausto se despertó sobresaltado; por la ventana entraba una vaga claridad. Se levantó y abrió el balcón. La casa de enfrente brillaba con un resplandor rojizo y siniestro. Volaban por el cielo inmensidad de chispas que subían en el aire y quedaban inmóviles un momento, confundiéndose con las estrellas, y caían después como una lluvia de uego...

Había comenzado el incendio de París; de cuando en cuando se oía rumor lejano de cañonazos y pasaban por el cielo escarlata nubarrones negros y rojos como grandes basiliscos amenazadores nadando en un mar de fuego.

Don Fausto, sobrecogido, espantado, estuvo largo tiempo en el balcón. Comenzaba el aire a oler a humo; por la calle, bultos negros pasaban de prisa no se distinguía si eran curiosos o soldados. Rasgaba el silencio un toque violento de corneta y se oía a intervalos las descargas de fusilería.

La noche era trágica; el cielo, apocalíptico, amenazaba con implacables horrores.

Don Fausto, temblando, cerró la ventana; corrió

las cortinas, se metió en la cama y se tapó la cabeza para no ver ni oir nada.

Ya comenzaba el fin de Sodoma; París iba a ser reducido a cenizas y don Fausto esperaba a cada momento la catástrofe final que acabara con todos.

La noche entera estuvo tronando el cañón y durante varios días continuó el incendio.

Nanette, que salía a la calle y se mezclaba entre las tropas de los dos ejércitos, siempre preocupada por Carlos, contaba a don Fausto cómo los comunistas iban retirándose a medida que los versalleses deshacían las barricadas a cañonazos.

Las mujeres se batían como leonas, y en la retirada iban incendiando las casas. En la orilla del Bievre, cerca de la Butte-aux-Cailles, la batalla había durado treinta horas seguidas, hasta que, reforzados los versalleses con tropas de refresco, habían asaltado las posiciones de los enemigos.

Una noche, Nanette vino con la noticia de que todo había terminado; los últimos defensores de la *Commune* iban a ser aniquilados en el cementerio de Pere Lachaise y en los altos de la Butte-Chaumont.

Nanette no pudo cerrar los ojos en toda la noche. Por la mañana muy temprano se dispuso a salir.

—¿Adónde vas?—le preguntó don Fausto.

—Voy a ver si le encuentro—contestó Nanette—quizá esté herido o prisionero... o muerto.

—Iré contigo—dijo don Fausto.

—Venga usted en seguida, no hay que perder tiempo.

Salieron los dos. Iba amaneciendo. El pueblo dormía en el crepúsculo, bajo el cielo blanquecino que se sonrosaba. Siguieron por el bulevar de la Villete de prisa. Se veían en el estanque los mástiles de las

gabarras. Tomaron por el camino de Belleville hacia la Butte-Chaumont. No habían andado más que unos pasos por el camino, cuando un soldado les mandó detenerse. Venía hacia el bulevar un grupo de comunistas custodiados por la tropa. Casi todos iban sucios, destrozados, las manos negras, la mirada altiva y huraña. Algunos eran golfos siniestros, merodeadores y ladrones. Había en el grupo una vieja alta, flaca, con un pañuelo rojo a la cabeza, que insultaba a los soldados como una furia, y una niña de quince a diez y seis años. Al pasar el grupo, don Fausto se encontró con la mirada de Pipot, y don Fausto tembló y desvió la vista. Pipot iba negro de la pólvora y del humo, sus ojos resplandecían, y en el silencio general gritaba levantando la pipa en el aire:

—¡Abajo los reyes! ¡Viva la Humanidad!—Nadie le contestaba.

Nanette, al verle, corrió a su lado y se metió entre los prisioneros y le habló. Le iban a fusilar.

—Llévate a *Capitán*—le dijo Pipot señalándole el perro, que andaba entre sus piernas.

Nanette le echó las manos, pero no le pudo coger.

—Bueno, déjale; no quiere.

—¿Y el español? ¿El español joven?—preguntó Nanette anhelante.

—Ha quedado en el cementerio del Pere Lachaise. Allá habrá muerto. Hemos dejado bien el pabellón, ¿eh?

Un soldado que vió a Nanette fué a sacarla del grupo.

—Bueno. ¡Adiós!—dijo Pipot.

Nanette, llorando, le presentó la mejilla a Pipot, quien la besó rápidamente.

Luego el sargento separó del grupo a Pipot y a otros diez o doce que vestían uniforme de guardias nacionales. Les hiceron colocarse a lo largo de la pared de un horno de cal, y una compañía de soldados, evolucionando rápidamente, se plantó delante de ellos.

—¡Abajo los reyes! ¡Viva la Humanidad!—gritó de nuevo Pipot.

Don Fausto se llevó las manos a los ojos y no quiso ver, no quiso ver nada. Se oyeron dos descargas casi simultáneas.

—Vamos, vamos—dijo don Fausto sollozando.

Nanette tenía la cara llena de lágrimas.

—Vamos a casa—repitió don Fausto.

—No, no—dijo la muchacha.

—¿Adónde quieres que vayamos ahora?

—Al Pere Lachaise a ver si está allí.

Tomaron por los bulevares exteriores. De cuando en cuando se veían patrullas con presos. Un sol perezoso y pálido alumbraba la calle.

Al llegar enfrente del cementerio del Pere Lachaise sacaban los últimos prisioneros.

La gente, la burguesía que había temblado ante ellos y el pueblo, se deshacía en insultos viendo a los comunistas vencidos.

—¡Miserables! ¡Cobardes! ¡A muerte! ¡A muerte!—se gritaba.

Se decía que en los altos del Pere Lechaise la batalla había sido terrible, y que habían muerto cañoneados miles de comunistas.

Nanette quiso que subiesen arriba a ver si encontraban a Carlos.

No quedaban ya soldados en el cementerio, y sólo algunos de la Cruz Roja recorrían las avenidas.

Dos camilleros pasaron llevando una camilla. Nanette les pidió que le dejaran ver al que llevaban, pensando si sería él. Era un hombre muerto, de barba, pálido, con el uniforme empapado en sangre.

Nanette quería ver, registrar todo el cementerio; don Fausto no se opuso; comenzaron a recorrer las avenidas hasta la parte alta. Algunos mausoleos estaban destrozados, las flores pisoteadas...

Un empleado les dijo que ya habían recogido los muertos y heridos.

Nanette, desconsolada, se echó a llorar.

Don Fausto, rendido, se sentó en un banco.

El sol comenzaba a calentar; había en el aire un olor acre de primavera, mezcla del perfume de los cipreses, de la humedad de la tierra y de los macizos de hierba florecida. El aire fresco de la mañana hacía temblar las ramas de los árboles, llenas de hojas nuevas, y entre el follaje comenzaban a piar los pájaros.

Don Fausto estuvo un momento descansando, con la vista en tierra, acongojado, oyendo el sollozar continuo de Nanette.

—¡Pero, cálmate!—la dijo, y se levantó y miró hacia adelante. Desde allá arriba se veía París bajo un cielo pálido y nublado. Un gran silencio se desprendía de los miles de tejados de la gran ciudad.

Salían humaredas negras del Louvre y del Hotel-de-Ville que se cernían sobre las casas. Cuando el aire empujaba estas humaredas se veía la columna de Julio, y en el fondo, a lo lejos, la alta cúpula del Panteón, de un azul suave como el de una nube.

El sol enrojecía los tejados y las chimeneas humeantes.

Parecía que el pueblo entero comenzaba a olvi-

darse en un momento de la tragedia para vivir su vida normal.

Sólo aquellas vagas humaredas eran el testimonio de la lucha...

Allá, entre las tumbas, acorralados, se habían defendido como fieras los últimos comunistas; allí habían peleado rabiosamente los locos contra los cuerdos, los hombres de un ideal lejano contra los hombres de orden; desde allí habían presenciado la agonía de su gobierno demagógico y habían visto París convertido en un volcán en erupción, rodeado de llamas, escupiendo fuego como un dragón gigantesco, mientras la bandera roja flameaba en el aire.

Don Fausto, ante la ciudad todavía humeante por el incendio, y ante la primavera que palpitaba en el aire, pensó con una gran clarividencia.

No; aquella gran concepción de la Ciudad libre, de la Ciudad Estado, de la Ciudad soberana, cuna de las artes, gloria de las antigüedad, no moriría en la *Commune;* volvería a renacer de sus cenizas; volvería, unida a todos los intentos de emancipación humana, a dominar sobre la gran metrópoli y a ser el principal factor de la Revolución futura.

¡Cuánta sangre! ¡Cuántas catástrofes como aquélla no serían indispensables para fundar la Ciudad sobre la justicia y sobre el buen acuerdo soñada ya por los antiguos!...

Don Fausto pensó también en su vida, y la vió claramente con todos los acontecimientos principales en línea, y comprendió sus errores y equivocaciones.

Nanette, sin frialdad para pensar, hacía más, lloraba; lloraba la muerte de su hermoso oficial, perdi-

do para ella en el instante en que su sueño de amor se concretaba.

—No llores—le dijo don Fausto conmovido—. Tú eres joven, Nanette. Eres una niña. Todavía te esperan días felices.

Nanette, con la cara inundada en lágrimas, hizo un gesto de negación violenta.

—Sí, sí—añadió don Fausto—. Todo se olvida, todo se borra. Ya ves tú, yo soy viejo, mi mujer y mis hijas me han abandonado, y sin embargo espero.

Y añadió esta frase, que resumía en aquel momento sus ideas:

—La vida, créelo, Nanette, no acaba nunca... Siempre se está al principio... y al fin.

INDICE

	Págs.
I.—Paisajes de otoño	9
II.—Un baile	20
III.—Americanos	34
IV.—Un hombre fuerte	43
V.—Vida humilde	50
VI.—Día de nieve	58
VII.—Los grabadores	75
VIII—La otra orilla	89
IX—Primeras sospechas	97
X.—La certeza	104
XI.—Tipos grotescos	112
XII.—Un taller de Montmartre	125
XIII.—Nuevos tipos grotescos	133
XIV.—La orgía imperial	147
XV.—Cómo se pierde la fe católica	154
XVI.—Dos compadres	159
XVII.—Efectos de una cinta roja en el ojal	165
XVIII.—Sentimiento de otoño	174
XIX.—El Matrimonio y la Metafísica	179
XX.—Un poco triste	186
XXI.—La vida en París, en diversas formas desagradables	194
XXII.—Tenía que suceder	207
XXIII.—Gente que ríe, gente que llora	212
XXIV.—El final del baile	220
XXV.—El Viejo de la Montaña	223
XXVI.—La tempestad se acerca	234
XXVII.—La tempestad estalla	243
XXVIII.—Calma en medio del torbellino	255
XVIX.—Al principio y al fin	275

LS
B 264tr
171600
Author Baroja,Pio
Title Las tragedias grítescas novela.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU